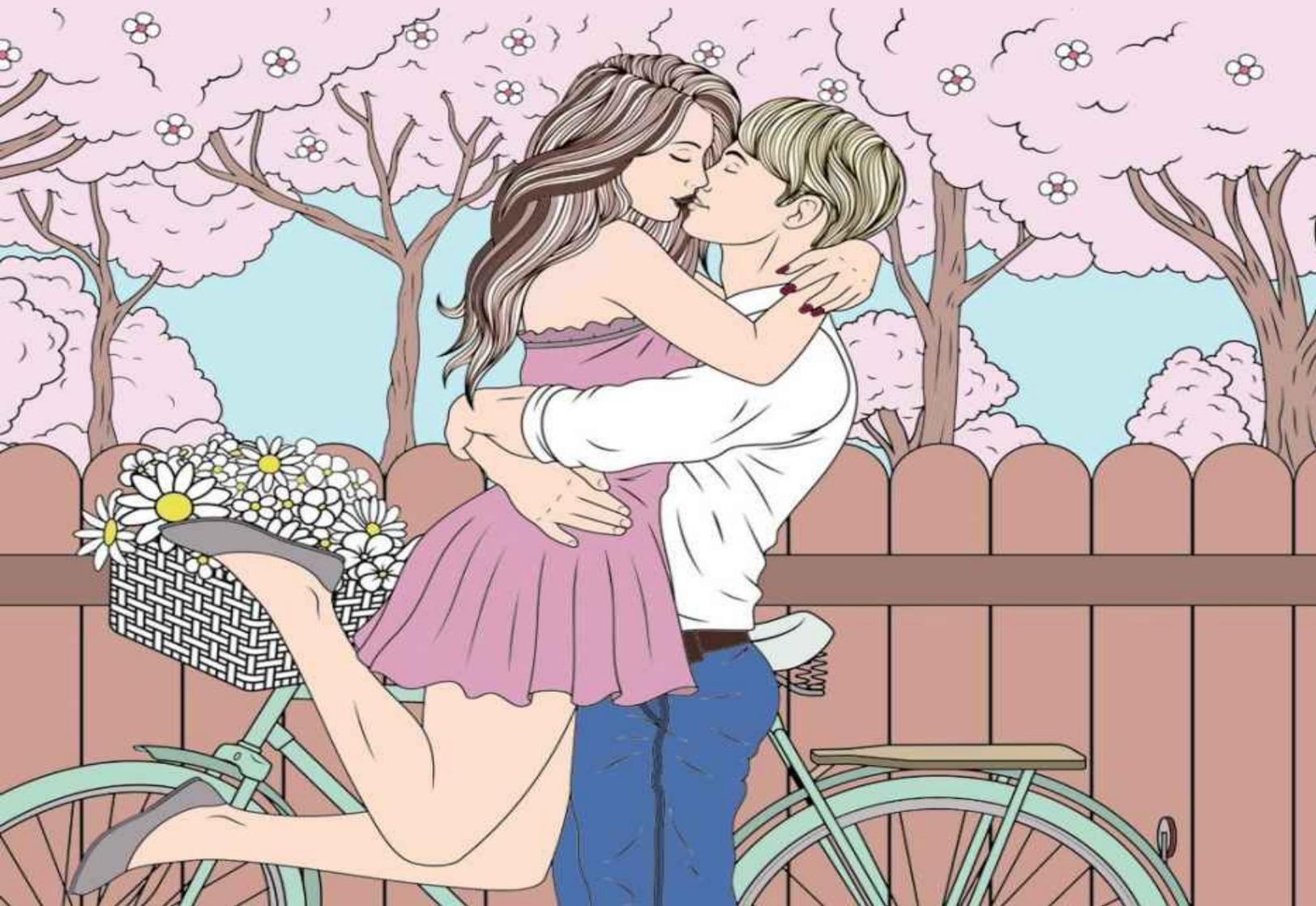


Todo lo que nunca te dije

Chris Razo



Todo lo
que nunca
te dije

Chris Razo

Todo lo que nunca te dije

mayo de 2021

© 2021 Chris Razo

Diseño de portada: Roma García

Corrección: Raquel Antúnez

Maquetación: Raquel Antúnez

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial del libro sin permiso de la autora.

Para Cristian, Triana y Leo, porque desde algún lugar los seguirá alumbrando nuestro arcoíris.

Índice

[Prólogo](#)

[1 La noche que lo cambió todo](#)

[2 No podía durar para siempre](#)

[3 Duele demasiado](#)

[4 Siempre algo más](#)

[5 El principio de un sueño](#)

[6 Todo termina](#)

[7 La vida que nunca soñé](#)

[8 Vuelta al pasado](#)

[9 Heridas sin sanar](#)

[10 Removiendo el pasado](#)

[11 Perdonar para seguir avanzando](#)

[12 Un nuevo comienzo](#)

[13 Somos amigos](#)

[14 Santa Bárbara](#)

[15 Jugando con el destino](#)

[16 Lo siento](#)

[17 Dos idiotas](#)

[18 Juntos](#)

[19 Un comienzo para nosotros](#)

[20 Llegó el día](#)

[21 Una casa y un te quiero que esta vez será para siempre](#)

[Epílogo](#)

[Cady](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

Prólogo

Año 2009.

Me llamo Chelsea, tengo diecisiete años, estoy a tan solo unos meses de cumplir los dieciocho. Vivo en San Francisco, en el distrito de Richmond, aunque nací y crecí hasta los cinco años en Santa Bárbara.

A mi padre le salió una oportunidad de trabajo, y aquí estamos. Me siento afortunada, tengo buenos amigos y me encanta el barrio donde resido.

Justo en la casa de al lado vive mi amiga Arizona con su hermano Matt —suspiro poniendo los ojos en blanco—. Sí, lo admito, estoy loca por él, a pesar de que no sea un amor correspondido. Para Matt, dos años mayor que nosotras, no soy más que la amiga de su hermana, y la hermana de uno de sus mejores amigos.

Es alto, con el pelo algo revuelto y rubio, unos ojos azules que tienen el poder de dejarte hipnotizada. Mi amiga, por supuesto, sabe que suspiro por su hermano, y ambas creemos que es algo imposible.

Matt se está tomando un año sabático para reflexionar sobre si quiere ir a la universidad. Mientras tanto, da clases de refuerzo a los alumnos del instituto. Sí, no solo es el chico más guapo, también es inteligente, a lo cual, de momento, no le saca partido. Nosotras, por el contrario, ya tenemos pensado a qué universidad iremos, a Standford; en realidad, cabe la posibilidad de que sea a Berkeley. Lo que tenemos claro es que no queremos separarnos.

Tenemos un grupo de amigas increíbles, en el que Arizona es mi apoyo incondicional: Kenisha, Baby, Blue, Lyn, Cady y nosotras dos formamos una piña desde que empezamos en el colegio. Por desgracia, el año que viene nuestros caminos tomarán rumbos diferentes. Nos hemos hecho una promesa: mantener el contacto, a pesar de que nuestros caminos vayan a separarse.

La noche que lo cambió todo

Esta misma tarde es la fiesta de fin de curso, Arizona y yo hemos quedado en su casa para prepararnos. Ella está obsesionada con dejarme uno de sus increíbles vestidos, maquillarme y dejarme preciosa. Algo que, por supuesto, no me apetece.

Al final, me decanto por un modelo de color azul oscuro y tirantes, nada llamativo.

En un principio decidimos que iríamos solo chicas, lo cual no tardamos en romper. Cuando me quiero dar cuenta todas estamos emparejadas, hasta yo. Me han buscado acompañante: Dorian, un chico con el que apenas he cruzado dos palabras y con el que seguramente no tenga nada en común. Ir a ese baile no me apetece en absoluto, no es mi ambiente, no es mi sitio, aun así, quiero estar con mis amigas.

Los chicos vienen a buscarnos, nos vamos los cuatro en el coche. No puedo evitar estar nerviosa. Ari me coge la mano en varias ocasiones sonriéndome. Sabe perfectamente cómo me siento.

Al llegar, todas estamos juntas, pero, conforme avanza la noche, cada una va con su chico, excepto yo, porque Dorian ha desaparecido nada más entrar, ha encontrado a otra con la que divertirse, lo cual no me parece raro. Me acerco a beber algo, mirando la hora una y otra vez. Observo lo que sucede allí, todo el mundo con sus parejas, bailando, riendo, divirtiéndose. Me siento estúpida aquí. No tenía que haber venido. Trato de contener las lágrimas, pero las malditas acarician mis mejillas sin poderlo remediar. Salgo de allí desfavorada, mientras camino, pongo un mensaje en el grupo de las chicas: The Babies.

Chelsea 

Hola, chicas. Lo siento, no me encontraba muy bien y he decidido marcharme. Nos vemos mañana. Un beso.

Media hora después estoy sentada en el jardín de mi casa sin ganas de entrar. Contemplo las estrellas, desde pequeña me ha encantado y me aporta tranquilidad. Cuando estoy metida en mis pensamientos, alguien se acerca por detrás.

—¡Eh! ¿Ya habéis vuelto? Sí que ha durado poco el baile.

Es Matt. Va vestido con una chupa de cuero, unos vaqueros ajustados y su pelo revuelto. Tan guapo como siempre. Tan especial...

—Bueno, para mí sí. Estaba cansada.

—¿Has vuelto sola? ¿Y tu acompañante? —Se sienta a mi lado, me mira esperando una respuesta. Coloco mis gafas y respondo con sinceridad, como siempre.

—Ese no es mi sitio, Matt, todos lo sabemos. He ido por las chicas, pero cada una estaba con su pareja —lo digo con tristeza, a pesar de que tendría que tener asumido que eso iba a pasar.

—¿Y la tuya?

—A la mía no le he parecido una buena compañía. Suele pasar, para ninguno lo soy. No pasa nada. —Matt me observa desconcertado, acaricia mi brazo y mi vista va directa a sus ojos. Esos en los que nunca me tendría que haber fijado o no de esa manera.

—¿Por qué dices eso, Chelsea? Eres una chica estupenda. El chico que no sea capaz de verlo es un idiota. —Consigue sacarme una sonrisa.

—Ya, pero a las chicas simpáticas nunca las besan, solo a las guapas.

Me río porque en realidad tampoco me afecta. No soy fea, si bien tampoco llamo la atención, y cuando lo hago es por mis gafas y mi poco estilo con la ropa.

—Chelsea, no sé quién te habrá metido todas esas tonterías en la cabeza... Estás muy equivocada.

Matt se acerca lentamente a mí, juntando sus labios con los míos. Yo lo recibo con torpeza. Las mariposas revolotean por mi estómago. Nunca hubiera imaginado que Matt fuera a darme mi primer beso, tantas veces lo he soñado..., por fin se ha hecho realidad. No sé cuánto dura, lo que sí sé es todas las emociones que despierta en mí. Nos separamos, lo miro con una sonrisa idiota, y él acaricia mi pelo.

—Los chicos besamos a las chicas simpáticas, pero, además, es que tú eres preciosa, Chelsea, que nadie te diga lo contrario, por favor. —Me acurruco entre sus brazos y cierro los ojos disfrutando de este instante que sé que acabará—. A pesar de que estoy muy a gusto contigo, es tarde y te vas a quedar helada aquí fuera.

—¿Quieres entrar? —Ni siquiera lo pienso—. No hay nadie en casa en todo el fin de semana. —Al ver su gesto desconcertado, me doy cuenta de que he metido la pata—. Olvídalo, es tarde, tienes razón. Hablamos. —Me levanto y comienzo a andar, él coge mi brazo.

—Sí quiero, pero no debo. No estoy seguro de ser capaz de parar de besarte, Chelsea. No quiero darte problemas.

—No pasa nada. Lo entiendo.

Cuando abro la puerta, él vuelve a estar detrás de mí. Me coge de la cintura y entramos en casa. Cuando cierro, él me coge la mano, acaricia mi mejilla, y yo, tras cerrar los ojos, tiemblo al sentir de nuevo su roce. Sigo pensando que estoy en un sueño.

Matt me quita la chaqueta despacio, vuelve a poner sus labios en los míos, un beso cálido, delicado. Una faceta que dista mucho de la que yo conocía de Matt.

—¿Estás nerviosa? —¡Claro que lo estoy! ¿Cómo no estarlo? Estoy con el chico que me gusta, me está besando, no hay nadie más que pueda interrumpirnos. Asiento—. Chelsea, no quiero que te sientas obligada a nada. Me gusta mucho todo esto, aun así, no tiene por qué pasar de aquí.

—No me siento así. Es más, estoy en una nube. Hace muchos años que nos conocemos, Matt, y tú nunca...

—No hablemos de eso ahora.

No lo hacemos. Cojo su mano, subimos la escalera y abro la puerta de la habitación. Él se queda embobado observándolo todo. Solo las chicas han entrado aquí hasta ahora. Es mi pequeño rincón. Un sitio muy mío al que no dejo pasar a nadie.

Se acerca a los cuadros.

—¿Esto lo has hecho tú? ¡Es impresionante!

—Sí —añado algo avergonzada.

—No tenía ni idea de que te gustara la pintura. Siempre pensé que tu vida eran los libros.

—En cierto modo también lo son, pero la pintura es como una vía de escape. Me siento feliz cuando cojo los pinceles, solo es un *hobby*.

—¿No piensas dedicarte a eso?

—¿Qué? ¡Claro que no! —Es evidente que mi respuesta lo defrauda.

—No lo puedo creer. ¡Tienes mucho talento! Podrías ganarte la vida con esto.

—Gracias por los ánimos, Matt, en realidad, no creo que eso sucediera. No tengo tanto talento.

—¿Por qué siempre tienes esa desconfianza en ti? —Agacho la cabeza. No entiendo cómo es capaz de leer en mí todos mis miedos.

—Solo tienes que mirarme.

—Lo hago. Siempre lo he hecho. —Sus palabras vuelven a ponerme nerviosa. ¿Por qué me dice eso? Él nunca se ha fijado en mí. Para él siempre he sido la amiga de su hermana, nada más.

Me acaricia de nuevo, erizando mi piel—. Chelsea, eres muy especial.

—No tanto como las animadoras del equipo de fútbol.

Le ofrezco una sonrisa fugaz que desaparece cuando se lanza a mis labios, uniéndolos a los míos en un impulso. Esta vez no es dulce, sino todo lo contrario. Coge mis caderas y con la otra mano sujeta mi nuca.

—¿Crees que es suficiente para que dejes de decir tonterías? —Agacho la cabeza, avergonzada.

—¡Vamos, Matt! Los dos sabemos que es así. No tengo nada que ver con ellas.

—En eso tienes razón. Tú eres diferente, inteligente, preciosa... —Su voz cada vez va siendo más dulce—. ¿Por qué te cuesta tanto entenderlo?

—Los chicos no se fijan demasiado en mí. Es más, hoy mi pareja de baile me ha dejado allí tirada por otra. No tenía que haber ido. Lo hice por las chicas, pero no porque me entusiasmara la idea. Desde el minuto uno me di cuenta de que ese no era mi lugar.

—¡Ese tío es un cretino! ¿Cómo ha podido dejarte tirada? —suelta enfadado. Se da la vuelta, se revuelve el pelo y pasea por la habitación.

—Matt, ¿puedo preguntarte algo? Necesito que seas sincero.

—¡Claro!

—¿Por qué estás haciendo todo esto ahora? Nunca hemos cruzado más de dos palabras, no me mirabas, siempre he sido la amiga de tu hermana. —Matt suspira y vuelve a clavar sus ojos en mí.

—¿De verdad piensas que nunca me he fijado en ti? ¡Qué equivocada estás! Sigues siendo la amiga de mi hermana y por eso mismo no quiero meter la pata, nunca lo he querido. Además, soy uno de los mejores amigos de tu hermano. Tú no necesitas a alguien como yo.

Su voz denota pena. Sin pensarlo ni un segundo, me acerco a él, besando sus labios, con un poco de torpeza. Él me lo devuelve, lleva sus manos a mi vestido, con delicadeza, desabrocha la cremallera. Haciendo que caiga a mis pies, deja mi cuerpo expuesto ante él. Comienzo a temblar y no es de frío, es miedo. Es mi primera vez, no quiero que se arrepienta de estar conmigo.

Sus manos acarician mi piel, estremeciéndola, y sus labios no dejan de besarme ni un segundo. Me tumba en la cama con delicadeza, colocándose encima de mí. Sus labios me recorren y, de repente, se detiene.

—Me encantaría seguir, pero... lo mejor es que paremos.

Lo admito: estoy decepcionada. Pensé que, después de todos esos besos, entre nosotros... En fin, claramente me equivoqué.

Él se acurruca conmigo en la cama, acariciando mi brazo con ternura. Es en ese momento cuando me viene un golpe de sinceridad.

—¿Puedo confesarte algo? —Matt se gira para mirarme fijamente a los ojos.

—¡Suéltalo!

—Yo..., yo... siempre he estado enamorada de ti.

—¿Qué? Pero... —Pega un respingo y se queda sentado en la cama.

—Sí. Tu hermana también lo sabe. Siempre has sido un imposible y lo que ha pasado hoy... me parece un sueño. —Él se queda totalmente descolocado, incapaz de pronunciar palabra—. ¿No dices nada? No es nada malo, Matt. Es algo que llevo guardado desde hace muchos años. No podía contártelo.

—No lo entiendo, Chelsea. ¿Por qué nunca me lo habías explicado?

—Ya te lo he dicho. Para mí solo eras un imposible.

—Mi hermana tampoco me ha dicho nunca nada.

—Matt..., es mi mejor amiga. ¿De verdad crees que iba a traicionarme así?

—Tengo que irme, Chelsea. Es tarde. —Sus palabras me sorprenden y me llenan de tristeza. No quiero que se marche. Cojo su brazo y tiro de él.

—Quédate conmigo. Solo hoy. No quiero que todo acabe así.

—Joder, Chelsea. No quiero complicarlo más. Yo no soy el tío que tú buscas, tampoco el que necesitas.

—Que te haya confesado mis sentimientos no quiere decir que te vaya a pedir matrimonio. ¿Lo entiendes? Sé muy bien que entre nosotros no puede haber nada. No soy tu tipo de chica. Solo te pido que hoy te quedes a mi lado, por favor. Quiero guardar todo esto como un buen recuerdo.

Él vuelve a la cama, me abraza, y ambos nos quedamos dormidos, dejando así que los recuerdos de esa noche perduren para siempre entre nosotros o por lo menos para mí.

No podía durar para siempre

A la mañana siguiente, cuando me despierto, Matt ha desaparecido. No hay ni rastro de él. Me quedo sentada en la cama pensando en lo que sucedió anoche. Fue bonito, inesperado. Un sueño imposible hecho realidad. No puedo culparlo por marcharse. Desde el minuto uno supe que lo nuestro no iba a ser una historia de amor. Por lo menos no para él.

Cuando cojo el móvil, está saturado de mensajes de las chicas preguntándome por qué me fui de la fiesta, si estoy bien, que por qué no doy señales de vida..., lo peor de todo esto es que no puedo contar la verdad. Subo la persiana y, al ver la moto de Matt aparcada justo al lado de su garaje, suspiro. ¿Será que lo he soñado y que él no estuvo anoche aquí?

A la hora de comer recibo un mensaje de Arizona.

Ari 📱

Hola, bella durmiente. Sigo esperando a que me llames. Mi madre me ha pedido que te invite a comer.

Tienes media hora para mover tu culo hasta aquí, y te adelanto que la única respuesta es que vas a venir.

Un beso.

¿Ir a comer a su casa? ¿Meterme en la boca del lobo? Conozco muy bien a la madre de Arizona, al igual que a la mía, que le habrá dicho que me vigile. Decido no darle vueltas. Me ducho, cojo algo de ropa y pongo rumbo a su casa.

Toco la puerta con nerviosismo y rezo para que Matt haya decidido marcharse a comer por ahí.

—Hola, Chelsea. ¿Cómo estás? —pregunta el padre de Arizona.

—Hola. Todo bien, señor Jonhson. No hacía falta que me invitaran a comer...

—¡Anda, pasa! Sabes que para nosotros no es ninguna molestia. Enseguida viene Arizona. Ponte cómoda.

Entro en el comedor y me siento en un lado del sofá. En ese momento veo bajar a Matt por las escaleras, sin camiseta, con el pelo mojado y alborotado. Me quedo embobada contemplándolo. Me parece imposible que el chico de mis sueños, con ese pedazo de cuerpo, estuviera anoche en mi cama. Trato de quitar esa imagen de mi cabeza. Al verme, se queda parado sin decir ni una palabra.

—¿Chelsea? —pregunta.

—Hola, Matt —contesto un poco avergonzada.

—No sabía que venías a comer.

—Yo tampoco, pero ya conoces a tu madre. —Sonrío.

—¡Chelsea! —Arizona me llama desde arriba—. ¡Sube!

Me levanto del sofá y, justo cuando llego al lado de Matt, me quedo mirándolo. Huele a vainilla y todavía caen gotas por su abdomen. Él fija sus ojos en los míos. Ambos tragamos saliva, y yo salgo corriendo escaleras arriba. Antes de entrar en la habitación de Arizona cojo aire.

—¡Vaya! ¡Por fin das señales de vida! ¡No me lo creo! ¿Se puede saber qué ocurrió anoche? —Me tumbo en la cama de mi amiga, cierro los ojos y suspiro—. ¿Estás bien, Chelsea?

—Sí. Ayer fue un día un poco raro.

—Nos dejaste tiradas sin avisarnos.

—¿Yo? ¡Vamos, Arizona! Sabes perfectamente que cada una se fue con su pareja, y yo, con la mía, hasta que me dejó tirada.

—Sí, lo sé. Menudo cretino. Lo siento. No tenías que haberte marchado. Somos tus amigas y era nuestro baile, Chelsea. —Pienso en lo que sucedió después, en los besos inesperados de Matt,

sus palabras, sus caricias, la forma en la que me miraba—. ¿Chelsea? ¿Dónde estás?

—Perdón. Estaba perdida en mis pensamientos.

—Jo, lo siento, de verdad. No quiero que te sientas mal. Se supone que tenía que ser una noche espectacular y todo se fue al traste, no pudimos estar a tu lado.

—No pasa nada, de verdad. Siguió siendo una noche especial. ¿Te importa si bajo a por algo de beber?

—¿Quieres que te lo traiga yo?

—No te preocupes.

Salgo de la habitación y, sin darme tiempo a reaccionar, Matt tira de mi brazo y me mete en su habitación cerrando tras nosotros la puerta. Me apoya en la pared y me mira a los ojos, mientras los míos se van directamente a su abdomen, que sigue desnudo. Mi corazón se acelera a una velocidad vertiginosa. Sin previo aviso, sus labios se unen a los míos en un beso que está cargado de deseo y pasión. Sus manos acarician mis caderas, y las mías recorren su torso. Solo una fina línea separa mi mano de su pantalón y es entonces cuando vuelve la cordura a mí.

—Matt, Matt, ¿qué estamos haciendo? Estamos en tu casa. ¿Estás loco?

—No he podido quitarme de la cabeza lo que sucedió ayer.

—¿Sí? Te fuiste sin decirme nada. Y no te culpo. Era lo que esperaba.

—Lo siento. Quería despedirme, pero...

—Olvídalo. Será mejor que me marche. No quiero que tu hermana se entere de esto. — Vuelve a cogerme de las caderas, atrayéndome hacia él y dejando un beso de nuevo en mis labios. Ahora es él quien se separa.

—Puedes marcharte. Necesitaba volver a besarte, Chelsea —me dice eso y se queda tan ancho.

Me marchó pegando saltitos. Yo pensando que lo de anoche era un sueño, y resulta que es él quien me busca otra vez.

Voy a bajar por la escalera cuando Arizona me caza por detrás.

—¿Tú no habías bajado a la cocina? —Por un momento había olvidado a qué tenía que ir.

—Sí, fui primero al baño.

—¡Venga, vamos! He quedado con las chicas esta tarde. Iremos a jugar a los bolos.

Podría decir que la comida transcurre con tranquilidad, pero, sinceramente, estaría mintiendo. Matt no deja de observarme. Consigue ponerme nerviosa y, para colmo, mi amiga no ayuda demasiado.

—Esta tarde iremos con los chicos a jugar a los bolos.

Matt me mira levantando una ceja. ¿Me está pidiendo una explicación por lo que acaba de decir su hermana? Desde luego no tiene ningún derecho a hacerlo.

—¿Los mismos capullos de anoche? —pregunta él.

—¿Y tú qué sabes? —le reprocha Arizona, y yo comienzo a ponerme nerviosa.

—No hace falta que me lo cuentes para enterarme. Tengo informadores por todos lados.

—¿Le pediste a tus amiguitos que nos espieran?

—No necesito hacer eso. —La conversación empieza a subir de tono, y yo me tensó. No quiero que se le escape nada de lo que le conté. ¿Por qué ha tenido que meterse?

—Chicos, ya vale. Tenemos una invitada y no queremos discusiones. Arizona, tu hermano solo se preocupa porque estés bien. Quiere lo mejor para ti.

Ella cruza los brazos y hace un mohín. Sé que no soporta que su hermano controle su vida porque a mí me pasa igual con el mío.

Cuando recogemos la mesa, Matt y yo volvemos a quedarnos solos de nuevo, trato de huir,

sin embargo, no me sirve de nada.

—¿Vas a quedar con ese cretino otra vez? —pregunta enfadado.

—Eso no es asunto tuyo, ¿no crees?

Me coge del brazo, obligándome a mirarlo. Mi cuerpo se tensa. Estamos tan cerca otra vez que pienso que nuestros labios van a volver a besarse. Nada más lejos de la realidad. Se separa de mí y añade:

—Tienes razón, no es asunto mío.

Se marcha del comedor dejándome con una sensación de vacío. Me siento mal. No tenía que haberle hablado así. No lo he podido evitar, me ha salido solo. Ni siquiera sé a qué viene esa pregunta. Nosotros no somos nada, ¿o sí?

Decido regresar a mi casa. Necesito descansar un rato y pensar también en una buena excusa para no tener que ir a esa maldita tarde de bolera.

Me quedo dormida y el sonido atronador del teléfono me despierta. Es Arizona y, después de decirme que me está esperando hace un rato, me veo obligada a contarle una pequeña mentira, alegando que no me encuentro muy bien, que me duele mucho la cabeza y aprovecharé para quedarme en casa descansando. Sé que no me cree en absoluto, aun así, consigo que no insista.

Me paso toda la tarde tumbada en mi cama, leyendo y pintando algún lienzo hasta que el sonido del timbre me saca de mi momento de paz.

Cuando abro me sorprendo al encontrarme a Matt de frente.

—¿Qué haces aquí? —pregunto asombrada.

—Quiero hablar contigo. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro. —Me pienso si invitarlo a mi habitación que, en realidad, es donde más a gusto me siento—. Estaba arriba. ¿Quieres subir o prefieres que hablemos aquí abajo?

—Vamos —me dice haciendo un gesto hacia las escaleras.

Ya en el cuarto, él se sienta clavando su mirada en mí.

—¿Qué haces aquí? —repito.

—Quería disculparme contigo. No tenía que haberte hablado así hoy. Lo siento, de verdad.

—La que lo siente soy yo, no tenía ningún derecho a contestarte de esa manera, pero me pilló desprevenida lo que ocurrió durante la comida.

—Me dio mucha rabia cuando me enteré de que volverías a quedar con ese cretino.

—La verdad es que yo no sabía nada. En cuanto me enteré busqué la excusa para no ir. Los chicos me caen bien, aunque odio las citas obligadas. Sé que las chicas lo hacen con buena intención, sin embargo, no necesito que nadie me busque pareja. Si tiene que aparecer, lo hará sin más.

—Mi hermana nos dijo que te encontrabas mal, que por eso habías decidido no ir.

—Ha sido una mentira piadosa. Estoy bien, solo que no me apetecía el plan.

—Me alegro de que te hayas quedado.

—¿Por qué? —Mis músculos se vuelven a tensar, él se aproxima cada vez más a mí, sin dejar ni un solo milímetro entre nosotros.

—Porque me gusta estar a tu lado. No me preguntes por qué, pero es así. Desde ayer no paro de pensar en ti, incluso por momentos creo que voy a volverme loco, Chelsea. Trato de mantener la distancia contigo, lo cual me resulta imposible.

—¿Qué tratas de decirme, Matt? —pregunto con un hilo de voz.

—Que me gustas mucho. Esa es la verdad.

Mi corazón se desboca. Trato de mantener la calma, algo totalmente imposible. ¿Podéis imaginar cuántos años llevo soñando con una confesión como esta? Sigo pensando que esto no

me está pasando, que no es real.

—¿Qué significa eso, Matt? Porque yo me estoy volviendo loca. —Se toca el pelo varias veces, sus ojos se llenan de intensidad.

—Ni yo mismo lo sé.

Se acerca otra vez y un nuevo beso eclipsa la habitación. Yo continuo confusa por lo que sucedió ayer. No entendía nada de lo que estaba pasando entre los dos, pero mi cuerpo no reaccionaba a la misma velocidad que mi cerebro, por lo que lo único que puedo hacer es dejarme llevar por lo que siento sin más.

Sus manos vuelven a mi cuerpo con desesperación. Desabrocha mi sudadera y se deshace de mi pantalón en tan solo un segundo. Mientras, mi lengua juguetea con la suya. Ahora soy yo quien lo besa con una intensidad que para nosotros resulta arrolladora. Acariciando su torso, hoy sin temor. Le quito la chaqueta y la camiseta, tocando su pecho, deleitándome con cada una de sus caricias. Matt tira de mi coleta soltando mi melena.

—Me encantas así. Estás preciosa. —Me tumba en la cama, sus labios pasean por cada rincón de mi piel, erizándola. Agarro su cuello, para atraerlo hasta mí. Mis manos van hacia su bóxer, que deslizo por sus piernas, sujetando su erección. No soy ninguna experta, aun así, solo me hacen falta un par de movimientos para darme cuenta de que le gusta lo que hago. Lo escucho gemir y me fascina. Coge su mano y aparta la mía—. Tenemos que parar, Chelsea. —De nuevo vuelve a frenar esta explosión que se genera cada vez que estamos juntos. ¿Por qué lo hace? ¿Acaso no tiene las mismas ganas que yo?—. Me alegro de que no hayas ido con ese cretino esta tarde —dice muy serio.

—Yo también, aunque, siendo sincera, no esperaba que vinieras. —Se incorpora y me mira con los ojos más bonitos y dulces que he visto jamás.

—¿Alguna pega, señorita?

—¡Por supuesto que no! Estoy encantada. Lo único que lamento es que mis padres regresen mañana. ¿Crees que podrás venir esta noche? —Una sonrisa idiota se instala en mi cara.

—Lo cierto es que he quedado con los chicos para salir. —Toda la felicidad se acaba de ir con sus palabras. Trato de no parecer molesta, pero en realidad es así como me siento. —Me levanto de la cama y comienzo a recoger la ropa—. ¡Oye! No te habrás enfadado, ¿no?

—No, pero será mejor que recojamos. Tu hermana no tardará en aparecer y supongo que no quieres que te vea por aquí —añado con sequedad.

Sí, a pesar de que le gusto, parece que para él esto solo son un par de besos y nada más. Bien, Matt, pues, si es eso lo que quieres, eso es lo que tendremos. Veo cómo se viste, se acerca a mí con intención de darme un beso, que rechazo.

—Nos vemos, Chelsea.

No lo acompaño a la puerta. Me quedo sentada en mi cama, en esa en la que hace tan solo unos minutos estábamos tumbados los dos.

Dos lágrimas caen por mis mejillas. Esas que he tratado de evitar. No entiendo la actitud de Matt, no comprendo por qué me busca y luego sale como si no hubiera sucedido nada entre nosotros. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

Esa misma noche las chicas vienen a cenar y a dormir a casa. Intento despejar la mente, aunque me resulta imposible. Desde que Matt se fue, se ha apoderado de mí un sentimiento de tristeza.

Aunque hace años que me gusta, no esperaba nada de esto, supongo que por eso me siento tan confusa. Trato de disimular con mis amigas, pero todas ellas me conocen muy bien, se huelen que me pasa algo, ni por asomo les voy a contar la verdad.

Al final, las chicas me explican lo que han hecho esa tarde y yo, por un segundo, pienso que tendría que haber ido, de esa manera nada hubiera pasado.

Nos dormimos entre charlas y risas. Solo puedo decir que ellas son mi gran motor.

Esa noche decidimos que la próxima semana haremos un viaje a Santa Bárbara para despedir el curso y desconectar de todo. Puede que este sea el último que haremos juntas.

Me duermo feliz por la idea, lo cual cambia rápidamente.

Al día siguiente, Matt destroza mi corazón en mil pedazos cuando las chicas y yo salimos a dar una vuelta por la tarde, y él está justo al lado de su casa muy acaramelado con una chica. En ese momento, la respiración se me acelera. Mis amigas los miran y sonrían.

—¿Esa es tu nueva cuñada? —pregunta Blue entre risas.

—Es la primera vez que la veo. No tenía ni idea de que Matt estuviera con alguien ahora.

Él, que se da cuenta de nuestra presencia, busca mis ojos, en los que no puede encontrar más que odio y rabia, que es lo que siento ahora mismo por él. Me aguanto las ganas de darle una bofetada, pero también de llorar sin parar porque, si no resisto, tendría que darles explicaciones a ellas, y sé que no lo entenderían.

Duele demasiado

Al día siguiente las cosas no van mucho mejor, finjo estar enferma para no salir de la cama. Las chicas vienen a visitarme, pero hago que se marchen pronto, ya que no quiero demasiadas preguntas.

Mi padre me sube algo de cena, que rechazo, no tengo nada de apetito. La imagen de ayer me tortura día y noche. Soy incapaz de dormir. Siento un vacío en mi corazón. Soy una estúpida por hacerme ilusiones. Lo nuestro no han sido más que unos cuantos besos y ya está. Lamentablemente, para mí es mucho más.

Cuando estoy hojeando uno de los libros de arte, oigo que suena el timbre. Por un momento creo que es Arizona para preguntar por mí, sin embargo, cuando escucho a mi padre, palidezco.

—Hola, Matt. ¿Qué haces aquí? —A pesar de que no puedo oír su contestación, sí la de mi padre—: ¡Claro, sube! Seguro que se alegra de verte.

¿Matt, aquí? ¿De qué va todo esto? No me muevo de la cama y, cuando oigo abrirse la puerta, empiezo a ponerme nerviosa, la respiración se me acelera, el corazón va a una velocidad vertiginosa.

Entra en mi habitación, se queda inmóvil contemplándome, incapaz de articular palabra.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con brusquedad.

—Yo..., mi hermana me dijo que no te encontrabas bien, estaba preocupado. —No puedo evitar reírme.

—¿Tú, preocupado? ¡No me hagas reír, por favor! Mira, Matt, no sé qué haces aquí. Siendo sincera, no me apetece verte. —Se acerca a la cama y se sienta a mi lado.

—Quiero disculparme contigo. Por todo, por cómo salgo huyendo siempre..., también por lo que viste ayer.

—No necesito tus explicaciones, ¿vale? Será mejor que te marches. Estoy cansada de que te disculpes por todo.

—¡Escúchame, por favor! Solo te pido eso. Todo lo que te he dicho en estos días es verdad. Sé que lo que viste ayer te... —No dejo que continúe.

—¡Basta! ¡Se acabó! No quiero escuchar nada. Márchate de aquí, olvídate de lo que ha pasado entre nosotros. Solo quiero que sepas que me arrepiento. Si pudiera volver atrás, jamás cometería este error. Sin duda, Matt, eres lo peor que me ha pasado en la vida. Te pido que no vuelvas a dirigirme la palabra. Sigue como hasta hace dos días, ignórame, porque eso es lo que yo haré contigo.

Dos lágrimas se escapan de mis ojos, las limpio con rapidez, y él trata de acariciarme. Retiro su mano y le pido de nuevo que se marche, con un gesto triste, me hace caso. Me duele el alma por tratarlo así, sin embargo, sé que es lo mejor. No quiero que vuelva a jugar conmigo ni tampoco con mis sentimientos.

Los días siguientes no son mucho mejores. Arizona me cuenta que su hermano está saliendo con una chica y, al parecer, la cosa va en serio. Una noticia que me destroza el corazón. Sí, me gustaría olvidar todo lo que ha pasado entre nosotros, esos recuerdos que me torturan cada día.

Al final, después de días de llorar, decido darle una oportunidad a uno de los chicos del club de lectura. Tenemos muchas cosas en común, me hace reír y olvidarme de lo que sucede a mi alrededor.

Tomás es un chico estupendo y, pese a que mi corazón solo ve a Matt ahora mismo, tengo la sensación de que podríamos encajar.

Una tarde quedamos en un bar nuevo en el que, además de poder tomar algo, hay actuaciones en directo de monólogos, lecturas e incluso está permitido coger algún libro para hojear. Pasamos un rato muy agradable, después él me acompaña a casa y allí sucede algo inesperado. Tomás acaricia mi cara y me da un beso que me resulta de lo más tierno. Cuando nos separamos parece nervioso, sonrío y me dice que quiere volver a repetir la tarde. Algo que a mí tampoco me importaría. Cuando lo veo marcharse en su coche, me acerco a la puerta y busco las llaves en el bolso.

—No pierdes el tiempo, ¿no? —Matt habla detrás de mí dándome un susto de muerte.

—No es asunto tuyo. Lárgate. —Me giro e intento que no adivine lo rota que me deja cada vez que lo tengo cerca.

—¡Por supuesto que lo es! —espeta enfadado. Sus ojos están fijos en mí. Jamás lo había visto de esa manera.

—Vete a casa, Matt. Ya te dije que te olvidarás de mí. Lo nuestro no fue más que un error que borrar. ¿Lo entiendes? —Me coge del brazo, y mi cuerpo comienza a temblar.

«No, no, no. Es imposible tener esta cercanía y resistirse, por favor».

—Dime que de verdad fue un error y te dejaré en paz, te lo prometo. Pero hazlo mirándome a los ojos, de otra manera no te creeré. —Bajo la vista al suelo y suspiro.

—Solo quiero sacarte de mi cabeza. Tú... —añado con voz temblorosa— solo me buscas cuando te interesa, y yo tengo sentimientos por ti, Matt. No dejaré que juegues con mi corazón de esa manera. ¿Puedes imaginarte por un momento cómo me sentí cuando te vi con esa chica? Probablemente, no. Te lo voy a explicar. Noté que mi corazón se partía en mil pedazos, y eso solo fue tu culpa. Yo fui una idiota que pensó que las cosas entre nosotros podían ser diferentes, está claro que me equivoqué. Déjame en paz, por favor. Solo quiero seguir adelante y olvidarme de ti.

Él acorta el poco espacio que nos separa, trago saliva, nerviosa, y entonces vuelve a suceder; me besa. Sus labios regresan a los míos y lo hacen de una manera arrolladora, como si los hubiera echado de menos, me hace sentir que tiene necesidad de mí.

Sus manos llegan a mis caderas, apretándome más junto a él. Produciendo un cosquilleo interno en mí. Nos separamos con las respiraciones agitadas. Quiero decir tantas cosas..., pero no puedo.

—Lo siento. —Esas son las palabras que salen de su boca—. Lamento la forma en la que me he comportado contigo. Solo te pido que me perdones. Me gustas mucho, Chelsea. Estaba confundido, con la cabeza hecha un lío. ¿Qué crees que pasaría si tu hermano se entera de que estamos juntos? O, peor, nuestras familias. No sabría de qué manera gestionarlo, pero tampoco quiero estar alejado de ti. Desde que nos besamos el primer día, no he podido sacarte de mi cabeza. Esa es la única realidad. No puedo prometerte amor eterno, así y todo, sí que me gustaría que siguiéramos viéndonos. Solo tú tienes la última palabra. —«La última palabra», me digo. ¿Qué puedo hacer si este chico me gusta tanto?

—¿Me estás pidiendo que llevemos una relación a escondidas? —me atrevo a preguntar.

—Sí, algo así. Solo por un tiempo. Hasta que encuentre la manera de poder explicar todo esto.

Una esperanza se instala en mí y, como una idiota, pienso que solo será cuestión de días que estemos paseando por esta misma calle cogidos de la mano. «¡Error, Chelsea! Grave error».

Como una boba enamorada creo que así será y acepto sin más. Él me dedica una sonrisa de nuevo y vuelve a besarme. Esta vez mucho más dulce.

Las semanas continúan pasando. Los encuentros con Matt cada vez son más seguidos,

aprovechamos cada minuto para poder estar juntos, devorarnos, dar rienda suelta a toda esa pasión que arrastramos día tras día. Eso sí, siempre a escondidas y, por más que él me dice que pronto todo eso se acabará, lo cierto es que yo veo que, no solo han pasado días, sino también las semanas desde que nos dimos ese primer beso.

Las chicas y yo hemos decidido posponer nuestro viaje unos días más para poder cuadrarlo entre todas. Y, cuando me quiero dar cuenta, estoy con las personas más importantes de mi vida en el lugar donde nació.

Alquilamos una casa cerca de la playa. Cada una tenemos nuestra propia habitación, aunque sabemos que acabaremos pasando la noche juntas, como tantas veces hemos hecho.

Por la mañana paseamos por la playa, las *babies* seguiremos unidas pese a todo. O eso creemos, ya que tenemos una amistad tan bonita que ha perdurado tantos años. Sinceramente, espero que nada nunca me separe de ellas.

—Deberíamos salir esta noche. Me han hablado de un lugar que está muy cerca de aquí, en la misma playa. ¿Qué os parece la idea? —pregunta Lyn.

—¡Vale! —respondemos todas al unísono y con una sonrisa.

Lyn siempre ha sido la más marchosa, la que en cualquier lado es capaz de montar una fiesta. Ella, con su larga melena caramelo, conquista a todos no solo por su belleza, también porque es una chica con conversación y muy inteligente.

Kenisha es la más introvertida, pero, al final, entre nosotras la ayudamos a que consiga abrirse un poco más a la gente. En el fondo, somos las que más nos parecemos. Siempre hemos sido inseguras y además compartimos complemento: nuestras adoradas gafas.

Baby es la dulce del grupo, supongo que su madre lo sabía desde que decidió ponerle ese nombre. Cualquier cosa que pueda decirte, lo hace con una sonrisa, nunca sabrás si está enfadada porque ni nosotras hemos conocido esa faceta suya. Su apariencia también es dulce. Tiene los ojos claros y su media melena rubia eclipsa de lejos.

Blue es... especial. Siempre lo ha sido. Tiene un carácter terrible. Normalmente viste de negro y su mirada es... ¿desafiante? Tardamos años en descubrir su sonrisa, pero eso es solo su fachada, porque, por dentro, tiene un corazón de oro.

Cady es nuestra zanahoria con trenzas, así la llamamos cariñosamente. Adoro su pelo, pero también su inteligencia. Escribe cuentos infantiles, ella los edita y los distribuye por todos los centros donde están los niños que no han conseguido un hogar. La admiro y, además, estoy muy orgullosa de ella. Cady fue la que me compró mi primer cuaderno de dibujo, cuando vio cómo dejaba los libros y los blocs de notas. También la primera que me dijo que tenía mucho talento y debía dedicarme a eso. Algo a lo que no he hecho caso todavía.

Arizona... No sé qué podría decir de ella. Todas son importantes para mí, pero con Ari tengo una conexión especial. Solo con una mirada sabemos lo que está pensando la otra. Chocamos mucho porque somos muy cabezotas, aunque apenas tardamos unos segundos en reconciliarnos. Ella siempre está, quizá por la cercanía o porque estábamos predestinadas a ser amigas desde siempre.

Como veis, entre nosotras somos muy diferentes, en eso se basa la amistad, ¿no?, en no ser iguales, pero aceptarse. Ellas son esenciales para mí, igual que yo lo soy para ellas.

Siempre algo más

Nos arreglamos y decidimos cenar algo fuera. Hace una noche preciosa. Estamos en julio, por lo que hay una temperatura estupenda. La playa está abarrotada de gente sentada cerca de la orilla, viendo el subir y bajar de las olas, rozando la brisa y disfrutando del ambiente tan estupendo de Santa Bárbara.

Cenamos en un bar que está justo en la arena de la playa. Un sitio estupendo. La noche se transforma en conversaciones, risas y rondas de chupitos que hacen que se me suelte la lengua.

—Tengo que contaros una cosa. Soy una mala amiga por no haberlo hecho antes, pero... —añade Blue— ¿sabéis quién es Carter, el chico del equipo de fútbol? Pues... llevamos enrollándonos desde primavera y ahora, que justo vamos a empezar la universidad, me ha pedido que formalicemos lo nuestro. ¿Os lo podéis creer?

—¿De verdad has estado tantos meses engañándonos? ¡No lo puedo creer, Blue! Se supone que somos tus amigas —dice Kenisha muy enfadada. Todas lo están. Todas menos yo, que también guardo un secreto parecido y quien dice parecido... dice algo peor. Todas se ponen a recriminarle el hecho de no haberlo contado, hasta que Arizona interviene.

—¡Basta, chicas! ¡Somos amigas! Si Blue no ha querido contarle sus motivos tendrá y no tenemos por qué enfadarnos con ella, ¿entendido? —Blue suspira, y todas asienten.

—¿Hoy es día de confesiones? Pues quizá la mía sea mucho peor... —añado sin dudar.

—¿De qué hablas, Chelsea? —preguntan todas.

—Llevo años engañándoos. Sí, muchos. Y no porque no os quiera o no os considere mis amigas, en realidad, solo por miedo. —Arizona me mira con gesto serio. Supongo que sabe muy bien lo que estoy a punto de contar—. Estoy enamorada de Matt, y no me preguntéis desde cuándo porque no sé deciros, aunque soy consciente de que lo nuestro es imposible. Sin embargo, en ocasiones, sigo soñando despierta. —Todas se quedan en silencio, no dicen ni una sola palabra. Supongo que ninguna se esperaba tal confesión, ya que nunca he demostrado delante de nadie que Matt pudiera gustarme. O por lo menos he tratado de disimularlo lo mejor que he podido—. ¿No vais a decir nada? Tampoco es un drama. Lo tengo asumido.

—¿Por qué nunca nos has dicho nada? Sabes que te hubiéramos apoyado, Chelsea. Somos tus amigas —comenta Blue apenada.

—Lo sé, pero no quería que en algún momento él pudiera enterarse. Tengo muy claro que el sentimiento no es recíproco, no pasa nada. Estoy bien. Solo quería que lo supierais, nada más. —Todas se acercan a mí y me abrazan en piña. Ese abrazo con el que sientes que el tiempo se para, que no existe nada más a tu alrededor y que es justo en ese lugar donde quieres estar. Trato de contener las lágrimas, y no porque me duela lo que he contado, más bien porque sé que sigo ocultándoles una parte muy importante que no sé si, con el tiempo, puedan llegar a perdonar.

—¡Nada de tristezas esta noche! Estamos aquí para pasarlo bien. Pueden ser nuestras últimas vacaciones juntas y no podemos desaprovecharlas —dice Arizona.

Asentimos. Pedimos la cuenta y nos movemos por un par de locales de la playa, allí bailamos sin descanso, nos reímos, nos abrazamos, disfrutamos de la arena rozando nuestros pies, y lo hacemos también de nosotras, de nuestra amistad, de este vínculo tan bonito que hemos reforzado con el paso de los años.

Llegamos a la casa cantando, Baby llorando mucho, diciendo que nos va a echar de menos... Pobre, es la más sensible de nosotras, aunque en realidad lo de separarnos supone un jarro de agua fría para todas, no solo para ella. Llevamos desde el colegio juntas, compartiendo

momentos, lágrimas, risas, charlas interminables... Son vivencias insuperables que nunca olvidaremos.

Mis amigas se van a la cama, y yo bajo a por un vaso de leche para poder dormir. Cuando estoy a punto de cerrar la nevera, alguien toca en la puerta de la terraza. Me da un buen susto. Miro y... Vale, los mojitos me tienen alucinando, niego con la cabeza y me doy la vuelta, de nuevo vuelven a llamar. Me acerco y no, no es una alucinación, Matt está aquí. Abro la puerta con cuidado y salgo sin hacer demasiado ruido.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Cómo has sabido dónde estaba? —pregunto enfadada.

—Hola a ti también, Chelsea. ¿Tengo que recordarte que estás con mi hermana? ¿Cómo no voy a saber dónde estás?

—Me da igual. No tienes por qué estar aquí. Vete antes de que alguna de las chicas te vea. — Se aproxima a mí, y yo comienzo a ponerme nerviosa. Lo aparto con la mano—. No sé qué crees que haces, pero lo que sí tengo claro es que puedes largarte por donde has venido. Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar. Quiero dormir. ¿Podrías dejarme tranquila? —Trato de mostrarme lo más serena posible, aunque por dentro me esté muriendo de ganas por acercarme a él.

—Solo quiero hablar cinco minutos contigo, nada más. Después puedes irte a dormir. — Suspiro y accedo.

Sé que de otra manera seguirá insistiendo. Cierro la puerta con cuidado para poder abrir después. Ambos caminamos hasta la playa en silencio. No sé a qué ha venido, esto es lo que menos necesito ahora mismo.

—Ya sé que no esperabas que estuviera aquí, pero... tenía que hacerlo. Nos debemos una conversación, Chelsea. No es justo que huyas de mí de esta manera.

—¿Y tú me hablas de huir, Matt? ¿En serio? ¡No lo puedo creer! ¿Cómo puedes tener la cara tan dura? Eres tú quien ha salido corriendo en cada oportunidad. Me dices que te gusto, pero demuestras todo lo contrario, tengo que verte con otra... ¿Hasta dónde crees que puedo llegar? ¿Tratas de ponerme a prueba?

—Lo... lo siento, Chelsea. Sé que he sido un capullo. No tengo justificación, sin embargo, no quiero que lo nuestro acabe. Me gustas mucho. No me he comportado de la mejor manera, supongo que te he demostrado que esto es real, ¿no? —Se acerca a mí, acaricia mi mejilla y me hace estremecer. Algo que no puedo permitir, porque sé muy bien cómo terminará todo esto. Me separo de él andando unos pasos.

»Por mucho que quieras alejarte de mí, sabes que no puedes. Esa es la verdad, Chelsea. Ninguno de los dos es capaz de hacerlo porque esto que sentimos es demasiado fuerte. ¿Crees que si no fuera así yo estaría aquí? Jamás he hecho esto por una chica y lo estoy haciendo por ti.

—¿De verdad, Matt? ¿Y qué quieres? ¿Un aplauso?

—No me hables así, por favor.

—Es lo que te mereces. Supongo que en eso sí estamos de acuerdo, ¿no? No pienso dejar que vuelvas a jugar conmigo, Matt. Te lo advertí, yo tengo sentimientos, y tú lo único que has hecho en todo este tiempo es destrozarme. ¿Qué más quieres de mí? —Me coge del brazo y me lleva hasta él. Mi corazón se desboca con tan solo su roce, y nuestras respiraciones comienzan a agitarse.

—Una oportunidad. Eso es lo que quiero. Y estoy seguro de que estás dispuesta a dármela, porque no soy el único que siente cosas. Necesito que estemos juntos. He sido un cretino, pero estoy tratando de reparar mi error. ¿Puedes perdonarme? —¡Dios! ¿Quién es este hombre que me está hablando y qué han hecho con Matt?

—Yo...

—¡Vamos! Tú sabes que soy sincero cuando te digo todo esto. ¿De verdad eres incapaz de perdonarme?

—Matt, no me conformo con que estemos toda la vida escondidos. No hacemos nada malo. ¿Por qué tiene que ser así?

—Déjame que busque la manera de hablar con tu hermano, tus padres, los míos... No es tan sencillo, pretendo hacerlo bien. —Le creo y lo hago como la gran idiota que soy. Pase lo que pase, siempre lo haré.

—Está bien, Matt, voy a darte una oportunidad. Por favor, no vuelvas a fallarme ni me hagas daño, no podría soportarlo de nuevo.

—Te prometo que no. —Se acerca a mí, coge mi barbilla y me besa.

Besos que cada vez son más intensos que derivan en caricias ardientes. Acabamos tumbados en la arena, él encima de mí, sin parar de tocarme, deslizándose sus manos por mi cintura. Mi cuerpo tiembla. Lo hace de miedo porque nunca había tenido tanta intimidad con un chico. Sin embargo, deseo continuar con esto.

—¿Estás bien? ¿Estás segura de esto? —me pregunta separándose un poco de mí.

—Sí, pero... yo... yo soy... —Me resulta complicado unir las palabras.

—Es tu primera vez, lo sé. Voy a tratar de que sea lo más especial posible. Lo único que necesito es que estés segura. No quiero que mañana te arrepientas.

—Te prometo que no lo haré. Estoy convencida. Anhele que seas tú.

No hacen falta más palabras entre nosotros. Sus labios vuelven a mi boca y sus manos, a mi cuerpo. Me toca con delicadeza, y yo me dejo llevar. Los nervios van pasando poco a poco, aunque no del todo.

Me deshago de su camiseta desabrochando sus pantalones con torpeza, algo con lo que él mismo tiene que ayudarme. Me sonrío y sigue acariciándome. Ahora sus manos bajan hacia mi ropa interior, mi respiración se acelera, y sé que lo nota porque para de inmediato.

Vuelvo a colocarle las manos justo donde estaban para hacerle entender que quiero seguir adelante. Mis bragas caen por la arena, no me importa lo más mínimo, no en este instante.

Se deshace de sus pantalones, coge su cartera y saca un preservativo de esta. Lo deja a un lado y vuelve a mí. Introduce despacio uno de sus dedos, una sensación intensa. No he estado con nadie, pero no quiere decir que no haya experimentado. Una puede aprender muchas cosas sola, sobre todo, si es curiosa, como yo.

Él continúa con lo suyo. Tiendo la mano hacia donde está el preservativo y se lo doy. Necesito que ocurra. Quiero dejar que eso, que durante tanto tiempo ha sido un sueño, se convierta en una realidad.

—Si en cualquier momento quieres parar, por favor, dímelo. —Asiento.

Se desliza dentro de mí, se mueve despacio, sin dejar de mirarme a los ojos, de acariciarme, de besarme..., a pesar de que la sensación no es del todo agradable. Poco a poco, y dejando atrás los nervios, consigo disfrutar. Cuando todo termina, Matt se tumba al otro lado de la arena con el corazón a mil por hora, exhausto y con una sonrisa. Acaricia mi mano con cariño.

—Ha estado genial —añade.

—¿Seguro? Bueno, yo... siento si te he defraudado.

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! Lo he disfrutado mucho. —Coge su mano y me abraza—. No hay un lugar mejor donde quiera estar que a tu lado, Chelsea. Ha sido la mejor noche de mi vida y la recordaré siempre.

Una sonrisa idiota se aloja en mi boca, me acerco para besarlo de nuevo y atesoro ese

momento porque, como él dice, lo recordaré toda la vida.

El principio de un sueño

Nos quedamos hasta el amanecer, abrazados y sin parar de besarnos. Con la playa de Santa Bárbara al fondo y con esa sonrisa tonta que se nos dibuja cuando estamos enamorados. Ahora pienso en cada una de las palabras que ha dicho Matt. No sé si por estar cegada de amor o porque realmente me está diciendo la verdad, pero confío en él. Quiero creer que tarde o temprano dejaremos de escondernos, que podremos gritarle al mundo todo lo que nos queremos.

—Tengo que volver a la casa porque si alguna de las chicas se levanta y se da cuenta... no sé qué excusa podría decirle.

—Lo entiendo, no te preocupes. Ya solo con haber pasado la noche contigo me siento satisfecho.

—¿Qué piensas hacer? ¿Vuelves a casa?

—No. Tu hermano y yo hemos venido a pasar el fin de semana, aunque parece que anda muy ocupado con una chica. No creo que se haya dado cuenta de mi ausencia.

—¿Mi hermano está aquí? ¿Ha venido a espiarme?

—No. Solo que estaba preocupado por si pasaba algo y en realidad nos apetecía pasar un fin de semana por aquí. —Refunfuño porque no me creo ni una palabra de lo que me ha dicho. Odio cuando mi hermano actúa como si fuera mi padre. ¿Quién se piensa que es? Matt me acaricia la espalda y me da un beso suave en el cuello. Sí, sabe que estoy enfadada.

»No hemos venido a controlarte. Bueno, yo solo quería verte y poder arreglar las cosas contigo. ¿También estás enfadada conmigo? —Me coge de la cintura haciendo que nuestras miradas se encuentren de nuevo. Yo sonrío como una idiota. Es imposible enojarme con él.

—No soporto cuando mi hermano se comporta así. ¿Tan difícil es de entender que ya no soy una niña pequeña?

—Lo es, Chelsea. A mí me pasa lo mismo con Arizona. No me gustaría que nadie le hiciera daño.

—Eso nunca podrás controlarlo.

—Lo sé, y eso me estresa todavía más.

—Tengo que irme ya. —Se acerca más a mí y me besa los labios con delicadeza, apenas puedo sentirlo.

—¿Nos veremos luego? Dime que sí.

—No te prometo nada porque no sé los planes que tenemos para hoy.

—Ya va siendo hora de que me des tu teléfono, ¿no crees?

—Supongo que podría hacerlo, pero... —Me muerdo el labio y lo miro con picardía.

—¿De verdad te lo vas a pensar? Es la única manera que tenemos para poder hablar. Tu hermano quiere venir esta tarde a verte para que sepas que está aquí y que no te lo encuentres por sorpresa en la playa. —Cojo su móvil y tecleo mi número en la pantalla.

—Me voy. Hablamos más tarde. —Le doy un beso en los labios más corto de lo que me gustaría.

—Nos vemos más tarde, preciosa. Gracias por esta noche tan perfecta. —Me guiña un ojo, y yo me sonrojo al recordar todo lo que ha sucedido entre nosotros.

Llego a casa entre saltitos y suspiros de emoción. Sí, estoy feliz, no puedo negarlo. Lo último que esperaba es que Matt apareciera aquí, que ambos termináramos la noche haciendo el amor. Ni en mis mejores sueños.

Abro la puerta con sigilo. Rezando para que ninguna de las chicas se haya levantado todavía.

Paso por la cocina para tomar un vaso de agua y, cuando estoy a punto de entrar en mi habitación, doy un respingo al escuchar su voz.

—¿Se puede saber de dónde vienes a estas horas? —«¡Mierda, Chelsea! Piensa rápido. Arizona es demasiado lista».

—De la cocina. Tenía sed. Me vuelvo a la cama. Estoy muy cansada. —Estira el brazo impidiéndome el paso.

—Odio que no confíes en mí, pero todavía más que me digas mentiras. Sé muy bien que te fuiste anoche y acabas de llegar.

—Te prometo que te lo explicaré, ahora déjame que duerma un rato.

Su gesto es serio. Sé que está enfadada y tampoco puedo culparla. Yo también odio mentirle... ¿Cómo le digo que he pasado toda la noche con su hermano en la playa y que hemos hecho el amor? Matt me ha pedido que lo mantengamos en secreto y tiene que seguir siendo así.

Cuando estoy dentro de la habitación, aliviada, me despojo de la ropa, me doy una ducha rápida para quitarme toda la arena, me meto en la cama y caigo en un sueño profundo.

No sé ni la hora que es cuando alguien toca fuerte a la puerta. Tengo un dolor de cabeza terrible.

—¿Sí? —Blue entra en la habitación algo nerviosa.

—No quería despertarte, pero tienes visita abajo.

—¿Visita? ¿Y quién es? —pregunto con inquietud. Ella parece alterada.

—Es... alguien que no esperabas. Es mejor que bajas —me dice eso y cierra la puerta.

Cojo el móvil para mirar la hora y me doy cuenta de que son más de las tres de la tarde. Me visto y salgo al encuentro de esa visita que ha hecho que Blue haya aparecido tan alterada en mi habitación.

Bajando por las escaleras, veo a mi hermano hablando con las chicas, y a Matt, con su hermana. Bueno, tampoco es ninguna sorpresa porque Matt me lo había contado, aun así, tengo que fingir que lo es.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? ¿Has venido a controlar lo que hago? —Levanto la voz para que pueda oírme, ya que todavía no he bajado las escaleras.

—¡Vaya! Parece que no te alegras de verme en absoluto.

—¡Por supuesto que no! —digo muy rotunda, y él saca una sonrisa burlona.

—No te enfades, hermanita. Solo quería saber cómo estabais. Hemos venido a pasar el fin de semana y desconectar un poco, nada más. Solo quería saludarte.

—Bien. Pues ya puedes irte por donde has venido.

—¡Chelsea! No seas así con tu hermano. Solo ha venido a saludar —contesta Cady dedicándole una sonrisa. ¡Lo que me faltaba! Me dirijo a la cocina, enfadada, sin tan siquiera mirar a Matt. Arizona me sigue, y él también.

—¿De verdad no sabías que estaba tu hermano aquí? —me pregunta muy directa. Trago saliva. Arizona es demasiado lista.

—¿Y por qué iba a saberlo? Si fuera así, no estaría tan enfadada. —Me observa fijamente y también lo hace con su hermano.

—¿Vosotros dos estuvisteis juntos anoche? —Sigue paseando la vista de uno a otro.

Matt contesta sin una pizca de nerviosismo:

—¿Qué crees que podemos hacer tu amiga y yo juntos? Yo jamás pondría los ojos en ella. Parece que no me conoces... —Sus palabras me llenan de dolor y salgo corriendo de la cocina.

Oigo a Arizona que le dice:

—No me gusta que la trates así. ¿Por qué lo has hecho? Espero que te disculpes. —No oigo

nada más porque me marché a mi habitación.

Puede que solo lo haya dicho para disimular, aun así, esas palabras me han hecho daño.

A los pocos minutos, Arizona entra para disculparse por la actitud de su hermano, aunque no es ella quien tiene que hacerlo. Charlamos un rato y me pide perdón por dudar de mí. Yo no puedo parar de sentirme culpable por mentirle de esa manera, ella es mi amiga, y las amigas no hacen esas cosas.

Matt no tarda en disculparse, a pesar de ello, muy en el fondo, sigo pensando que lo que dijo era verdad.

Seguimos viéndonos a escondidas, lo cual cada vez es más complicado porque nadie me pierde de vista. En cierto modo estoy disfrutando de las vacaciones con mis mejores amigas y también lo hago con Matt. No sé cómo será la vuelta a San Francisco, pero pienso exprimir al máximo los días que me quedan aquí.

Paseamos por la playa; conversamos; jugamos al voleibol; nos bañamos, disfrutamos del mar; de las puestas de sol; de la gente; del ambiente; de sus rincones, que son tan especiales; de una casa maravillosa; de unas amigas que lo son todavía más, y de los amaneceres al lado de la persona que quiero. Sin duda, puedo decir que son mis mejores vacaciones.

6

Todo termina

El verano está llegando a su fin mientras yo vivo sumergida en una pompa con Matt. Las cosas entre nosotros no pueden ir mejor, aunque él todavía no ha encontrado el momento para desvelar lo nuestro. Sé que lo hará pronto.

Últimamente, Arizona y yo no hemos hablado demasiado, así que aprovecho para hacerlo hoy.

—Algún día tendrás que decirme qué te traes entre manos. Llevas todo el verano desaparecida. Me dices que estás en casa y después descubro que te has ido con alguien. ¿Con quién te ves y no me lo has contado? Pensé que éramos amigas —añade Arizona.

—Claro que sí. Solo que a veces necesito estar sola para pensar, nada más.

—¿Sabes? Echo de menos a mi amiga y no sé dónde anda metida. Tengo muchas cosas en la cabeza y ni siquiera puedo contártelas porque simplemente no estás.

—Lo siento, Arizona. Sabes que siempre me tienes a tu lado. Lamento haber estado tan ausente últimamente. Puedes contarme lo que quieras.

—Ahora voy a necesitarte más que nunca, amiga. Matt se marcha y se me va a hacer muy duro que no esté en casa. —Esa frase cae como un jarro de agua fría en mí. Tardo varios minutos en procesarla, incluso en poder preguntar a qué se debe lo que me acaba de contar.

—¿Se marcha? ¿A dónde? No sabía nada.

—¡Y cómo lo vas a saber, Chelsea, si no hablas con él! —dice a modo de broma. Parezco idiota.

—Ha decidido que se va a Minnesota a estudiar. A todos nos pilló de sorpresa cuando nos lo dijo. Pensé que se tomaría otro año para pensar en qué hacer, pero lo tiene muy claro. —Me sujeto a la silla porque tengo la sensación de que voy a caerme en cualquier momento.

—¿Lo dices de verdad? ¿Desde cuándo sabes todo esto? —indago apenas con un hilo de voz.

—Desde hace más de un mes, al parecer lo tiene claro desde que nosotras acabamos el curso. Antes de irnos de viaje a Santa Bárbara él ya me lo había contado.

Mis ojos se llenan de lágrimas y no solo eso, estas salen sin control. Es la manera en la que mi corazón se desahoga y se despoja de todo lo que llevaba acumulado desde hace tantas semanas. Las imágenes de Matt pasan por mi mente como en una película. Y mi cuerpo deja paso al dolor. Mi amiga, sin saber cómo reaccionar y alucinada por cómo estoy, lo único que hace es abrazarme. Algo que agradezco porque lo necesito. Necesito ese calor ahora mismo.

No sé el tiempo que me paso hecha un mar de lágrimas, sin embargo, mi amiga no se separa de mí. Arizona no se atreve a preguntar qué es lo que me sucede, no sin que antes me calme.

—Creo que tienes muchas cosas que contarme, ¿verdad? No voy a juzgarte, te lo prometo.

—No sé si seré capaz de...

—¡Vamos, Chelsea! Sé desde hace meses que me ocultas algo. ¿Qué ocurre? Está claro que me he perdido y me gustaría que me lo contaras. —Trago saliva y cojo fuerzas para lo que se me viene encima.

Le explico con calma todo lo que ha estado sucediendo en este tiempo. Ella me escucha con atención, sin perderse ni una sola coma de mi relato, en alguna ocasión tengo que coger aire en profundidad para no romper de nuevo en llanto, pero continúo narrando sin dejarme ni un solo detalle. Cuando lo he soltado todo, me alberga una sensación de alivio que hacía meses que no sentía.

Arizona se queda unos minutos en silencio, con semblante serio, sopesando la información

que le he contado, y en ese mismo instante siento miedo, miedo de perderla, de que se sienta traicionada por haber guardado el secreto durante tanto tiempo. Sin embargo, sus primeras palabras me dan algo de alivio:

—¡Es un maldito capullo! ¡No puedo creer que sea mi hermano! Yo... ¡Joder! Lo siento, Chelsea, de verdad. No tenía ni idea del infierno por el que estabas pasando. Tenías que haber confiado en mí.

—Perdóname. —Su reacción me sorprende. Supongo que esperaba algún reproche por su parte—. No sabía cómo te lo ibas a tomar, tenía mucho miedo de que nuestra amistad...

—¡No digas tonterías, por favor! Soy tu amiga, además, estaría encantada de que fueras mi cuñada. Eso sí, cuando mi hermano deje de ser un capullo.

Se acerca a mí y me acurruca entre sus brazos. Entiendo que esa es la amistad; la que no juzga y te apoya a pesar de todo. Incluso cuando le has ocultado la verdad durante meses.

Durante días, ella es mi pilar, mi luz, la que trata de sacarme una sonrisa, pero todos sus intentos porque esté bien son en vano, porque el dolor que me desgarras es demasiado profundo, tanto que me lleva a tomar una de las decisiones más difíciles de mi vida, la que cambiará el rumbo de mi destino.

Me da pánico equivocarme, pero entonces me repito una y otra vez que Matt fue a buscarme a Santa Bárbara, me hizo creer que lo nuestro iba en serio, cuando la única realidad era que él ya sabía que se marcharía a Minnesota y todo lo que su decisión conllevaba. Una vez más me ha engañado, será la última.

La vida que nunca soñé

Diecisiete años después.

—Chelsea, ¿puedes coger el teléfono? Te llaman de Nueva York. —Margaret, mi secretaria, me pasa la llamada.

Estoy algo más de cuarenta minutos hablando y, cuando cuelgo, me siento agotada. Margaret lo sabe y me trae un té para sobrellevarlo. Me conoce muy bien. Llevamos trabajando más de cinco años juntas y, sin duda, fue una suerte encontrarla.

Llevo diecisiete años en Georgia. Aquí empecé una nueva vida. No fue fácil, esa es la verdad. Aquí no tenía a nadie. No solo dejé a mi familia en California, también a mis amigas, a Arizona... ¡Dios! Han pasado tantos años..., sigo echándola de menos con la misma intensidad, aunque supongo que nuestra amistad se rompió en el mismo momento en el que decidí que no podía seguir teniendo contacto con lo que me hacía daño. Ella estaba conectada a Matt, y eso era demasiado para mí. Tenía que arrancarlo de mi corazón y egoístamente, si ella seguía en mi vida, eso nunca sucedería.

Fueron muchos meses de llamadas, de mensajes a mis padres para ponerse en contacto conmigo, sin embargo, antes de irme, yo les conté lo que me sucedía con Matt, por supuesto, sin entrar en detalles, solo hablé de mis sentimientos y de lo que me provocaba el estar cerca de él. Les costó entenderlo, pero supongo que no les quedó más remedio que aceptarlo. Uno de los requisitos cuando me fui, y que por supuesto les hice prometer, es que ellos no darían ninguna información sobre mí, pasara lo que pasara. Y así fue.

Con el transcurso de los meses, todos desistieron en el intento de localizarme. No puedo negar que me dolió. Sí, claro que lo hizo y mucho, pese a todo, sabía que era lo mejor para mí. Tenía que enterrar el pasado. Así fue y así lo mantengo hasta hoy. Y digo «hasta hoy» porque el maldito pasado siempre está dispuesto a volver y a poner nuestra vida del revés otra vez.

Margaret entra en mi despacho con semblante serio, al principio creo que me está tomando el pelo y que ha pasado algo con algún cliente, pero, cuando se sienta a mi lado y me mira fijamente, entiendo que algo grave está sucediendo. Y claro que lo es. Mi padre ha fallecido y tengo que regresar a California. No lo recapacito ni un instante, compro el primer billete de avión que me lleve de vuelta a mi casa, cojo solo lo indispensable y aviso a Jerard, mi socio y mi compañero de cama en algunas ocasiones. Me ha pedido matrimonio, una locura, sin duda, yo no pienso casarme, no creo en esa unión, como tampoco lo hago en el amor, digamos que no en el mío con una pareja.

Vivo mi vida como quiero, disfruto del sexo cuando y con quien me apetece y sin dar ningún tipo de explicación a nadie. Soy feliz así, desde luego, no entra en mis planes cambiar mi estilo de vida.

Cuando Jerard me propone acompañarme, me niego, prefiero que se quede al mando de todo esto, no sé los días que voy a estar fuera y alguien tiene que atender el negocio.

Paso todo el vuelo angustiada, tratando de mantener la calma y con las lágrimas a punto de salir, pero, como siempre, las mantengo a raya, esa es una de las grandes cosas que he aprendido durante todos estos años, a sobrellevar el dolor.

Con el paso del tiempo me he vuelto una persona fría y distante. Ya no recuerdo a otra Chelsea que no sea esta, sinceramente, tampoco quiero hacerlo.

Al llegar a mi barrio, al de siempre, donde me crie, una punzada atraviesa mi corazón. De repente, todos esos recuerdos que tenía guardados bajo llave regresan sin previo aviso,

llenándome de tristeza. Al llegar a la puerta de mi casa, la cara de mi padre regresa a mi mente, nuestras comidas en el jardín, nosotros colocando las luces de Navidad, él enseñándome a tocar la guitarra, nuestras conversaciones en el porche... Dos lágrimas caen por mis mejillas.

Mi madre abre la puerta, rota de dolor; mi padre no solo era su marido, también, un compañero de vida, ese que todo el mundo quisiera tener. Sé que el dolor que siente ahora mismo no se puede curar con nada, ni siquiera con un abrazo de una hija que vuelve a casa después de diecisiete años.

No encuentro ni un solo reproche por su parte, todo lo contrario, se alegra tanto de verme, de poder abrazarme otra vez, que los años de ausencia en este momento no importan nada.

Cuando entro me encuentro de frente con mi hermano, con la mirada seria, sé que quiere decirme muchas cosas, pero no lo hace. Me saluda con un «hola» un tanto seco, y lo respeto, no soy la más indicada para increparle por nada.

Mi madre me cuenta cómo han sido los últimos meses de mi padre, me dice que me echaba mucho de menos y que soñaba con verme aparecer de nuevo por esa puerta. No puedo evitar sentirme culpable. Él siempre me cuidó, y sé que, cuando me fui, sufrió mucho. Pude estar con él hace unos cinco años cuando fueron a verme, pero sé que nunca me ha perdonado que me fuera de esa manera. Él siempre pensó que era un cobarde que no afrontaba lo que la vida me estaba dando y lo que en verdad me pasó fue que el dolor era demasiado intenso para continuar aquí. Me hubiera gustado, sin embargo, todos sabíamos lo que ocurriría con esa decisión.

Despedirme de mi padre, sin duda, es lo más difícil que he hecho en la vida. Tengo que estar fuerte para que mi madre no se venga abajo, aunque, como sucedía cuando era pequeña, sigue cuidando de mí, a pesar de que el dolor la supere.

Hoy me siento como esa niña pequeñita que lloraba cuando algo le dolía, cuando algo no salía como esperaba. Sus brazos siempre fueron mi mejor refugio, ahora soy yo la que tengo que cuidar de ella. No voy a dejar que caiga. Por supuesto que no.

Estoy con la vista perdida en mi teléfono, leyendo correos electrónicos del trabajo, necesito despejar la mente, a pesar de que sigo teniendo la mano de mi madre agarrada. Me asusto cuando esta me suelta y le cambia el semblante, levanto la cabeza y entonces me quedo pálida.

Arizona, Matt y sus padres están aquí, frente a mí, después de diecisiete años. No puedo negar que he pensado en la posibilidad de que vinieran, pero... Mi madre se levanta para abrazarlos. Yo también me pongo en pie. Me acerco a ellos, comedida porque no sé cómo reaccionarán después de tanto tiempo. Sus padres me abrazan, un gesto que me sorprende y con el que me siento feliz.

Arizona se pone frente a mí, clavando sus ojos en los míos. Hace años hubiera averiguado lo que le está pasando por la cabeza, pero ya no, ya no somos las mismas. Pronuncio un «hola» con un hilo de voz. Ella no contesta, solo se acerca a mí y me estrecha entre sus brazos.

Comienzo a llorar, no solo por el momento que estoy viviendo, también por todo lo que pasa en este instante por mi cabeza, por todo lo perdido, por cada confidencia con ella, por nuestras risas, cada una de nuestras experiencias. Arizona no solo fue mi amiga, fue mi hermana, mi punto de apoyo, junto con las demás chicas hicieron de mi adolescencia algo increíble. Sería absurdo negar que no las he echado de menos durante todos estos años y que quise mil veces levantar el teléfono para llamarlas, sin embargo, nunca fui tan valiente. Me mostré firme en mi decisión y ahora, que vuelvo a tenerla tan cerca, me planteo si en realidad no me equivoqué.

—Lo siento mucho. Tu padre era un gran hombre. Siento por lo que estáis pasando, pero tengo que ser sincera, me alegro mucho de verte, aunque sea en una situación tan dura. Te he echado de menos, amiga. No eres capaz de imaginarlo. Tenemos muchas cosas de las que hablar,

solo espero que no desaparezcas de nuevo sin dar señales de vida.

—Yo también lo lamento. Tengo tantas cosas que explicarte...

Arizona me sonrío y me guiña un ojo. Lleva la melena rubia, muy larga. Sigue teniendo la misma cara de siempre, aunque las facciones se ven mucho más maduras. Sigue siendo preciosa. Ella siempre lo ha sido. Tengo ganas de saber cómo la ha tratado la vida durante todos estos años.

—Ya habrá tiempo. ¿Cuándo te marchas?

—No lo sé todavía. Tengo que organizar algunos asuntos del trabajo, pero quiero quedarme unos días.

—Ya nos contó tu madre que eres una prestigiosa abogada con un bufete propio. Estoy muy orgullosa de ti.

—Sí. Aunque a veces estoy demasiado sumergida en el trabajo.

—¿Tienes hijos?

¿Hijos? No, la verdad es que ni siquiera me lo había planteado. Alguna vez se me había pasado la idea de ser madre soltera, pero con todo el trabajo... es inviable.

—No. Mi vida no es adecuada para meter niños en la ecuación. Ni me lo planteo.

—Yo tengo un pequeño de dos años y... —Se queda parada y mira a Matt, que no ha dejado de observarnos en la conversación—. También un sobrino. Tienes que conocerlos a todos. Espero que tengas tiempo para un café. —Esa última información me da un pellizco en el corazón. ¿Qué esperabas, Chelsea? ¿Que él te estuviera esperando? ¿Que te hubiera estado buscando durante todos estos años? Borro ese pensamiento de mi mente. Arizona vuelve a abrazarme y me susurra al oído—: No seas muy dura con él. La vida tampoco ha sido fácil para Matt.

No entiendo a qué se refiere con sus palabras, pero trato de no pensar en ello. Se separa de mí, y él da un paso al frente. Mi corazón se acelera. Hace exactamente diecisiete años que no lo tengo delante y, si me hubieran contado que esto iba a ocurrir, jamás lo hubiera imaginado.

—Estás preciosa. Parece que tu nueva vida te trata bien. —«¡Cretino! Supongo que mejor que lo hiciste tú».

—Gracias. No puedo quejarme.irme fue la mejor decisión que tomé. —Puedo ver el dolor en sus ojos cuando pronuncio esa última frase.

—Algunos no pensamos lo mismo. Siento mucho lo de tu padre. Sabes que lo apreciábamos. ¿Puedo preguntarte algo? —El corazón se me acelera de nuevo, me pone nerviosa el imaginar qué es lo que quiere saber.

—Sí.

—¿Me dejarías abrazarte?

¿De verdad? La boca se me seca y pienso cuál tendría que ser mi respuesta, por supuesto, un no, pero para cuando me doy cuenta nuestros cuerpos están pegados el uno al otro.

Cierro los ojos y viajo al pasado, a nuestro último abrazo, nuestras últimas caricias, esas últimas palabras que se quedaron en nada, que acabaron con todo mi amor por él. Muy a mi pesar sigo sintiendo ese cosquilleo cuando lo tengo cerca, algo que tiene que acabar. No voy a permitir que Matt vuelva a entrar en mi vida. Por él tuve que marcharme de aquí, lejos de las personas que quería, de mis amigas, de mis padres, de todo lo que me hacía feliz. Me separo de él, mientras en su cara se dibuja una sonrisa.

—Parece que no ha pasado el tiempo entre nosotros.

—Sí, sí que ha pasado, Matt, y mucho —contesto seca.

—Me gustaría que tomáramos un café y charláramos. Tenemos muchas cosas de las que

hablar.

—Lo siento. Creo que entre nosotros no queda nada pendiente. Ya te lo he dicho, han pasado muchos años, y para mí todo aquello ha quedado olvidado. —Sé que ese golpe le duele. ¿Qué esperaba después de tantos años? ¿Que cayera rendida a sus pies? Los dos hemos cambiado. Desde luego, yo ya no soy la misma niña idiota que se creía cada una de sus mentiras y, por supuesto, no pienso volver a hacerlo.

—En el fondo tú sabes tan bien como yo que entre nosotros todavía quedan muchas cosas pendientes, que no he podido explicarte, porque desapareciste prácticamente sin dejar rastro. ¿Qué querías que hiciera? No me diste ninguna opción y dejaste muy claro que no querías volver a verme, ni que nadie me dijera a dónde te habías marchado. Me hubiera gustado que fueras tú la que me contaras que te ibas, pero gracias de todas formas.

—Matt, no..., no es el momento de hablar de todo eso.

—Discúlpame. Tienes razón. Solo me gustaría que lo pensaras. —Coge mi mano y una corriente recorre mi cuerpo. Otra vez. Corto el contacto de inmediato y me alejo de su lado.

Su familia y él pasan varias horas con nosotros. Por suerte, Matt no vuelve a acercarse a mí, lo agradezco porque por hoy ya he tenido suficiente. Pensé que los años cerrarían todas las heridas, nada más lejos de la realidad. Sigue doliendo, más de lo que yo pensaba y más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Mi madre trata de mantenerse entera a pesar de todo, y mi hermano continúa mirándome como si yo fuera la culpable de lo que le ha sucedido a mi padre. Sí, es cierto que me marché, que nunca más he vuelto a pisar esta casa, sin embargo, eso no quiere decir que haya dejado de quererlos, que no les haya echado de menos. He sentido muchas veces la necesidad de volver, en infinidad de ocasiones la soledad se ha adueñado de mí, aun así, sabía que estaba haciendo lo correcto.

La pérdida de alguien cercano siempre es dolorosa, pero, cuando es un padre, supongo que no hay palabras para describirlo. La Chelsea de hace unos años estaría en un rincón llorando, rota por el dolor, lo cual mi personalidad de ahora me lo impide. Quizá porque nada queda de aquella chica adolescente que creía en mil y una tonterías, que se derretía por escuchar una canción y que adoraba las historias de amor. En la práctica, y con los años, he descubierto que el amor no es lo que siempre nos cuentan o por lo menos no es lo que sucedió conmigo.

Jerard y yo nos queremos, sí, pero no estoy enamorada o no de esa manera en la que una pierde la cabeza, que se desvive por pasar las horas y los minutos con esa persona, no como... Sí, no como me enamoré de Matt en el pasado.

Verlo no ha sido lo mejor que me podía pasar, no, pero supongo que la posibilidad de que él estuviera aquí siempre estaba presente. Nunca me preparé para el encuentro porque tenía muy claro que jamás sucedería, que yo no volvería a este que fue mi hogar, que no recorrería de nuevo las calles hasta llegar a mi casa, que no estaría otra vez con Arizona y que no recordaría cada una de sus malditas caricias una vez más, porque se supone que yo eso ya lo tenía superado. Han pasado casi veinte años de todo aquello. Solo éramos dos críos; yo, una idiota enamorada de la persona equivocada, y él..., bueno, él creo que nunca cambiará.

Al día siguiente, no solo nos acompañan Matt, Arizona y sus padres, también lo hacen mi pandilla de amigos, los de siempre. A los que no puedo dejar de abrazar y darles las gracias, a la vez que me siento culpable por haberme marchado de aquí sin dejar ni una sola señal, porque ahora sé que, pese a todo, ninguno de ellos me juzga y sigo sintiendo el mismo cariño años después.

Solo echo a alguien en falta: a Cady. Mi pequeña zanahoria con trenzas, la primera que

confió en mí, que me regaló mi primer cuaderno de dibujo, que trató de que luchara por lo que me apasionaba: la pintura.

Hace unos años me enteré de que enfermó, incluso estuve en contacto con ella sin que nadie supiera nada, sin embargo, me hubiera gustado estar a su lado en esos momentos tan dolorosos. Otra cosa más que me pesará toda la vida.

Cuando termina el entierro me doy el lujo de derrumbarme. Lo hago en brazos de Arizona, que me consuela como puede. Me gustaría decir muchas cosas que no puedo, soy incapaz de articular palabra. Sé que ella lo comprende.

Todos nos arrojan hasta que llegamos a casa, y es ahí cuando algo hace clic en mi cabeza.

La madre de Matt me abraza y me susurra:

—Tu madre te necesita, cariño. No vuelvas a irte, por favor. Cuida de ella. —Sé que no lo dice con ninguna maldad, pero me hace daño. Quedarme no entra en mis planes, quizá unos días, no mucho más de una semana. Tengo trabajo, una vida alejada de todo esto. Puede que le plantee a mi madre el venir conmigo. Será bueno para ella un cambio de aires.

Arizona me anota su móvil y me pide que la llame, y que por supuesto no me vaya sin hablar con ella.

Una vez se van todos, abrazo una vez más a mi madre.

—Te preparé un té para que te acuestes un rato, mamá —le propongo, necesita desconectar un poco, ha sido un día agotador.

—No hace falta, cariño. No tengo ganas de dormir. Es lo que menos me apetece en este momento.

—Tienes que descansar. Han sido días muy duros para ti.

—Los que vienen no serán mucho mejores, cariño, pero seguiremos adelante. Es lo que toca. —Siempre me ha sorprendido la fortaleza de esta mujer. Estoy convencida de que está rota por dentro, aunque nunca lo mostrará.

—¿Por qué no te vienes un tiempo conmigo? Te vendrá bien cambiar de aires.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? ¡Mamá no va a ir a ningún sitio, Chelsea, tenlo muy claro! —Mi hermano, que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba tras nosotras, pone el grito en el cielo haciéndome dar un respingo por el susto.

—¿Por qué? ¿Porque lo dices tú? ¡Deja que decida ella! —grito enfadada.

—¡Por favor, niños, no discutáis! Quiero que estemos unidos en este momento. Chelsea, mi vida, yo ahora no estoy preparada para irme a ningún sitio, quizá en vacaciones, pero no para quedarme allí. No quiero huir, no soy una cobarde. Este es mi sitio, pese a que tu padre no esté aquí. —Dos lágrimas resbalan por mis mejillas, dejando un dolor terrible en mi alma—. No llores, cariño. Papá estaba muy orgulloso de ti, por todo lo que habías conseguido en estos años. Te quería cerca, sí, pero sabía que aquí no podrías ser feliz. —Me abraza, y yo me deshago en sus brazos. Es ella la que me consuela a mí, ironías de la vida. Acaricia mi pelo, como cuando era pequeña, hasta que consigue calmarme. Solo ella ha tenido ese poder siempre.

Nunca me juzgó por irme, tampoco por enamorarme del vecino de al lado, el chico que pasaba tanto tiempo aquí en nuestra casa. No lo hizo por no querer volver a la que siempre fue mi casa, ni por querer olvidarme de lo que había aquí, todo lo contrario. Me apoyó, me dio consejo, aunque yo jamás le hice caso, porque estaba convencida de que mi decisión era la acertada, esa que ahora mismo no me lo parece tanto.

Consigo serenarme. Ella seca mis lágrimas, sonriéndome, como siempre.

—Sé lo duro que es para ti estar aquí otra vez y no solo por lo que le ha ocurrido a papá. ¿Cómo ha ido el encuentro con Matt?

—¿La verdad? No lo esperaba, mamá. Creía que la distancia acabaría con cualquier sentimiento, pero está claro que me equivoqué. Me ha abrazado y...

—Y todo se ha removido de nuevo, ¿verdad?

—Sí. —Agacho la cabeza, resignada.

—Así es el amor, cariño. El que no se olvida, aunque pasen cientos de años. Matt para ti no es un capítulo cerrado, ¿y sabes por qué? Porque nunca lo hicisteis. Tenéis una conversación pendiente. Creo que los dos os la merecéis. Nunca has querido que te contemos nada de él... Su vida no ha sido fácil, Chelsea. Se quedó destrozado cuando te marchaste. Yo pensé que lo vuestro solo había sido algo pasajero, pero con el paso de los días, viendo su cara, lo roto que estaba, me di cuenta de que ambos os habíais equivocado. Nunca he querido tocar el tema contigo porque sé el daño que te hace. Ahora estás aquí, y debes enfrentarte a tu pasado. Te mereces tener esa conversación antes de irte, sobre todo, porque necesitas cerrar esa puerta en tu vida, de otra manera no podrás continuar, Chelsea. —Mi madre me mira con cariño, de algún modo sé que lleva razón en todo lo que ha dicho.

Yo también creo que debe tener lugar esa conversación, aunque hasta ahora no me parecía relevante. Desde que él volvió a tocarme, todo cambió. Y necesito saber qué es eso que le ha pasado durante todo este tiempo y que nadie me cuenta.

Quizá ha llegado el momento de volver al pasado y cerrar esa puerta de una buena vez.

Vuelta al pasado

Han transcurrido tres días desde que llegué aquí. Mi madre no ha parado de hacer cosas en el jardín, y los señores Johnson han estado muy pendientes de ella. Algo que no me sorprende porque su amistad es desde hace muchos años.

Jerard ha llamado en infinitas ocasiones para preocuparse de mí y, aunque le he preguntado por el trabajo, no me ha dicho ni una sola palabra. Cree que tengo que desconectar y olvidarme de cualquier cosa que no sea mi familia en este momento. Supongo que tiene razón.

Mi hermano sigue en su línea, muy estúpido y borde. No sé cuándo se le pasará esa actitud conmigo, lo cierto es que empieza a cansarme.

Cuando termina la comida, salgo a tomar el aire fuera.

Pienso en cada una de las llamadas de Jerard. No ha dejado de preocuparse por mí ni un solo instante y ahora mismo me doy cuenta de que nuestra relación es... ¿Sexo? ¿Amigos? ¿Dos personas que se tienen cariño y pasan buenos ratos juntos? Sé que él me quiere, pero yo siento que nunca lo he hecho de la misma manera.

Definitivamente, estar aquí no me hace bien, tambalea cada uno de los cimientos que he construido hasta ahora.

Mi fortaleza cae en picado.

—Parece que tu vida ha cambiado. —Su voz de nuevo.

Se me eriza la piel solo con escucharlo. Me giro y ahí está, con una camiseta de manga larga que marca cada uno de sus abdominales, un pantalón vaquero pitillo y una chaqueta vaquera. Sigue teniendo su pelo rubio, algo más oscuro que años atrás. Su cara ya no desprende esa alegría de antaño y en cierto modo me gustaría saber cuál es el motivo.

—Ninguno somos los mismos, Matt. ¿Por qué sigues viviendo en el pasado?

—Porque es imposible avanzar cuando quedaron cosas por resolver. —«¡Maldita sea! ¿Por qué habré preguntado?».

—No sé el tiempo que estaré aquí, pero quiero irme tranquila y, sobre todo, poder volver sin...

—¿Tener que verme? ¿A qué le tienes tanto miedo? ¿A darte cuenta de que esa verdad no es como siempre la imaginaste? —Trago saliva y la mandíbula se me tensa. Él tiene los ojos fijos en mí, sin tan siquiera parpadear. Soy yo la que quita la vista.

—Yo... Yo solo quiero que dejes de decirme que tenemos algo pendiente. Yo ya tengo mi vida y no está aquí.

—¿Y dónde está, Chelsea? Ese no es tu lugar.

—¿Y cuál es? ¿Tú? ¿El chico que me rompió el corazón en mil pedazos y jugó conmigo? —La rabia sale por mi boca. Justo lo que quería evitar a toda costa.

—¡Ves! Tú, al igual que yo, necesitas respuestas.

—¡Vale, Matt! Tú ganas. Tendremos esa conversación, pero, cuando lo hagamos, no volveremos a cruzar palabra. ¿De acuerdo? Será la última oportunidad.

—¿Escucharás todo lo que tengo que decirte?

—Si no queda otro remedio... —Pongo los ojos en blanco.

—Mañana por la noche. Una cena y nuestra conversación pendiente.

—Está bien.

—Nos vemos mañana —dice eso y se marcha.

Otra vez, en mi cabeza, Matt. «¿Por qué no consigo apartarte de mi mente después de tantos

años? ¡Con todo el daño que me hiciste! No consigo entenderlo».

Escribo un mensaje.

Chelsea 📍

¿Tienes un rato para tomar un café con una vieja amiga?

Arizona 📍

¡Por supuesto! ¿Dónde siempre?

Chelsea 📍

¿Todavía sigue abierto?

Arizona 📍

¡Claro! Te recojo en quince minutos.

La melancolía se apodera de mí. Una vez más estoy sentada en las escaleras de mi casa, viendo los recuerdos pasar. Sí, han transcurrido los años para todos, aunque, en cierta medida, esos adolescentes siguen dentro de nosotros.

Recuerdo cada charla con las chicas. Nuestras salidas a la bolera, las fiestas de pijama, mis pocas ganas de ir al baile del último curso, la inseguridad que sentía cada vez que un chico se me acercaba, el primer beso con Matt aquí, mi primera vez en aquella playa, nuestros besos furtivos escondidos en cualquier rincón, sus palabras, sus caricias, sus mentiras...

Dos lágrimas caen por mis mejillas, pero las paro de inmediato. Justo esto es lo que quería evitar. Los malditos recuerdos que llevan atormentándome diecisiete años. «Te odio, Matt, por lo que representas en mi vida, por lo que me hiciste pasar y por todo lo que he perdido por tener que alejarme de ti».

Un pitido me saca de mis pensamientos. Es Arizona. Me subo a su coche, ella me recibe con una sonrisa.

—¡Qué ganas tenía de que me mandaras ese mensaje! ¿Estás bien? Esa cara...

—Tu hermano, Arizona. Siempre tu hermano. —Suspiro, y ella acaricia mi hombro.

—¿Habéis podido hablar?

—Hemos quedado para hacerlo mañana por la noche. Estoy... No sé cómo estoy. Venir aquí después de tantos años solo ha revuelto más las cosas. No sé cómo sentirme.

—¿Y no será que no sabes lo que sientes? —Es probable que mi amiga acabe de dar en el clavo—. ¿Puedo ser sincera contigo? —Asiento—. No creo que hayas olvidado lo que sucedió aquí hace diecisiete años.

—¿Ahora es cuando me dices que sigo enamorada de tu hermano? Arizona, ¡por favor! Ha pasado mucho tiempo. Hemos crecido, avanzado...

—Algunos no, Chelsea. Matt nunca pudo olvidarse de ti, y ha ido de error en error.

—¿Por qué?

—Eso es mejor que te lo cuente él mismo, si es que está preparado. La situación no fue como crees, Chelsea, nunca fue como tú pensabas, pero no dejaste que ninguno te dijéramos lo que estaba pasando realmente. No me malinterpretes, no te estoy juzgando, simplemente..., no diste opción de que pudiéramos hablar contigo y, si quieres que siga siendo sincera, te equivocaste, sin embargo, a veces no es tarde para volver a empezar. —La cabeza no para de darme vueltas con las palabras de Arizona. Ella siempre ha sido sincera conmigo, aun así, de verdad que no entiendo su discurso—. No quiero amargarte, así que cuando hables con él, si quieres verificar cada uno de los hechos que te explique, solo tienes que llamarme, ¿de acuerdo? Ahora, cuéntame, ¿cómo le va a la exitosa abogada?

—Bien. No puedo quejarme. Me costó algunos años hacerme hueco, pero lo conseguí y ahora soy..., vivo bien. Aunque tengo demasiado trabajo. No tengo tiempo de pensar en nada más. ¿Y tú? Tengo ganas de conocer a tu familia. Me alegro de que la vida te haya sonreído. Le preguntaba a mi madre continuamente por cómo te iban las cosas.

—Lo sé. Ella siempre me lo dijo. No puedo quejarme. Tengo una firma de ropa, nunca imaginé que algo así pudiera sucederme a mí. Conocí a John cuando terminé la universidad, nos enamoramos, nos casamos y formamos una familia. Soy feliz, Chelsea, esa es la verdad. No todos los días son buenos, pero la vida es así. Nunca es perfecta. ¿Y tú? ¿Algún pretendiente?

—Nada serio. No tengo tiempo para el amor. Hay alguien, aunque lo nuestro no se puede definir como una relación. O sí, trabajamos juntos y lo pasamos bien, sin ataduras. Eso no va conmigo.

—¡No puedo creer que esté escuchando a mi amiga Chelsea! ¿Qué han hecho contigo?

—Supongo que he madurado. Saqué el amor de mi vida. Sinceramente, no me ha ido tan mal.

—Y ese hombre..., ¿tienes planes de futuro con él? No sé, ¿casarte en algún momento?, ¿formar una familia...? —Casarme no, eso seguro. No es algo que entre en mis planes. Por eso nunca acepté la proposición de Jerard.

—No creo en las relaciones ni en el matrimonio... Si algún día decidiera tener un hijo, desde luego, sería madre soltera. El modelo de familia perfecta no va conmigo.

Nuestra charla me hace ver que las personas importantes siguen estando a pesar de los años. Nunca debí dejar que Arizona desapareciera de mi vida, siempre me ha hecho demasiada falta.

Después de hablar sobre lo magnífico que es el amor, me atrevo a preguntar por Cady, le comento que hablaba con ella cuando estuvo enferma, lo arrepentida que estoy por no haber cuidado de mi amiga.

—Nunca nos informó de que tuvierais contacto. Supongo que le pediste que no dijera nada, ¿no?

—Sí. Ese era el plan.

—Ella dejó algo para ti, Chelsea. Me pidió que, si en algún momento volvías o descubriría dónde te habías escondido, te lo diera. Mañana, si quieres, puedo acercártelo.

—¿Y qué es? —pregunto interesada.

—No tengo ni idea. Me dio una caja, pero nunca me explicó lo que había dentro. Así que tendrás que descubrirlo tú. —Arizona me mira y toca mi brazo en un gesto de cariño—. No te sientas culpable. Tú te fuiste, y todos aceptamos tu decisión, no la compartíamos, pese a ello, en cierto modo, la entendíamos. Ella también lo hizo y jamás te culpó por no estar aquí. Lo que sí puedo decirte es que te echaba de menos todos los días. Tuvo suerte de poder saber de ti, y estoy convencida de que eso fue un gran regalo para ella. —Sus palabras me reconfortan, aunque el sentimiento de culpa sigue ahí—. Las chicas quieren verte, tomar un café contigo, charlar... ¿Te apetece?

—¡Claro! Tengo muchas ganas de saber de ellas. Os he echado mucho de menos. Para mí no fue fácil separarme de vosotras, no llamaros, no veros... He derramado muchas lágrimas, pero no podía cambiar mi decisión, aun sabiendo que os estaba haciendo mucho daño a todas. Espero que algún día podáis perdonarme.

—No tienes que preocuparte por eso, Chelsea. Nosotras no te hemos juzgado nunca. Entendimos que estabas haciendo lo que creías mejor para ti y nada más. No estamos enfadadas. —En un arrebatado abrazo a Arizona. Necesito sentir el calor de mi amiga de nuevo. No será fácil volver, pero prometo que las cosas cambiarán y no huiré más, no sin tener contacto con ellas—. Sabes que no hemos dejado de quererte en ningún momento. Si bien tratamos de buscarte por un tiempo, te habías escondido tan bien que nos fue imposible dar contigo. En serio, eres muy buena para desaparecer. —Ambas reímos. Lo hice bien, sí, no podía permitir que nadie me encontrara—. ¿Cuándo regresas?

—Todavía no lo sé. No quiero dejar a mi madre sola y, además, mi hermano me odia porque

cree que yo soy la culpable de lo que le ha pasado a mi padre. No cruzamos palabra y, cuando lo hacemos, solo es para reprocharme cosas. Es cierto que no lo hice bien, pero ¿por qué tanto odio hacia a mí? Te juro que no lo entiendo. —Veo cómo Arizona se tensa, dirige su vista al suelo y suspira. Está claro que sabe algo que yo no, pienso averiguar lo que es—. Vas a contarme todo lo que sabes, ¿verdad?

—Chelsea, yo... no, no puedo.

—¡Claro que sí! ¿Qué ocurrió que nadie quiere contármelo? ¿Por qué tanto secretismo? No pienso moverme de aquí hasta que me lo expliques. —Me cruzo de brazos, mirándola fijamente con el semblante serio.

Ella coge aire y comienza a hablar.

—Tienes que prometerme que no le dirás nada a tu hermano. Si sabe que te lo he contado...

—De acuerdo.

—Cuando te marchaste, la situación se puso muy fea. Tu hermano fue a mi casa a pedirle explicaciones a Matt. Se dijeron de todo, Chelsea. No fue una discusión cualquiera. Nunca había visto a tu hermano y al mío en una posición semejante. Ni siquiera mis padres fueron capaces de pararlos. Tu hermano se sentía dolido porque no le había contado vuestra relación, pero, además, lo culpaba de tu marcha. Fue horrible. Tú, mejor que nadie, conoces la relación que ellos dos tenían y, desde aquel día, no han vuelto a dirigirse la palabra. Se han visto en varias ocasiones y ni siquiera se saludan. Mis padres y los tuyos trataron de interceder, lo cual fue imposible. Son tercos como mulas. —Aprecio el dolor en las palabras de Arizona, la tristeza de sus ojos y cómo se le va quebrando la voz por momentos. Nadie me dijo que esto hubiera pasado y tampoco entiendo por qué me lo han ocultado.

—¿Por qué mis padres no me lo contaron??

—¿Y qué ibas a solucionar, Chelsea? Tú te fuiste, no querías saber nada de él. ¿Qué esperabas? ¿Que te llamaran para contarte que habían discutido? —Su tono es de enfado, no puedo culparla.

—Lo siento. Yo no quería eso. Me gustaría remediarlo.

—Eso no es posible, amiga. Ha pasado demasiado tiempo. Ellos no han querido dar su brazo a torcer. Es mejor dejar las cosas como están.

—¿Y... Matt?

—Si preguntas por cómo lo pasó, te aseguro que muy mal. Fue difícil perder a su amigo, saber que nunca lo iba a recuperar.

»Después de tu marcha, Chelsea, la vida de mi hermano cambió por completo. Nunca se fue a Minnesota, y quizás deberías preguntar si estaba en sus planes cuando fue ese fin de semana a la playa. Puede que la respuesta te sorprenda.

»Me he sentido culpable cada día por contarte aquello. Si yo hubiera callado... —Los ojos de Arizona se llenan de tristeza, toca la frente con sus manos. Aprecio su angustia. Acaricio su hombro.

—No es tu culpa. Yo tomé la decisión, nadie más.

—Yo no tenía que haberte dicho nada. Le correspondía a él. —Cojo su mano.

—Escucha, ¿vale? Me hubiera enterado de una manera o de otra y la decisión hubiera sido la misma. Además, tú no sabías nada de lo que ocurría entre nosotros porque yo siempre te lo oculté. A pesar de que no tenía ningún derecho porque eras mi amiga. Lo mejor hubiera sido ser sincera, es algo que me pesa cada día.

—De verdad que lo entiendo, Chelsea. Era una situación muy complicada. Yo siempre lo sospeché, pero quería que fueras tú quien me dijera lo que estaba pasando. ¿Sabes? Cuando te

fuieste descubrí muchas más cosas. —La observo intrigada por lo que me va a decir a continuación—. Descubrí lo enamorado que estaba mi hermano de ti y lo tarde que había llegado para todo. —Me quedo sin palabras ante su respuesta. ¿Matt, enamorado? ¿El mismo que quiso ocultar lo que teníamos a toda costa? ¿Ese mismo que me prometía que todo iba a cambiar y nunca fue así? Lo siento, me cuesta creerlo.

—Será mejor que me vaya. Quiero estar con mi madre.

—¿Seguirás huyendo toda la vida? Deberías afrontar lo que ocurre y aceptar el pasado. Tú lo necesitas tanto como él, Chelsea. escúchalo, porque te repito, una vez más, que las cosas no son como tú siempre has creído.

—No te prometo nada. Hablamos más tarde.

Esta vez voy andando, a pesar de que Arizona se ofrece a llevarme, yo necesito ese paseo, el aire libre me vendrá bien para procesar cada información que ella me ha contado. ¿De verdad he estado tan equivocada? ¡No! Claro que no. Él iba a irse, lo sabía cuando hicimos el amor en la playa y, aun así, me dejó hacerme ilusiones. «¿Cómo puedo creer ahora en él? Es algo imposible. Además, han pasado diecisiete años, diecisiete. ¿Qué sentido tendría ahora que las cosas fueran diferentes? No cambiaría nada. Yo... nunca... No, no volvería con él. Solo fue un amor de la adolescencia, nada más». Trato de autoconvencerme con mis palabras, pero la realidad es que, en este momento, dudo de todo, hasta de mí misma.

Al llegar a casa, me encuentro a mi madre colocando unas fotos del salón.

—Se le ve muy guapo en esta. —Ambas sonreímos al recordar a mi padre.

—Siempre lo ha sido. ¿Cómo va todo? ¿Has puesto en orden tu pasado?

—Estoy en ello, aunque me está resultando complicado con tanta información.

—¿Hay algo que quieras preguntarme? —me dice mi madre.

Me gustaría decir que sí, pero, por otro lado, no me apetece agobiarla con preguntas absurdas o que puedan hacerle daño. Puede que no sea el momento.

—Puede esperar, mamá.

—¿Más? Llevas diecisiete años aguardando, Chelsea. ¿Necesitas más tiempo? Hay preguntas que merecen ser contestadas. Tanto para ti como para él. —Pongo la mano en mi cabeza cogiendo aire.

¿Por qué todo gira alrededor de Matt? No tiene sentido seguir pensando en eso. Él hizo su vida, yo la mía... ¿Por qué remover el pasado otra vez? No merece la pena desenterrar tanto dolor.

—¿Por qué todos os empeñáis en arreglar lo nuestro? Mamá, hace años que tengo mi vida en otro lado, volver aquí no entra en mis planes. Tú, mejor que nadie, sabes que he sacrificado mucho para llegar donde he llegado. ¿De verdad piensas que voy a tirar todo por la borda por un amor adolescente? ¡Estaría loca si lo hiciera!

—Cariño, parece que no me has comprendido. No estoy diciendo que tu vida tenga que cambiar, solo que uno, para ser feliz, necesita despojarse de todas esas cadenas que lo han atado durante tantos años, nada más.

»Sé muy bien lo que te ha costado conseguir ese trabajo, pero voy a hacerte una pregunta y quiero que me contestes con sinceridad: ¿eres feliz, Chelsea? —La mirada de mi madre me llega al alma, provocando un nudo en mi garganta. Es posible que ella me conozca mejor que nadie. ¿Ser feliz es tener un trabajo que acapara tu tiempo por completo? ¿Es valorar eso que te ha costado tanto? ¿Por qué nunca me lo había planteado de esa manera? Mi madre me sonrío y asiente con la cabeza.

»Bien. No me contestes a eso. Dime, mejor, ¿qué es todo eso que crees que te hubiera hecho

feliz? —Me acurruca en su pecho y cierro los ojos.

—Sería feliz si papá estuviera aquí, si pudiéramos volver a pasear por el jardín, retomar cualquiera de nuestras charlas, escuchar sus consejos, oírle reír, verlo sonreír. Sería feliz en esta casa con vosotros, despertándome cada mañana con el olor de tus tostadas, sentarnos todos a la mesa, recordar anécdotas, que Jota no me odiara como lo hace en este momento, que Arizona siguiera llamando a la puerta a cualquier hora sin que a ninguno nos molestara, los paseos con las chicas, nuestras partidas de bolos, nuestras risas... Asomarme por la ventana y ver a... —Me quedo callada, pero mi madre me acaricia el hombro y asiente para que continúe—. Ver a Matt con su chupa de cuero, montando en su moto, mirando por si estoy en la ventana y sonriendo como una idiota porque en realidad sé que siempre me ha visto.

Las lágrimas caen por mis mejillas y, por primera vez en muchos años, la Chelsea fuerte y valiente se desploma en brazos de su madre. Lo hago porque lo necesito, porque mi madre lo sabe. No puedo reprochárselo. La tristeza lleva tiempo instalada en mis ojos, supongo que no soy la única que lo ha podido ver.

—Todavía tienes demasiado dolor en tu corazón. Han pasado diecisiete años, pero sigues siendo esa niña adolescente para la que lo más importante siempre eran su familia y amigos. Y, a pesar de haberte alejado de todos nosotros, ninguno ha podido olvidarse de ti.

»Matt pagó su error con creces, a Arizona le costó volver a ser la misma y a cada una de tus amigas tu recuerdo las hacía sonreír. Respecto a tu hermano... Él no te odia, solo está dolido por lo que pasó. Ambos os debéis una charla. Fue muy duro para Jota enterarse de todo y, además, tener que lidiar con tu marcha. Nada fácil, Chelsea. Y que conste que no lo estoy justificando.

»Todos aprendimos mucho cuando te marchaste, lo hemos seguido haciendo con el paso del tiempo.

—Lo siento, mamá —son las únicas palabras que puedo pronunciar.

Ella me responde con una sonrisa y un abrazo que me encantaría que fuera eterno.

¿Será que la antigua Chelsea ha vuelto?

Heridas sin sanar

Al día siguiente, me levanto temprano y salgo al jardín a trabajar. Cojo mi portátil, algunos papeles y hago unas llamadas. Cuando estoy sumergida en una de ellas, Matt se para frente a mí. Cuelgo y le miro.

—Siento si te he interrumpido.

—No te preocupes. Estoy adelantando algo de trabajo.

—¿Nunca desconectas?

—Para mí esto es desconectar. Es la única manera de tener la mente despejada.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me dice algo avergonzado.

—Sí.

—¿Volviste a pintar? —Una media sonrisa sale de mi boca y niego con la cabeza. No, por supuesto que no lo hice, ¿y sabes por qué, Matt? Porque todo eso me recordaba a ti.

—No. Eso lo dejé en el pasado, como tantas otras cosas. —Una mirada de profunda tristeza se clava en mis ojos.

—¿Podemos retomar nuestra conversación de ayer en otro momento? —Trago saliva y lo pienso durante unos segundos.

—Sí, supongo que es mejor cerrar ese capítulo de una vez. Por el bien de los dos.

Y así quedamos para volver a retomar nuestra conversación, con miedo, de nuevo, por enfrentarme al pasado, después de lo que me han contado Arizona y mi madre.

Hablar con ellas me ha llenado de calma, esa que tanto he anhelado. Aunque quedarme no es una opción, siento que, si resuelvo todo, estaré preparada para regresar en cualquier momento sin ningún temor.

Me gustaría que mi madre pudiera venirse un tiempo conmigo para estar más tranquila, sin embargo, sé lo cabezota que es. Yo, tarde o temprano, tendré que volver. Por muy bien que se desenvuelva Jerard allí. Sé que tenemos demasiado trabajo como para que me ausente tanto tiempo.

Antes de irme de aquí tengo que solucionar toda esta locura con Matt, y tener una conversación con mi hermano porque de alguna manera tengo que hacerle entender que hay que perdonar, y no solo a mí, también al que ha sido su amigo durante tantos años. Han perdido demasiado tiempo distanciados por mi culpa, ya va siendo hora de que las circunstancias comiencen a cambiar por el bien de todos.

No puedo hacer que mi padre regrese, tampoco que las cosas sean como antes, pero sí puedo conseguir que mejoren. Y ese será mi propósito antes de irme.

Recuperar aquello que algún día perdí. Eso es lo único que me importa.

Removiendo el pasado

Paso todo el día pensando en esa maldita cena y todo lo que supone.

Estoy en mi cuarto, abriendo los cajones, cuando entra mi madre.

—¿Podemos hablar, cariño?

—¡Claro, mamá!

—Me gustaría que solucionararas las cosas con tu hermano. No me gusta veros así. ¿Por qué no hablas con él?

—Porque resulta imposible hacerlo con alguien que no quiere escucharte, mamá. No sé qué es eso tan grave que he podido hacerle, pero parece que quiere seguir odiándome eternamente.

—Sufrió mucho con tu marcha, además, es que él era muy amigo de Matt.

—Lamento tanto que su amistad se estropeará por mi culpa.

Yo también. Hace años que no tienen ninguna relación. Supongo que él nunca le perdonó que estuviera con su hermana pequeña. Tu hermano tiene mucho resentimiento, aunque estoy segura de que tarde o temprano entrará en razón. No quiero que te marches de nuevo y dejes temas sin resolver. La vida es un suspiro y nunca sabes lo que puede pasar. —En los ojos de mi madre hay mucha tristeza. Entiendo sus palabras y sé lo que supone para ella que no tengamos buena relación, pero ¿qué más puedo hacer? Él no quiere ni tan siquiera escucharme.

—¿Por qué tengo la sensación de que desde que me marché todo se rompió? Creí que era la mejor opción, mamá.

—Quizá lo fuera para ti, pero atrás dejaste a muchas personas que te querían y que sufrieron mucho con tu partida. Incluido Matt. —Mi madre sonríe ligeramente—. Te quedaste sin saber demasiadas cosas, cariño. No te culpo, eras muy joven y te pesaba el dolor que llevabas.

—Y ahora todo vuelve después de diecisiete años. El irme no arregló nada como todos pensáis. Yo lloraba cada noche porque os echaba de menos. En más de una ocasión pensé en volver, sin embargo, nunca fui tan valiente. Supongo que nunca lo he sido.

»Me centré en estudiar y después en el trabajo, y así pasó mi tiempo, volcada en eso porque era la única manera que tenía de mantener la cabeza fría. Siento tanto haberme alejado de aquí, mamá, de ti, de papá, de todas las personas que me querían. —Las lágrimas salen sin avisar y un dolor punzante se clava en mi pecho sin dejarme decir ni una palabra más. Mi madre me abraza con cariño.

—Nadie te juzga, hija. Todos te hemos echado de menos, y solo esperamos que no tardes en aparecer por aquí otros diecisiete años. Eso sería muy duro para todos.

»Regresa a tu vida, pero a la que tú quieras vivir, no a la que te hayas impuesto para dejar de recordar, ¿de acuerdo? —Me da un beso tierno en la frente y camina hacia la puerta.

—Mamá, hoy... he quedado con Matt para cenar —añado con un hilo de voz.

—Me parece bien, cariño. Es hora de cerrar heridas y de que sepas toda la verdad. Puede que eso te haga pensar mejor. Disfruta de esa cena.

—Gracias.

Apenas llevo unos días aquí, y los recuerdos no han dejado de perseguirme. Esa obsesión que tiene todo el mundo porque aclare las cosas con Matt, que le escuche. ¿Qué es eso que yo no sé? ¿De verdad cualquier cosa que diga puede cambiar estos diecisiete años? ¡No, por supuesto que no!

Dejo a un lado mis pensamientos y me arreglo para la cena, algo sencillo.

Es Arizona la que me manda un mensaje diciéndome que Matt me recogerá a las ocho. Está

claro que no pienso darle mi teléfono.

Como un reloj, él aparece a la hora indicada. Lleva el pelo algo engominado hacia un lado, unos vaqueros oscuros con varios rotos, una camisa de color blanco y una chaqueta de cuero negra. Está increíblemente guapo, por supuesto, eso jamás se lo haré saber. Sus ojos siguen mostrándose tristes, sin embargo, luce un sonrisa preciosa, la misma de años atrás, esa que yo había creído olvidar. Nos montamos en el coche donde la tensión se puede cortar con un cuchillo. Todo es silencio e incomodidad. Es él quien rompe el hielo.

—Siento que para ti esto no..., en fin, que no sea lo que esperabas. Me gustaría que pudiéramos hablar como antes.

—Ya... No, Matt, nosotros casi no hablamos, solo nos enrollamos.

—¿De verdad que eso fui para ti? —Parece dolido con mis palabras.

—¿Es que hubo algo más que eso? Porque, si fue así, desde luego, yo no me enteré, te lo aseguro.

—¿Sabes? Cuando seas capaz de dejar ese odio tan grande hacia a mí a un lado, y escuchar que las cosas no son como tú pensabas, a lo mejor te das cuenta de que cometiste el mayor error de tu vida.

Me cabreo ante sus palabras y lo único que puedo hacer es escupir por la boca:

—El mayor error de mi vida fuiste, y siempre serás, tú. —Él para el coche en seco, pone las manos en el volante y me mira enfurecido.

—¡No tienes ni idea de lo que es un error en la vida! Yo te diré lo que es. Un error es querer olvidarte con otra persona, un error es formar una familia con una persona que no eres tú, un error es no dejar de sentir por ti. Un error es darte cuenta de que estás enamorado de una persona y que esta se largue sin decirte nada. ¡Eso es un puto error, Chelsea! Y yo los he cometido todos; uno tras otro. ¿Quieres escuchar más?

»El maldito día que te marchaste yo estaba en ese aeropuerto, chillándote como un loco para que te quedaras, pero tú ni siquiera miraste atrás. Ese día, cuando vi que te ibas, solo pude sentir dolor. Traté de buscarte y fue imposible. Tú hiciste que lo fuera.

»Quise hablar muchas veces antes de que lo hicieras, pese a ello, no quisiste escucharme. Lo intenté por todos los medios. No me sirvió de nada.

»No querías escucharme, y solo puedo decirte que yo me equivoqué, la cagué, una y otra vez. Pero no sabía lo que quería, me asusté por lo que estaba sintiendo. —Le escucho mientras el corazón me late a toda velocidad, tratando de que no se note ni un solo sentimiento en mi cara porque no debo ser vulnerable ante él, no de nuevo. Le tiemblan las manos, y una parte de mí me dice que está siendo sincero, aun así..., Dios, ¡no quiero creerlo de nuevo!

»Quise marcharme porque tenía miedo y rápidamente supe que me estaba equivocando, aunque fue demasiado tarde. Para mí no fuiste el rollo de un verano, Chelsea. Para mí fuiste mucho más. Mi primer amor, la chica que más he querido en mi vida, de la única que me he enamorado. Aquí me tienes, como un idiota, diecisiete años después diciéndote todo esto y que no te he olvidado. ¿Y sabes por qué? Porque eres la persona que más he querido en mi puta vida, Chelsea. Porque sigo pasando las noches llorando pensando en lo capullo que fui contigo, arrepintiéndome todos los días de cómo sucedieron las cosas entre nosotros, pero siempre llego tarde. Siempre voy tarde para todo lo que me importa. —Mis lágrimas amenazan con salir y, aunque trato de mantenerlas a raya, no lo consigo, es demasiado intenso lo que estoy sintiendo en este momento, el volver a recordar... Él se acerca a mí, despacio, clavando sus ojos en mí, apoyando sus manos en mis mejillas y secando cada una de mis lágrimas que no han cesado de caer.

»Odio verte llorar. —Y, de nuevo, esa maldita frase activa todos mis sentidos.

Sin pensarlo dos veces, me acerco a sus labios y lo beso con decisión. Un beso que estalla en los más profundo de mi ser, porque hacía años que lo anhelaba, que lo necesitaba y, aunque sé que estoy cometiendo otro error, ahora soy yo la que quiere equivocarse.

Él agarra mis caderas con fuerza, atrayéndome hacia él, profundizando mucho más en el beso, acariciando mi lengua, arrancándome cada suspiro. Haciéndome recordar todos esos sentimientos que tenía guardados bajo llave, y que yo impedía que salieran porque tenían un significado claro para mí: dolor. Mucho dolor.

Cuando apenas no podemos respirar, nos separamos, mirándonos a los ojos, con el pecho a punto de explotar y con la sensación de que no podemos parar lo que sentimos.

—Lo... siento. Yo... —Trato de justificarme, pero ni siquiera me salen las palabras.

—No irás a decirme ahora que te arrepientes, ¿verdad?

—Yo... Ha pasado mucho tiempo. Mi vida ha cambiado... estoy con otra persona... Lo nuestro no...

—¿Me vas a decir que sientes lo mismo cuando yo te beso que cuando lo hace otro hombre? ¡No me jodas, Chelsea! No te engañes.

—Tú no sabes nada de mí. Te quedaste estancado en la adolescencia, pero hay mucho más. Tengo una vida nueva, Matt, he crecido.

—¿Sí? ¿Y Por qué tu beso me dice todo lo contrario? Tenías tantas ganas como yo. No puedes mentirme en eso. Yo también lo he sentido.

—Será mejor que volvamos a casa. En este momento estoy muy confundida.

—Como quieras, aun así, esta conversación no se ha acabado aquí, te lo aseguro. No he terminado de contarte todo lo que quería decirte. Sé que huirás de nuevo, así que dame tiempo para contarte toda la verdad. Es lo único que te pido.

—Está bien, pero no hoy. Hemos pasado el límite.

Sin añadir nada más, me lleva a casa y cuando me bajo me dice:

—Aunque creas que las circunstancias han cambiado, no es así. Seguimos siendo esos adolescentes que se morían de amor el uno por el otro, porque eso es lo que pasó entre nosotros, a pesar de que no tuvimos tiempo.

»Crees que yo solo te vi el día del baile, pero lo cierto es que llevaba años mirándote en silencio, con miedo porque no sabía qué era eso que estaba sintiendo. Eras la amiga de mi hermana, yo el de tu hermano, y... las cosas no eran tan fáciles, Chelsea. Fui muy torpe y cometí muchos errores, solo quiero que me dejes arreglarlo.

—Si lo que necesitas es que te perdone, lo hice hace mucho tiempo. Para mí todo aquello ya es agua pasada. Solo fue un amor de adolescencia, de verano... Ahora mi vida es diferente, estoy prometida, tengo una vida lejos de aquí... Todo esto no son más que historias de críos, Matt. Tienes que pasar página. Ya no te guardo rencor, de verdad. Hace muchos años que sucedió. — Su cara denota decepción, y yo me siento como una basura por soltar todo eso por mi boca que no son más que mentiras, pero no quiero volver al mismo punto que dejamos hace diecisiete años. Mi corazón no es el mismo que cuando era adolescente, ya no es fuerte y confiado. Ahora está roto en mil pedazos, incapaz de sentir una vez más amor. Hace tiempo que descubrí que esa palabra no entraría de nuevo en mi vida—. Me voy, Matt, hablaremos otro día, ¿vale?

—Piénsalo, Chelsea. Ya perdimos una oportunidad, no dejes que perdamos dos.

Salgo disparada. Si me quedo un segundo más a su lado, lo único que voy a provocar es que todo esto se vuelva una locura.

Cuando regreso a la que fue mi habitación, un *flashback* se apodera de mí. Cierro los ojos,

sintiendo que me transporto a aquellos años en los que Matt conseguía erizarme la piel con solo acercarse, las veces que estuvimos en esta cama, todavía puedo percibir su olor. Lo que me encantaba dormir con su aroma cuando él ya se había marchado. Él me hacía sonreír como nadie. Sentía que lo nuestro era de verdad, que no solo era un juego de sábanas, eso es lo que pensé hasta que me enteré de que él tenía otros planes en su vida, unos en los que yo, por supuesto, no entraba.

Me destrozó y creo que nunca ha sido capaz de saber de qué manera. Puede que esté arrepentido, que sus palabras sean sinceras, pero yo..., yo no puedo volver atrás. Y no porque me dé miedo regresar aquí, sino porque me aterroriza que este amor, que seguía oculto, vuelva a destruirme y, esta vez, no pueda recuperarme.

Perdonar para seguir avanzando

Esa noche, Matt y yo volvemos a quedar para zanjar el tema que nos queda pendiente. Hoy sí conseguimos llegar al restaurante y no como ayer, pero con la diferencia de que soy yo la que comienza a hablar.

—Quiero que me cuentes lo que ocurrió con mi hermano. ¿Por qué lleváis tanto tiempo sin hablar? ¿Qué pasó entre vosotros, Matt? —Su gesto se vuelve serio y sé que está nervioso porque es incapaz de mirarme directamente a los ojos.

—¿Quién te lo ha contado?

—Eso no importa. Solo quiero que me digas qué es eso que sucedió y os ha mantenido alejados durante tantos años.

—Tu hermano nunca entendió que yo estuviera... Que hubiera tenido algo con su hermana pequeña. Para él siempre has sido sagrada, tú y cualquiera del grupo. Decidimos que ninguno se acercaría a vosotras. Yo nunca había tenido la necesidad, hasta que en un momento dado todo cambió.

»Unos días antes de marcharte quise hablar con él, pero se negó. Tu madre me pidió que le dejara un poco de espacio. Así lo hice, hasta que te fuiste y fue él quien decidió que era el momento de hablar. Vino a verme, al principio estaba tranquilo, sin embargo, cuando comenzamos a hablar sobre el tema, el tono de voz se fue elevando por ambas partes. Me dijo que solo quería acostarme contigo, que quería que fueras una más en mi lista, y no pude contenerme. Esa no era la verdad. Le dije que estaba enamorado de ti, me había equivocado y pagaría caro mi error, nadie podía saber lo que realmente sentía por ti. Me reprochó el no habérselo contado, el haberle mentado, jugar contigo... Nadie daba crédito cuando decía que me había enamorado de ti. En el fondo los entiendo. Supongo que pensaron que yo nunca cambiaría, pero lo hice, Chelsea. —Clava su mirada en mí. Puedo ver sinceridad en sus ojos y me da miedo. Tengo temor de volver a confiar en él, y lo que eso supondría en mi vida.

»Sé que no me crees, y supongo que me lo merezco, a pesar de ello, esa es la única verdad. Me di cuenta demasiado tarde de lo importante que eras. No tuve tiempo de explicarte que quería que las cosas entre nosotros fueran diferentes porque te marchaste, nunca quisiste volver a saber nada de mí. Por más que te busqué, no logré encontrarte y, al final, un día entendí que te había hecho demasiado daño y que no merecía tu perdón. —Un nudo se instala en mi garganta, trato de contener las lágrimas que amenazan con salir y estropearlo todo. El Matt que estoy viendo está ablandando mi corazón, está haciendo que crea en sus palabras. Sus ojos nunca me han mentado o eso quiero pensar.

»Sé que mi hermana te dijo que me iba a marchar a Minnesota, pero eso solo fue una idea que rondaba mi cabeza, mucho antes de descubrir todo lo que sentía por ti. Por eso fui a buscarte a Santa Bárbara, porque necesitaba demostrarte que quería estar contigo, que lo nuestro empezaría a ser diferente. Sin embargo, cometí un error de nuevo: volver a llevarlo en secreto. Tenía que haberte dicho esa misma noche que íbamos a contarles la verdad a todos, solo que estaba cagado de miedo. Ese fue mi gran error, Chelsea, no ser valiente con nuestra relación. Y aquí estoy, diecisiete años después, pidiéndote perdón por ser un maldito cobarde, incapaz de afrontar sus sentimientos y perder a la chica que más he querido en mi puta vida. Solo dime que tú también te diste cuenta de que estaba enamorado de ti. —Una vez más una tristeza le inunda, un sentimiento de culpabilidad llena sus ojos.

—No lo sé, Matt. Estoy muy confundida porque las cosas no son como yo imaginaba. Creía

que tú...

—Sí. Que había jugado contigo, ¿verdad? Que, mientras estábamos juntos, también lo hacía con otras. Pues no, Chelsea, eso también fue un error por tu parte, porque, desde aquel viaje, yo jamás volví a tocar a una chica, porque solo tú estabas en mis pensamientos y en mi corazón. — Sin poderlo evitar las lágrimas salen disparadas. Ahora es Matt quien me mira inquieto, sin saber qué hacer o qué decir. Son sus manos las que se acercan a las mías, apretándolas y sintiendo un calor arrollador, no las retiro, me dejo llevar por una vez, sin hacer caso a mi cabeza.

»Me hubiera gustado poder explicarte todo, de verdad, pero te fuiste y no supe cómo hacerlo. Me enamoré de ti, Chelsea, no fuiste un amor de verano o algo pasajero, eras la chica con la que hubiera pasado el resto de mis días si no...

—Si no me hubiera marchado —añado con la voz rota.

Ambos nos quedamos unos segundos en silencio, pensando en el pasado y en lo que podría haber sido de nosotros si yo me hubiera quedado.

—No pretendo culparte. Sé que tomaste esa decisión porque pensaste que no me importabas nada, pero no era cierto. Te juro que intenté una y mil veces hablar con tu madre para que me diera la dirección, aunque fue tarea imposible. Yo fui el causante de que te fueras, entiendo perfectamente que quisiera protegerte. —Tengo la sensación de no conocer al Matt que tengo delante, tan maduro, tan sincero, tan sensible... Un Matt muy distinto a aquel adolescente del que me enamoré hace años.

—Nadie podía saber dónde estaba, por eso ni tan siquiera se lo pude contar a las chicas ni ponerme en contacto con ellas, porque eso era una oportunidad para que tú descubrieras dónde estaba. Aunque, en algún momento, pensé que ni te molestarías en buscarme.

—Con solo preguntarle a tu madre, hubieras descubierto el infierno que estaba viviendo, Chelsea.

—Yo... Matt, lo mejor será que enterremos ese pasado, por el bien de los dos. Tener un trato cordial cuando venga y olvidar todo lo que sucedió.

—¿Eso quiere decir que piensas volver? —pregunta con una sonrisa que ilumina su cara.

—Sí. Tengo que hacerlo. No quiero que pase con mi madre lo mismo que con mi padre. Nunca me lo perdonaría. No me gustaría evitarte o tener en mente que si nos encontramos ambos lo vamos a pasar mal.

—¿Sabes? Por un momento vuelvo a ver a la Chelsea de antes, y no a la estirada con la que me encontré el primer día de tu regreso.

—En realidad, de la antigua Chelsea no queda nada. Poco a poco ella se esfumó.

—No lo creo. Yo sigo viéndola en esos ojos. —Comienzo a ponerme nerviosa y retiro la mirada. Trato de cambiar de tema.

—Me he alegrado mucho de ver a tus padres y a tu hermana. He echado tanto de menos esto...

—¿Eres feliz, Chelsea? —¿Qué le ha dado a todo el mundo con la felicidad? Parece la pregunta estrella de mi regreso.

—Estoy contenta con mi vida.

—Eso no es una respuesta. Lo sabes, ¿verdad? —Me río. En realidad, para mí sí lo es.

—¿Y tú, Matt? ¿Lo eres?

—No. La felicidad se me escapó entre los dedos cuando te marchaste. —El corazón me da un vuelco y soy incapaz de decir ni una sola palabra—. Lo siento, no quiero incomodarte. Mi vida no ha sido muy fácil. Tengo un niño de trece años al que llevo nueve años sin poder ver más allá de una valla de colegio. Llevo esos mismos años luchando por él, pero no está siendo fácil.

»No he vuelto a enamorarme de nadie, y la madre de mi hijo me ha jodido tanto la vida que no he podido pensar en nada más que en recuperarlo en todos estos años. He dejado de creer en el amor.

—Supongo que en eso estamos igual. Yo también dejé de creer. Siento mucho lo que ha ocurrido con tu hijo. —No me atrevo a preguntar por el tema.

—¿Y tú? ¿Me dijiste que estabas prometida, ¿no? ¿Hijos?

—¡No, qué va! Me he centrado en mi trabajo. Lo de la familia no va conmigo.

Nos quedamos contemplándonos varios minutos, en los que yo no dejo de preguntarme lo que habrá pasado con su hijo. Soy abogada y quizá podría ayudarlo. ¡No! Me obligo a desechar esa idea en unos segundos.

—¿Cuándo vuelves a...? —Me río y, al ver mi expresión, él también lo hace.

—Muy astuto, Matt. ¿Para qué quieres saber dónde vivo?

—Por si algún día decido ir a buscarte.

—¿Lo dices de verdad?

—¿Tengo cara de estar bromeando? —Lo cierto es que no. Y sin pensármelo le digo cuál ha sido mi refugio durante todos estos años.

—Vivo en Georgia. Ahí he estado todo este tiempo. Ahora tengo un despacho de abogados junto con mi socio. No ha sido fácil, pero he conseguido que la gente me reconozca por mi trabajo.

—Nunca pensé que te harías abogada. En realidad, esa es de las pocas cosas que hemos podido saber de ti. Tus padres siempre han estado muy orgullosos de ti.

—Lo sé. ¿Y tú? ¿Te fuiste a Minnesota? —pregunto, aunque sé perfectamente que nunca lo ha hecho.

—No. Estudié en Berkeley Periodismo. Trabajo en un periódico desde hace ocho años. Creo que es lo único que llena mi vida ahora mismo. —De nuevo puedo ver la tristeza en sus ojos.

No hay que ser muy listo para saber que el tema de su hijo no ha debido de ser muy fácil para él. Me gustaría poder ayudarlo, pero... ¿no sería meterme demasiado en su vida privada? Acabamos de firmar la paz como aquel que dice.

—Yo tampoco lo hubiera imaginado. Matt, sé que... Bueno, que no tenemos demasiada confianza, y llevo un rato dándole vueltas, pero me gustaría, si tú quieres, que me contaras un poco más sobre lo de tu hijo. A lo mejor podría ayudarte o aconsejarte, no sé.

—¿De verdad podrías hacerlo? —Sus ojos se llenan de esperanza.

—Puedo intentarlo.

—Te lo contaré desde el principio. Estando en la universidad, encontré un trabajo en un *pub* de noche. Allí servía copas y, en algunas ocasiones, tocaba la guitarra con el grupo estrella del local. Nada serio, pero me ayudaba a desconectar de todo lo que tenía en la mente.

»Un día, apareció Sharon, charlamos, nos gustamos y nos enrollamos sin más. Después de eso, seguimos viéndonos, conociéndonos... Ella quería una relación seria, lo cual no entraba en mis planes, fui muy claro con ella, aun así, seguía insistiendo cada vez que tenía oportunidad.

»Un día, sin esperarlo, me dijo que estaba embarazada y que tenía que hacerme responsable de mi hijo. Por supuesto, no me negué. Eso era cosa de los dos. Los problemas vinieron porque ella quería casarse, y yo no cedí, me chantajeó durante meses, haciéndome creer que el estrés acabaría con nuestro hijo y accedí a vivir juntos. Un error más en mi larga lista. Ella ya estaba tranquila, parecía que había conseguido lo que quería, pero yo estaba agobiado. No me gustaba que me controlara, que siguiera cada uno de mis pasos, que sus padres estuvieran ahí metidos todos los días... No era la vida que yo quería. Sin embargo, no podía pensar que esto no era nada

más que una venganza por haber sido tan capullo contigo y que la vida, de alguna manera, me lo estaba cobrando. —Escucho aterrada el relato de Matt. Cuando me dijo que había tenido un hijo, siempre pensé que había sido porque tenía una relación con alguien. Ahora entiendo la frase que me ha estado repitiendo todo el mundo desde que llegué: «No ha tenido una vida fácil». No puedo evitar sentir tristeza por él, desde luego, no sé cómo debe de ser tener un hijo y no poder verlo.

»Cuando nació Steve las cosas, en vez de mejorar, empeoraron mucho más. Sus padres y ella me presionaban para que me casara, y estaba aburrido del tema. Me fui unos días a casa con mis padres para desconectar, pensé que eso sería suficiente, pero, al llegar, el infierno seguía siendo el mismo de siempre. Aguanté algo menos de dos meses.

»El día que me marché, sus palabras fueron muy claras: «Si lo haces, haré que no vuelvas a ver al niño». Y lo ha cumplido.

»Los primeros tres años, con ayuda de un buen abogado, lo veía dos fines de semana al mes, después, esos fines de semana se convirtieron en tardes, en horas, para pasar a nada. Yo no encontraba trabajo de periodista, aunque a todo el mundo le gustaba lo que hacía, nadie me daba un puesto, Chelsea, y con mis trabajos de camarero de noche y reponedor de día no me daba para pasarle la manutención al niño y pagar un buen abogado. Tuve que conformarme con uno de oficio, y sí, hace lo que puede, pero, siendo francos..., no es suficiente. Llevo nueve años sin poder verlo. Es imposible mantener una conversación con la bruja que tiene por madre y se ha permitido el lujo de ponerme una orden de alejamiento por amenazas. Jamás lo hice. ¿Y sabes lo que más rabia me da, Chelsea? Que mi hijo sabe que tiene un padre, pero nunca sabrá lo mucho que lo quiero. —Una lágrima recorre su mejilla, se la limpia de inmediato. Me enternezco con su historia y, sin pensarlo demasiado, me acerco a él para abrazarlo. Sé que le hace bien, y en cierto modo a mí también.

Matt tiene demasiado dolor clavado en su corazón, y me gustaría tanto poder aliviarlo, aunque solo fuera una pequeña parte...

—Conozco colegas muy buenos aquí, en California, que pueden ayudarte, y estoy segura de que conseguirás no solo ver a tu hijo, también la custodia compartida. Esa mujer no puede salirse con la suya.

—Te lo agradezco, Chelsea, pero... el tema sigue siendo el mismo. Mi sueldo de periodista no da para pagar un abogado en este país. Sigo luchando, aunque te aseguro que a veces me pregunto para qué, si ella ganará pese a todo.

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! ¿De verdad que esto es por el dinero? Entonces seré yo quien te defienda. Y, si lo ves demasiado, puedo pedirle a mi socio que lo haga. No pienso cobrarte un centavo, Matt. Y te aseguro que volverás a ver a tu hijo, aunque sea lo último que haga —añado rotunda. Él me sonrío con cariño.

—Te lo agradezco, pero no puedo pedirte eso.

—No me lo has pedido, yo me he ofrecido a ayudarte, y no acepto un no por respuesta. —Le guiño un ojo, y de repente es como si toda su tristeza se hubiera esfumado. Sus ojos están llenos de gratitud. Yo me siento bien. No puedo permitir que pierda a su hijo de esa manera, y menos por alguien tan egoísta como esa mujer.

—Gracias, Chelsea. Después de todo no pensé que tú fueras a ayudarme.

—Ya te he dicho que el pasado es pasado y hay que dejarlo atrás. ¿Para qué darle más vueltas? Tengo que pedirte que me cuentes la historia mucho más detallada, con fechas, con todos los papeles que tengas... Cualquier cosa puede ser de utilidad. —Ahora habla la Chelsea abogada. Esa que lucha por cada uno de sus clientes, dejándose la piel hasta ganar. Eso es lo que

voy a hacer con Matt y Steve. Padre e hijo volverán a estar juntos. Él sonríe, pero esta vez de verdad. Vuelvo a ver los ojos de ese chico por el que un día perdí la cabeza. Uno muy especial.

Un nuevo comienzo

Días después estoy en la cocina concentrada con el ordenador y todos los papeles que Matt me ha dejado, mi madre entra y deja un paquete justo a mi lado.

—Esto es para ti, cariño. Lo ha dejado Arizona, me ha dicho que te llama más tarde, que llegaba tarde al trabajo. —Lo acaricio ligeramente con las manos, recordando la conversación que tuvimos—. ¿Sabes lo que es? —pregunta mi madre con cierta curiosidad.

—Sí, pero prefiero abrirlo más tarde. Ahora necesito todos los sentidos para seguir con esto.

—Estoy muy orgullosa de ti, hija. —Acaricia mi hombro con cariño.

—¿Por lo de Matt? ¿Cómo no iba a ayudarle, mamá? Después de escuchar su historia se me rompió el corazón. Él no tiene medios para poder solucionarlo, yo sí. Pienso llegar al final de esta historia y juro que será un final feliz para él.

—Ojalá, hija. Se lo merece tanto. Su vida ha sido demasiado complicada.

—¿Puedo hacerte una pregunta, mamá? —Mi madre asiente, y yo saco todo lo que lleva días en mi mente y apenas me deja descansar—: ¿Crees que, si no me hubiera marchado, la vida de Matt sería diferente en este momento? —Ella me mira horrorizada.

—¿Te estás culpando por lo que le ha pasado a Matt? ¡No, no, no! ¡Saca eso de tu cabeza inmediatamente! Estas cosas pasan, la vida es así. Quizá, si te hubieras quedado, cada uno estaría viviendo su vida de otra manera y no juntos. Quítate esa carga, porque todo esto no es por ti. Ni tampoco por Matt. Él siempre quiso ocuparse de esa criatura, pero no accediendo a chantajes ni a cosas que él no quería hacer. No se puede vivir atado a una persona solo por el hecho de que se tenga un hijo en común porque entonces todo se vuelve desdicha.

»Él estaba muy enamorado de ti, y casarse con esa mujer no era lo que él deseaba. Si lo hubieran hecho, él ahora sería mucho más infeliz, cariño. —Trato de encontrar consuelo en las palabras de mi madre. Me gustaría creer que de verdad toda esta desdicha de Matt no es por mi culpa y que la decisión de marcharme no le llevó a todo esto—. Saca eso de tu cabeza, Chelsea, te lo ruego.

—Trataré de hacerlo, aunque no resulta fácil.

—¿Sabes? Matt pasa mucho tiempo en casa de sus padres, y siempre que está allí viene a visitarnos. Había olvidado cómo era su sonrisa hasta que tú volviste a aparecer. Su mirada se llenó de luz de nuevo y fue fascinante poder verlo de esa manera otra vez. —Sonrío al oír a mi madre, yo también me alegro de saber que soy la razón de ese cambio.

Han pasado los años, pero puede que en el fondo la gente tenga razón y sigamos siendo ese par de adolescentes que se enamoraron por primera vez.

Esa misma tarde, recibo malas noticias. Jerard me llama diciéndome que hay problemas con uno de los clientes de Nueva York y que solo quiere verme a mí. Supongo que si me llama es porque no ha conseguido convencerlo de lo contrario. Trato de resolverlo por teléfono, pero el hombre es terco como una mula y no me queda otra que regresar a Georgia y preparar el viaje para Nueva York.

Se lo comento a mi madre y, aunque ella tiene un gesto de tristeza, entiende que tengo que ir. Le explico que en un par de semanas estaré de vuelta. Así podré dejar otros asuntos zanjados para regresar con tranquilidad.

Las chicas y yo quedamos para cenar y les cuento la noticia. Todo el mundo cree que no vendré más, sin embargo, yo tengo muy claro el objetivo de este viaje.

Recordamos viejos tiempos regresando al local de Bunny, nuestra bolera. Fue especial pisar

ese lugar después de tantos años.

Cada risa, cada momento y cada mirada de esa noche me transportan al pasado, uno al que me encantaría volver y el que he tratado de olvidar durante tantos años.

Vuelvo a estar con mis amigas, juntas, cada una con una vida diferente a la que nosotras habíamos imaginado, pero me alegro de verlas felices, sobre todo, poder disfrutar de ellas, aunque solo sea en pequeños ratos.

Esa noche contacto con Matt para contarle que tengo que regresar a Georgia, que me gustaría verlo antes. Así que, de nuevo, estoy en el porche de mi casa, esperándolo, una vez más.

Cuando llega, se sienta a mi lado sin dejar de observarme.

—No pensaba que te fueras a ir tan pronto.

—Yo tampoco. Pero siempre hay algún cliente tocapelotas que no permite resolver las cosas por teléfono. Viajo mañana a Georgia y días después, a Nueva York. Regresaré en un par de semanas.

—¿Lo harás? —pregunta con un hilo de voz, algo triste.

—¿Por qué pensáis que no volveré? Solo voy por trabajo. Aprovecharé para resolver algunos asuntos pendientes en Georgia, pero regresaré. Quiero estar con mi madre. —Matt agacha la cabeza.

—Lo entiendo.

—Oye, no voy a olvidarme de lo tuyo, seguiré trabajando desde allí, te lo prometo.

—No es eso, Chelsea...

—¿Y entonces? —En el momento en el que su mirada vuelve a cruzarse con la mía un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Estos días juntos han sido... muy especiales. Nunca pensé que al regresar tú y yo volviéramos a estar así.

—Sí, para mí también. Ha sido genial resolver el pasado, me siento más ligera y tranquila. Gracias por insistir en que habláramos.

Matt se acerca lentamente a mí, acaricia mi mejilla, cierro los ojos sintiendo un fuego que me quema, mi corazón se desboca y entonces sucede: me besa, el mundo se para, dejándome llevar por el millón de sensaciones que sus labios despiertan en mí. Es un beso dulce, cargado de cariño, quizá de todo ese que no me ha podido demostrar en todos estos años. Uno especial, que, sin duda, guardaré para siempre en mi recuerdo.

Después de ese beso, nos separamos, ninguno dice nada, simplemente nos contemplamos, sonreímos. Él desaparece recordándome todas esas veces que se marchaba, solo que ahora la sensación es muy distinta, me siento bien. Matt se va en su moto, mientras yo suspiro como una adolescente.

Al día siguiente pongo rumbo a Georgia, con una sensación muy distinta a la que tenía cuando vine. Es estupendo solucionar cada uno de los problemas que te han quitado el sueño durante tantos años y que ahora parece que se han evaporado.

Cuando aterrizo, lo primero que hago es ir al despacho, quiero ponerme al día con el trabajo lo antes posible. Jerard y yo tenemos varias reuniones y después salimos a comer.

Me pregunta por mi madre, por cómo han ido las cosas por allí... Sin extenderme demasiado, le cuento.

Llegamos casi a las doce de la noche, después de trabajar tantas horas, dejo la maleta en un lado, tiro los zapatos y corro al sofá a sentarme, lo necesito. Jerard me sirve una copa de vino y se acomoda a mi lado.

—Trabajas como una bestia.

—No sé hacerlo de otra manera. Hay demasiadas cosas por resolver, por desgracia, con poco tiempo.

—Parece que no lo he hecho muy bien en tu ausencia —añade con una sonrisa burlona.

—¡No seas idiota! No tengo ninguna pega. Sin embargo, sabes, al igual que yo, que hay cosas que son imposibles de hacer si no hay otra persona. Hacemos un gran equipo. —Él se acerca a mí, acaricia mi oreja, besando mi mejilla suavemente. Suspiro, aunque me retiro de inmediato.

—¿Estás bien?

—Sí, pero han pasado cosas por California..., en este momento no me siento con ganas de mantener esa conversación.

—Lo siento. No quería incomodarte.

Le doy un beso en la mejilla, se levanta para marcharse. Cuando lo hace me quedo algo incómoda. ¿De verdad he rechazado a Jerard? Desde que empezamos a jugar a este juego, es la primera vez que lo hago.

Mi mente vuelve a estar puesta en Matt, en todo lo que ha ocurrido en estos días.

¿Cómo es posible que mi opinión haya podido cambiar tanto en tan poco tiempo? Estaba tan segura de todo que ahora parece que mi vida no es la misma.

Hemos conseguido tener una relación sin odio ni rencor, pero... ese último beso fue demasiado. Algo en lo que no he podido dejar de pensar desde que sucedió. No hablamos del tema y no hemos vuelto a escribirnos. «¿Es posible que se arrepienta de lo que sucedió? ¡Por favor! Tengo que sacar estos pensamientos de mi mente inmediatamente».

De alguna manera tengo que entender que Matt es parte de mi pasado, que lo nuestro ya pasó y que tengo que olvidar todas esas emociones que me hace sentir.

Una ducha bien fría, junto con mi cama, hacen que durante unas horas pueda descansar y me olvide de todo.

A la mañana siguiente la oficina es una auténtico caos. Se han disparado los casos, y mi viaje a Nueva York tiene que retrasarse un par de días más.

Me paso todo el día en el despacho, ni siquiera me percató de la hora que es cuando Jerard entra con unas bolsas de comida.

—Te admiro. Puedes aguantar hasta la noche sin comer ni un tentempié. —Ambos nos reímos. Se acerca a la mesa, mientras yo retiro todos los papeles—. Eres consciente de que el ritmo que llevas no puede ser bueno, ¿verdad? No te das ni un descanso.

—Lo sé. Ya sabes cómo soy para el trabajo. Me gusta dejar todo terminado, no sé gestionarlo de otra manera. No me crucifiques por ello.

—¡Venga, come algo!

—Es raro que tú no me hayas invitado a comer. —Me mira con una sonrisa burlona.

—Te conozco muy bien. Los dos sabemos que cuando estás así no sales del despacho ni para tomar un triste café.

—Es cierto. Me conoces muy bien, aunque te diré que te agradezco que lo hayas traído porque me muero de hambre. —Le guiño un ojo, y comenzamos a comer.

Jerard siempre se preocupa por mí, no solo en el ámbito laboral, también en lo personal. Tengo la mejor de las suertes por contar con él.

Cuando terminamos le explico el asunto de Matt que me tiene tan preocupada. Me comenta que lo mejor sería que lo llevara él porque yo estoy demasiado involucrada sentimentalmente, pero no me importa. Haré lo que sea porque vuelva a tener al lado a su hijo.

Conozco muy bien a Jerard. Sé perfectamente que defendería con uñas y dientes el caso, sin

embargo, siento que tengo que ser yo quien lo haga y no él.

Por la tarde, cuando estoy a punto de abandonar la oficina, recibo un mensaje.

Matt 📎

¿Cómo va todo por allí? Por aquí todos te echamos de menos. Estoy muy pendiente de tu madre, así que puedes estar tranquila. No la dejamos en todo el día para que no tenga tiempo de pensar. Un beso.

Chelsea 📎

Hola. Justo salgo ahora de la oficina. Está siendo horrible la vuelta, ¿para qué engañarte? Hay mucho trabajo atrasado y, además, cada vez parece que vienen más casos. Me ha tocado atrasar un par de días mi viaje a Nueva York, lo que también retrasará mi vuelta.

Me dejas más tranquila sabiendo que mi madre está cuidada. La llamo varias veces, pero su respuesta es que está bien. Gracias por cuidarla.

Por cierto, sigo pendiente de tu caso. He estado tratando algunos puntos con mi socio, cuando vuelva te comentaré todo lo que tenemos que hacer. Un beso.

Matt 📎

Trabajas demasiado. Por cierto, esa frase también la dice tu madre, así que debe de ser cierto.

Lamento que todo se vaya a demorar. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes que aquí estamos para lo que sea.

Gracias por lo que estás haciendo por mí, después de todo, supongo que no lo merezco, eres maravillosa.

Me gustaría hablar de lo que sucedió el otro día entre nosotros, aunque me resulta muy violento que sea por mensaje.

¿Crees que podemos tratar el tema a tu vuelta?

¡El beso! ¡Que no me diga que se arrepiente, por favor!

Chelsea 📎

Sí, yo también he pensado en ello, pero me parecía complicado poder decirte algo por mensaje.

Hablaremos a mi vuelta, no te preocupes.

Tengo que dejarte porque me toca conducir. Un beso.

Vale, en realidad, estoy huyendo porque me da temor que me diga que se arrepiente.

No dejo de pensar en lo que ocurrió entre nosotros, en cada uno de los recuerdos que ha hecho que vuelvan a mi mente, en sus explicaciones, en lo que me explicó del aeropuerto. ¿Puede una persona estar equivocada tantos años? Si hubiera dejado que alguien me contara la verdad... quizás las cosas entre nosotros hubieran sido de otra manera, ¿no? Vale, no puedo dejar de torturarme, dejé demasiadas cosas atrás y es cierto, esta no fue la vida que soñé, alejada de toda la gente que quiero, no sumergida en este trabajo, que sí, me gusta, pero... no, no me apasiona. Yo siempre había soñado con exponer en alguna galería de arte, es un trabajo complicado, como el de cualquier artista, aun así, me llenaba al cien por cien.

Lo de estudiar Derecho fue un arrebato. Cuando me alejé de todo, también lo hice de la pintura, porque me recordaba a él, a ese chico que hizo trizas mi corazón en el pasado.

Tengo que reconocer que me gusta lo que hago y que, cuánto más difícil es el caso, más lo disfruto. He aprendido a ser feliz a mi manera. Sin embargo, ahora todo eso se tambalea de nuevo. Y, una vez más, tiene nombre: Matt.

Paso unos días en Nueva York, consigo resolver el caso en menos tiempo de lo que creía, lo que me da ventaja para seguir adelantando cosas en Georgia.

Tres semanas después de marcharme de San Francisco, vuelvo, aunque lo hago sin avisar.

Mi madre me recibe con los brazos abiertos, sorprendida por mi llegada. Yo no puedo parar de sonreír. Me doy cuenta de que es justo aquí donde quiero estar.

Nos ponemos al día de lo que ha ocurrido en estos días, y charlamos de Matt. Tema de conversación recurrente ya.

Horas más tarde, preparo todos los papeles que tengo para darle a Matt. Le pongo un mensaje para encontrarnos en unas horas y explicarle detalladamente el asunto.

Al vernos tengo que decir que me siento extraña. Ambos nos quedamos mirándonos, pero ninguno es capaz de dar un paso hacia delante. Él se decide dejando un dulce beso en mi mejilla que me hace estremecer.

—Te hemos echado de menos. ¿Cómo ha ido todo?

—Yo también. Después de tanto tiempo aquí, fue un poco raro volver a la rutina. Todo perfecto. Mucho trabajo, nada raro en mí. Esa es mi vida; trabajo.

—¿No echas de menos esto? —Desvíó mi mirada al mismo tiempo que una media sonrisa sale de mi boca.

—Sí. Mucho. ¿Y sabes qué? Llevo años en Georgia con una rutina, al regresar, me he dado cuenta de que mi sitio siempre ha estado aquí. Pero...

—Si vas a decir que es demasiado tarde, no es así. Todo sucede por algo. Y tu vuelta ha sido cosa del destino. —No puedo parar de reírme. Él me observa con gesto serio.

—¿Qué? No te enfades. No creo en esas cosas. ¿Sabes la de veces que me han dicho en los divorcios que eran «cosa del destino»? ¡Ni te lo imaginas! Eso no existe. Las cosas suceden porque tiene que ser así. A veces, nosotros mismos las provocamos.

—Odio a esta Chelsea fría que te sale algunas veces, de verdad. Nunca entenderé cómo has podido cambiar tanto.

—¡Matt! Tú tampoco eres el mismo chico adolescente de hace diecisiete años.

—¿No? ¿De verdad lo crees? Dime que no has visto a ese mismo chico los días que pasaste aquí. En cada conversación, en cada sonrisa, en cada gesto... —¡Maldito! Tiene razón. Se ríe mirándome fijamente a los ojos porque se ha dado cuenta de que sé que es cierto lo que dice.

»Y tú, en cierto modo, Chelsea, volviste a ser esa chica. Sin embargo, tratas de esconderla por algún motivo que todavía se me escapa.

—Pensé que nada quedaba de esa adolescente, pero tú has vuelto a despertarla de nuevo, y me da miedo, mucho miedo. Porque no quiero que vuelva a suceder lo mismo, Matt. Mi corazón tiene demasiadas heridas que he tratado de cerrar durante todos estos años. No quiero tener que huir una vez más, ¿sabes? Sería demasiado doloroso para mí.

—¿Por qué tanto miedo? Ha pasado demasiado tiempo de aquello. Yo aprendí de cada uno de mis errores, y te aseguro que no volvería a repetirlos, Chelsea. Hacerte daño no está en mis planes. Solo quiero... —Se acerca a mí, limitando el espacio entre nosotros. Haciendo que mi respiración se acelere y temblando por lo que pueda venir después.

—¿Tú no lo tienes? ¿No te da pánico equivocarte otra vez? A mí sí. He perdido mucho por el camino. No quiero, ni puedo, permitirme que eso suceda otra vez.

—¿Y si no pierdes? ¿Si ahora ha llegado el momento de ganar? —Cojo aire, cierro los ojos pensando en sus palabras.

—¿Qué es lo que quieres decirme, Matt?

—Que nos demos una oportunidad, que lo intentemos de nuevo. Puede que tú no estés enamorada de mí ya, pero sé que hay algún sentimiento. Lo noté cuando volvimos a vernos, al abrazarte y, sobre todo, al besarte. Dime que no estoy equivocado, por favor. —Su última frase suena desesperada. Pienso muy bien las palabras que van a salir por mi boca porque no quiero equivocarme una vez más.

—Matt..., yo... claro que siento cosas por ti. Todas aquellas que guardé en lo más profundo de mi corazón, sin embargo..., no estoy segura de que lo nuestro vaya a funcionar. Lo primero porque yo no puedo estar aquí para siempre. Mi vida está en Georgia, allí tengo mi trabajo y no puedo dejarlo.

—¿Y cuál es la otra excusa, Chelsea? Porque sabes perfectamente que lo que acabas de decirme lo es. Podrías trasladarte aquí y no habría ningún problema. Tú misma lo has dicho, solo tienes miedo, y así nunca podrás avanzar ni tampoco ser feliz. No voy a presionarte. De verdad pensé que las cosas entre nosotros podían funcionar —añade abatido, decepcionado.

Sé que no era la respuesta que él esperaba, pero tampoco puedo tirarme a sus brazos sin

pensar en las consecuencias.

—Matt...

—No te preocupes, ¿de acuerdo? No volveré a tocar el tema. Seremos dos amigos, porque eso sí podemos, ¿verdad?

—Sí, claro que sí. —Su gesto es triste y, aunque yo también siento que tenemos que darnos una oportunidad, creo que... no saldría bien—. ¿Quieres que hablemos del tema de tu hijo?

—¡Claro! Me dejaste muy intrigado con tu mensaje.

Le cuento en todo lo que he estado trabajando, investigando sobre la madre y cada una de los pasos que vamos a seguir. Le adelanto que es un proceso duro y largo, pero que el resultado será el tener de vuelta a su hijo. Consigo que sonría de nuevo.

Somos amigos

Los días por San Francisco resultan ser maravillosos. Las chicas y yo volvemos a estar igual de unidas que siempre, recorreremos los sitios de antes, charlamos, nos reímos..., aunque nos falta algo, esa pieza que hace unos años se marchó y no hemos podido recuperar.

También le dedico mucho tiempo a Matt. El tema de su hijo va avanzando, y he visto un ápice de esperanza en sus ojos que ha hecho que todavía le ponga más ganas al caso.

¿Será verdad eso que dice Matt de que mi vuelta es cosa del destino? Sonríe al recordarlo.

Es viernes, y decido coger la caja de Cady e irme al Golden Gate Park, el sitio preferido de ella, donde tantas veces fuimos a pintar...

Me marcho sola porque siento que esto es una cosa demasiado nuestra.

No encuentro un punto mejor que el Japanese Tea Garden, el lugar en el que ella siempre se quedaba embobada, a pesar de haber pasado más de mil veces. Sin duda era su sitio preferido. ¡Dios! Siempre quiso viajar, conocer mundo, disfrutar de otros países. Las lágrimas resbalan por mis mejillas y un dolor profundo se instala en mi pecho. Yo tenía que haber vuelto, darle ese abrazo que ella tanto anhelaba, cogerle la mano, proporcionarle ese aliento que ella necesitaba de su amiga. Solo fui una maldita egoísta que se llevó por delante a toda la gente que le importaba. Soy una idiota que nunca se perdonará el no haber estado cerca de una de sus mejores amigas.

Me siento para poder afrontar el momento que viene ahora, porque sé que no será nada fácil. La conocía demasiado bien, puedo imaginar lo que hay en esa caja: recuerdos que rasgan el alma.

Desato el lazo con delicadeza, levantando despacio la tapa. Lo que me encuentro es simplemente maravilloso. Un viaje al pasado en fotos y bocetos.

Los ojeo con calma. Aquí está mi primer dibujo, que fue un regalo para ella, después incontables láminas que ni siquiera recordaba. ¡Mi pequeña Cady guardó todo esto!

Hay unas fotos nuestras justo en este parque, haciendo el tonto, pero siempre sonriendo. Cuando veo su imagen de nuevo rompo a llorar sin consuelo. Esto es lo único que me queda de ella, verla en una foto del pasado. Cierro los ojos muy fuerte, pensando que esto es solo una pesadilla más. Lamentablemente, vuelvo a abrirlos y la realidad me golpea; Cady no está y no solo eso, tampoco volverá. Eso duele, duele demasiado.

Detrás de esas fotos también encuentro muchas con las chicas, incluso algunas que me sorprenden. Nuestro viaje a Santa Bárbara todas juntas, ese que siempre pensamos que repetiríamos, pero que nunca cumplimos.

Fotografías en la playa, en la casa y... con Matt y mi hermano. Supongo que, viniendo de ella, estas fotos no están aquí por casualidad.

Sigo sacando cosas y encuentro una cadena de plata, sujeto mi cabeza con las manos, cogiendo aire. Es su colgante, en él hay una «C» con unas pequeñas circonitas alrededor. Lo pongo en mi mano, cerrándola con fuerza. Llorando de nuevo sin consuelo. Todavía huele a ella. Desde luego, mi amiga hizo esta caja a conciencia para tocarme el corazón. Sin soltar el colgante sigo examinándola, hay un lienzo en blanco, pinceles y colores sin estrenar, justo detrás, un papel de color verde que parece una carta. Lo abro y con millones de lágrimas en mis ojos leo:

Querida Chelsea:

Supongo que si esta caja ha llegado a tus manos es porque yo no estoy aquí. Eso o que te has decidido a venir y estamos tomando unas cervezas mientras nos reímos de cada una de las cosas que hay dentro. Sinceramente, la segunda opción estaría muy bien, pero no es la correcta.

Antes de que te fueras, le pedí a tu madre que me diera todos tus lienzos, porque sabía perfectamente que te encargarías de tirarlos. Tú y tu maldita estupidez de no seguir con la pintura porque te recordaba a Matt. Amiga, déjame

decirte que eres idiota y que no creo que eso se te haya curado.

—¡Maldita, Cady! —Una media sonrisa sale de mi boca. Sigo leyendo.

En fin, a lo que vamos. Quería que supieras que siempre he guardado tus lienzos. Desde el minuto uno me resultaron maravillosos y, repito, me pareció una tremenda estupidez que dejaras de pintar.

Supongo que, si has seguido el orden y contando con que la caja no me haya jugado malas pasadas, te habrás encontrado con varias fotos nuestras en ese parque que siempre fue tan nuestro y que me apostaría lo que fuera a que es donde te encuentras en este momento porque te conozco demasiado bien, Chelsea. Y no sé cuántos años habrán pasado desde que te marchaste y estás leyendo esto, pero sé que nunca has cambiado. Para nosotras siempre fue ese lugar favorito al que no nos cansábamos de ir, en el que, no solo disfrutábamos del paisaje, también de las charlas y de nuestras risas. Esas que tanto hemos echado de menos, amiga.

¿Has visto qué guapo sale Matt en las fotos de Santa Bárbara? Ja, ja, ja, ja. Sí, soy un poco maligna, de algún modo quiero hacerte reaccionar.

Porque todas esas personas que estamos en las fotos te queremos, incluido Matt y tu hermano. Ambos sufrieron mucho con tu partida, y creo que has sido demasiado dura con los dos.

No quiero reprocharte que te fueras, porque quizás, en tus circunstancias, yo también hubiera huido, aunque no de mis amigas, Chelsea. Nosotras solo queríamos saber de ti, hablar contigo, a pesar de que no pudiéramos verte, pero nos los pusiste demasiado difícil.

Espero que hayas regresado a solucionar todo aquello que dejaste pendiente, también que por fin sepas toda la verdad y no esa que te hiciste en tu cabeza.

Después, te habrás encontrado con mi colgante y no, amiga, no ha sido por casualidad. Quiero que lo tengas tú. Sabes que os adoro a todas, que siempre hemos sido las mejores amigas, aun así, contigo tenía una conexión muy especial. Una que me gustaría que siguieras sintiendo, aunque yo no esté, Chelsea.

Después hay un lienzo en blanco, uno que quiero que pintes para mí. No digas que no te he dejado preparada porque todo está sin estrenar.

Vuelve a hacerlo, Chelsea. Ya sé que tienes un trabajo fijo, sin embargo, tú y yo sabemos muy bien que no es eso lo que te hace feliz. Necesitas la pintura, al igual que necesitas volver a San Francisco, estar con las *babies* y perdonar. Ese, quizá, sea el punto más importante para continuar.

Tienes que escuchar a tu corazón, pero también a esa persona que sigue loca por ti, porque hay demasiadas cosas que nunca os dijisteis, y estáis perdiendo el tiempo. La vida es demasiado corta para andar enfadada y huyendo del amor de tu vida, Chelsea. ¡Deja de ser idiota! Vuelve a San Francisco con la gente que siempre te ha querido. Construye de nuevo tu vida aquí y, si lo haces..., acuérdate de mí cuando decidas comprar la casa.

Deja de pensar en los errores del pasado, y vive el presente con quien quieres realmente, por favor. Te lo digo, y te lo repito, la vida es demasiado corta para estar pensando en un pasado de dos adolescentes que no supieron escucharse. Habéis estado demasiado tiempo separados, pon remedio a eso y permítete ser feliz. Porque de verdad te lo mereces.

Esto es una carta de intenciones, así que empieza a mover el culo porque tienes trabajo, amiga. Espero que cumplas las últimas voluntades de tu querida Cady (es una amenaza), siempre puedo aparecer a molestarte.

Por favor, vuelve con las chicas que tanto te han echado de menos, recorred todos esos lugares en los que fuimos tan felices, sonreíd, reíos de la vida y estad unidas porque de esa manera yo me sentiré muy orgullosa y dichosa, por favor. Te quiero. Y, por cierto, se me olvidaba, sé que te sientes culpable por no haber estado aquí, pero me diste toda la fuerza que necesitaba, solo que para mí ya era demasiado tarde. El destino lo quiso así.

Gracias por hablar conmigo. Ahora cumple tú con todo lo que te he dicho y dile a esa panda de locas que las adoro y que sé que las echaré de menos por toda la eternidad.

Te quiere,

Cady

Pierdo la cuenta de las veces que leo la carta. Cada vez que lo hago, mis ojos se llenan de lágrimas. Parece que ella también tenía muy claro que lo mío con Matt no estaba acabado. Es lo que todo el mundo piensa, incluso nosotros.

«La vida es demasiado corta para estar pensando en un pasado de dos adolescentes que no supieron escucharse. Habéis estado mucho tiempo separados, pon remedio a eso y permítete ser feliz. Porque de verdad te lo mereces».

Las palabras de Cady resuenan en mi cabeza una y otra vez. «¡Ay, amiga, como si las cosas fueran tan fáciles! No solo es que hayan pasado los años, es que Matt tiene en este momento su vida patas arriba y lo que menos quiero es ser un problema para él. Venirme a vivir aquí ni siquiera sé si es una opción. El bufete no es solo mío y sería egoísta no contar con Jerard para algo tan importante como esto».

Hay algo en lo que mi amiga también tiene razón y es en que, a pesar de que me gusta mi trabajo, lo que verdaderamente me ha hecho feliz siempre ha sido la pintura. Y sí, Matt fue la razón de que lo dejara, sin embargo, no he dejado de echarlo de menos, aunque no he sido tan

valiente como para coger de nuevo el pincel.

Mientras ojeo de nuevo la caja, con las lágrimas cayendo por mis mejillas, Matt me llama. Pienso unos segundos en si contestar o no, pero al final lo hago. Trato de parecer serena, así que tomo aire.

—Hola. ¿Cómo estás? ¿Tienes tiempo para que tomemos un café?

—No... —Ni siquiera sé que contestar.

—Chelsea, ¿te encuentras bien?

—No estoy en casa. He venido a Golden Gate. Necesitaba solucionar algo importante.

—¿En el Golden Gate? —Matt parece sorprendido.

—Cady dejó algo para mí. Me pareció justo abrirlo en este lugar, que era tan especial para ella.

—¿Quieres que vaya? Sé lo complicado que es lo de Cady para ti.

En realidad, nadie se lo imagina. Ellos pudieron despedirse de ella, pero a mí siempre me quedará esa espina clavada. Dudo que algún día pueda perdonarme a mí misma. Un nudo vuelve a instalarse en mi garganta.

—No quiero molestarte, Matt.

—No lo haces. Mándame tu ubicación. En veinte minutos estaré allí.

—Gracias. —Cuelga, y suspiro.

El chico al que he odiado durante años ahora es quien me cuida y está pendiente de mí en todo. Parece difícil de entender, ¿no?

Tal y como me dice, en veinte minutos lo tengo frente a mí, mirándome sin decir ni una sola palabra. Me abraza en lo que yo me derrumbo en su hombro. No soy capaz de contar los minutos que me paso así, pero me da la tranquilidad que tanto necesito.

—No puedes hacerte responsable de algo que no te corresponde. Ella jamás te culpó por no estar aquí. Al revés, nos decía una y otra vez que te sentía cerca.

—Ella y yo hablamos los últimos meses, aunque le hice prometer que no os diría nada.

—¿Hablabais? Jamás lo mencionó. Tampoco notamos que pudiera estar haciéndolo.

—Tú sabes muy bien cómo era ella. —Ambos sonreímos al recordarla. Sé que para Matt tampoco fue fácil perderla porque la quería de verdad.

—¿Puedo preguntar qué hay en la caja? —Lo miro y la abro para ir enseñándole cada una de las cosas que hay dentro. Primero las fotos, después los lienzos, el colgante...—. Esta caja solo podía ser de Cady. Te conocía demasiado bien. Nunca entendió cómo habías apartado la pintura de tu vida. Yo tampoco, aunque más tarde alguien me lo contó.

—¿Quién? —pregunto interesada.

Dudo mucho que las chicas hayan hablado sobre eso con él. Me observa con una media sonrisa y responde:

—Tu hermano. De esas tantas cosas que me dijo una fue que dejaste de pintar por mi culpa. En el fondo, sé que tiene razón. Lo siento, Chelsea.

—Tú fuiste la razón, sí, pero porque no quería recordar todo lo que conllevaba el coger los pinceles. En todos estos años no he sido capaz de volver a coger uno. Puede que ni siquiera sepa pintar ya —añado con un hilo de tristeza.

—¡Vamos, Chelsea! Los dos sabemos que eso no es así. Solo necesitabas volver aquí. —Saco de la caja los lienzos y las pinturas que vienen dentro. Matt no puede dejar de sonreír—. Muy Cady. Supongo que te habrá dicho que tienes que volver a hacerlo, ¿me equivoco?

—No. Has acertado. Tengo miedo de no poder cumplirlo.

—Deja de decir tonterías. Sabes perfectamente que podrás. —Trato de confiar en sus

palabras.

—Gracias por estar aquí. Yo...

—No tienes nada que agradecer. Somos amigos. Sigues siendo muy importante para mí. —Acaricia mi mejilla estremeciéndome. Me pierdo en ese gesto tan dulce. Cojo su mano, uniéndola a la mía.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¡Claro! Lo que quieras.

—¿Tú también piensas que hemos perdido el tiempo durante todos estos años? —Se queda en silencio durante unos minutos, tratando de buscarle explicación a lo que acabo de preguntar.

—En realidad, creo que lo estamos perdiendo ahora, Chelsea. El pasado se quedó atrás. Ahora somos dos personas adultas que han vuelto a reencontrarse y que no son capaces de continuar una historia. Porque, aunque no quieras admitirlo, lo nuestro no está acabado. Lo noté el primer día que nos vimos y sigo sintiendo lo mismo cuando te miro. —Cierro los párpados tratando de recuperar el aire que parece haberse escapado de mí. Él me contempla con los ojos cargados de verdad, pero hay algo más, mucho más. Un brillo intenso.

—Yo... supongo que tengo que ser honesta contigo. Me enamoré de ti mucho antes de que tú lo supieras. El día que me diste el primer beso, sentí que volaba entre las nubes. Lo que vino después..., sabes perfectamente cómo me sentí. Aquellos días en Santa Bárbara, mi primera vez... Todo era un cuento de hadas, Matt, que se destrozó cuando supe que querías marcharte, que yo no entraba en tus planes. Partiste mi corazón en mil pedazos. Tuve que huir porque el dolor que sentía era insoportable. Ahora sé que fue una decisión precipitada, que tenía que haber esperado para saber cuál era tu explicación. Sin embargo, tenerte cerca era mucho más doloroso. —Él no se pierde ni un ápice de lo que digo. Su semblante es serio, aunque sé que quiere seguir escuchando esto que quiero contar.

»Quise olvidarme de aquello que me recordara a ti. Por eso no podía seguir en contacto con mis amigas, porque, indirectamente, ellas eran parte de todo lo que tú y yo habíamos vivido.

»La pintura eras tú, por eso decidí estudiar Derecho. Algo totalmente diferente a lo que tenía pensado. Empecé de cero, Matt, porque es lo que creí que tenía que hacer.

»Durante mucho tiempo ha sido así. Hasta que llegué aquí, entonces todo cambió de nuevo. Otra vez nuestros momentos estaban presentes, esos que yo había intentado dejar en un cajón, olvidarlos, pero... no supe hacerlo. O, desde luego, no lo hice todo lo bien que debería.

»No quise escuchar a nadie, no permití que me contaran lo que estaba sucediendo, y ahora... solo puedo sentirme culpable por lo ocurrido. Miro al pasado y solo veo a una niña idiota, incapaz de escuchar lo que tenías que decirme. Lo siento. No debí actuar así, ahora lo sé.

—No tienes que pedirme perdón. Ambos nos equivocamos. Éramos demasiado jóvenes para darnos cuenta de nuestros errores. Yo, sinceramente, lo hice todo de pena y todo aquello desencadenó en tu marcha.

»Hemos perdido demasiado tiempo, Chelsea. Mis sentimientos siguen siendo los mismos. Me ha resultado imposible borrar de mi memoria durante estos años. He mantenido tu recuerdo vivo en mi corazón. Anhelando que algún día decidieras volver y escuchar lo que tenía que decirte.

»¿Por qué no olvidamos el pasado y nos dedicamos a vivir el presente? Vamos a darnos una segunda oportunidad, sin pensar en aquello que dejamos atrás, comenzando de cero, ¿qué dices? —Sus ojos se llenan de felicidad y una gran sonrisa se refleja en su cara. Siento que tengo que dejar de huir de mis sentimientos y vivir lo que realmente quiero.

—Te prometo que es lo que quiero, pero sé que tu vida está del revés. Lo último que necesito

es darte más problemas.

—¿Problemas? Desde que has llegado vuelvo a ser el mismo. He vuelto a sonreír, a recuperar la ilusión que pensé que tenía olvidada, y todo gracias a ti, Chelsea. Me has hecho bien.

—¿Lo dices de verdad? —Sonrío ante sus palabras, debo admitir que me hacen inmensamente feliz.

—Hemos perdido demasiado el tiempo, ¿no crees? Ha llegado el momento de que seamos felices de una vez por todas.

Ahora mismo, con el Golden Gate de testigo, Matt se acerca a mí y me besa. No es un beso cualquiera, es uno que hace que las mariposas de mi estómago revoloteen sin descanso. Sus labios de nuevo en los míos me estremecen y eso solo significa una cosa: el pasado ha vuelto, aunque ahora es mi presente.

Santa Bárbara

Días después, en el parque, Matt y yo volvemos a ser los mismos de siempre o, quizás, una versión mejorada, porque no lo recordaba tan cariñoso.

Parecemos los mismos adolescentes, muertos de ganas por estar juntos. Sin embargo, siempre hay algo que nos estropea el momento. Y yo me muero de ganas por volver a sentirlo cerca. No solo por el hecho de llevar meses sin sexo, que también, sino porque desde que regresé no me quito la imagen de Matt desnudo haciéndome el amor.

El jueves organizo un viaje relámpago a Santa Bárbara con las chicas. Las *babies* juntas de nuevo, con una ausencia que nos duele demasiado a todas.

Hablo con Matt para contarle sobre el viaje y también explicarle que no podremos vernos el fin de semana, aunque le prometo organizar algo para nosotros pronto.

Mi madre está encantada con mi vuelta, también con que Matt y yo hayamos decidido darnos otra oportunidad, ella cree que me quedaré aquí para siempre, y eso todavía no lo tengo tan claro. En Georgia hay demasiados asuntos que resolver, y dejar tirado a Jerard tampoco entra en mis planes.

Es viernes y me levanto con una sonrisa de oreja a oreja. Hoy ponemos rumbo a aquella playa en la que todas fuimos tan felices, en especial yo. Es increíble sentirlo después de tantos años separadas.

Hacemos el viaje entre risas, charlas y sonrisas. Esas que durante este tiempo me han hecho tanta falta.

No hemos conseguido alquilar la misma casa que aquella vez, pero sí una cercana.

—Gracias por organizar este viaje, Chelsea. A todas nos hacía falta regresar a este lugar. — Arizona me sonrío a la vez que acaricia mi brazo.

—Me alegro mucho de estar aquí. También de haber vuelto a casa. Nunca tendría que haberme marchado.

—¿Sabes lo impresionante que es que vuelvas a ser mi cuñada? Y ahora de verdad, porque años atrás no me enteré de que lo eras. Soy muy feliz al saber que por fin estáis juntos. Os merecía una segunda oportunidad. Gracias a ti, mi hermano ha vuelto a sonreír, solo puedo agradeceréte.

Mi amiga está encantada con nuestra relación. No solo lo veo en sus palabras, también en el gesto de su cara. Está pletórica. Todo el mundo lo está desde que lo contamos, bueno, todos menos uno; mi hermano, que, si antes nuestra relación era complicada, ahora lo es mucho más desde que se ha enterado de que Matt y yo hemos vuelto. Mi madre dice que se le pasará, pero lo cierto es que yo empiezo a estar un poco cansada de su actitud. Nadie me ha reprochado nada, excepto él. Puedo entender que se sintiera defraudado por su amigo, incluso por mí, lo cual no le da ningún derecho a tratarme así. Ya he optado por ignorarlo porque me he aburrido de sufrir por un tema del que ni siquiera mi hermano quiere hablar.

Cuando estamos relajadas en el comedor de la casa, me decido a contarles la verdad del viaje a las chicas.

—Quiero ser sincera con vosotras. Este viaje, en realidad, es por Cady. No sé si todas estáis al tanto de que me dejó una caja por si algún día regresaba. Supongo que ella sabía que lo haría tarde o temprano. —Me levanto un momento y cojo una bolsa rosa que había dejado junto al pasillo. Saco la caja y empiezo a enseñarles todo lo que hay dentro—. Se me remueven demasiados recuerdos al ver estas fotos. Fueron tiempos felices para todas y, aunque no me ha

hecho falta ver fotos nuestras para recordaros cada día, no os voy a engañar, cada una de las que Cady decidió incluir aquí tiene un significado. Tenía una misión muy clara y, al final, tengo que decir que lo ha conseguido. —Las chicas me escuchan con mucha atención, incluso algunas ya tienen lágrimas en los ojos—. Ella quería que volviéramos a ser las mismas, que viviéramos de nuevo este viaje que tanta felicidad nos trajo, a pesar de que esta vez, lamentablemente, ella no nos acompañará. Todas hemos sufrido su ausencia, la echamos de menos cada día. Siempre será alguien muy especial para nosotras. Cady me recordó la importancia de tener al lado a la gente que queremos, vivir la vida intensamente, valorar cada segundo, porque, al final, eso es lo más importante.

»Además de millones de recuerdos, también había estos lienzos que algún día pinté, de alguna manera, me había olvidado de todos ellos, algo que ella nunca hizo y los guardó para poder dármelos cuando se le presentara la ocasión. —Se los enseño mientras una sonrisa ilumina cada una de sus caras, algo que me hace feliz. Les devuelvo el gesto con ilusión—. Seguido de esto, estaba el colgante que ella llevaba con la «C» de su nombre. —Descubro un poco el cuello de mi camiseta para que puedan verlo. No quito ojo a sus reacciones. Las lágrimas corren por las mejillas de cada una de mis amigas. Supongo que ese colgante llevaba tiempo guardado y ni siquiera ellas habían sabido que yo podría tenerlo—. No imagináis lo que supone para mí, después de todo, llevar algo suyo en mi cuello, el que ella no me guardara rencor, a pesar de no haber estado a su lado en el momento más difícil de su vida. —Mi voz se rompe. Tanto los recuerdos como la culpabilidad pesan demasiado. Cojo fuerzas para seguir hablando.

»Hay una carta en la que ella misma me dice que olvide todo eso porque le di fuerza, aunque ya era demasiado tarde para ella. Me habla de vosotras, de que tengo que volver aquí con mi familia, con mis amigas, con Matt, regresar al sitio donde siempre fui feliz. También me pide que vuelva a pintar, porque, a pesar de que tengo un trabajo que me gusta, según ella, no es lo que necesito. Y supongo que tiene razón, pero estoy muerta de miedo porque hace años que no me enfrento a la realidad y eso me aterroriza. No sé si me dedicaré a la pintura, de lo que sí estoy segura es de que gracias a Cady volveré a coger los pinceles. —Arizona me mira sonriendo a la vez que me guiña un ojo.

»Con esto quiero pedir os perdón por todos los años de ausencia, de no llamaros, de olvidarme de lo importante que es teneros cerca, porque no solo sois mis amigas, sois mi familia. No hice las cosas como debería, me arrepiento, pero, si todavía estoy a tiempo, quiero reparar cada uno de mis errores. —Todas corren a abrazarme. Sin un solo reproche, simplemente llenándome de cariño. Ese que durante tantos años he añorado.

—¿Eso significa que te quedas? —pregunta entusiasmada Kenisha.

—Eso significa que no será fácil, pero haré todo lo posible por estar aquí de nuevo con las personas a las que quiero. Porque eso es lo que realmente me hace feliz.

—Entre todas te ayudaremos. Me alegra saber que volveremos a tenerte cerca, Chelsea. Te hemos echado mucho de menos —añade Lyn.

—Y yo a vosotras. No hay nada que me haga más feliz que saber que os tendré otra vez cerca, que podré llamaros para tomar un café, charlar con vosotras, reírnos, conocer a vuestras familias... ¡Estoy de regreso, chicas! —digo con felicidad.

Me ha costado admitirlo, pero este es mi sitio, donde quiero estar y de donde nunca debí marcharme.

Por la noche...

Tengo un *dejá vú*. Volvemos a salir a cenar. Eso sí, no al mismo lugar, ya que parece que nos hemos hecho mayores y aquellos restaurantes que disfrutamos en nuestra adolescencia han

cerrado. Una copa en la playa, bailes, risas, y... él caminando descalzo por la playa, como un espejismo, puedo verlo sonreír conforme se acerca hasta donde estoy. Al llegar a mi altura, me contempla, pasa mi pelo por detrás de la oreja y me dice:

—Para que el viaje fuera igual, el chico tenía que aparecer también. Con la diferencia de que este ya no se esconde y quiere gritarle a todo el mundo lo mucho que te quiere, Chelsea. —Mi corazón se acelera a un velocidad que incluso a mí me da miedo. Sus palabras, y cada uno de sus gestos, hacen que recuerde a la Chelsea que se moría de amor por ese chico de la chupa de cuero de años atrás. Aquel que con solo mirarme conseguía que me derritiera, y ahora sigue siendo igual.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que te tocaba trabajar en el periódico este fin de semana.

—Me debían un par de favores. ¿Crees que iba a perder la oportunidad de estar contigo de nuevo en esta playa? —Se acerca despacio a mi oído—. Además, tú y yo tenemos algo pendiente desde hace tiempo, ¿no? —Me eriza la piel con sus palabras porque sé muy bien a lo que se refiere con eso. Hace que me sonroje. Él vuelve a mirarme y me guiña un ojo.

—¿Tendremos que escaparnos una vez más a la playa?

—Al parecer tus amigas saben lo que tenemos, ¿por qué esconderse?

—Porque quiero volver a ese lugar donde un día me hiciste el amor. —Mi frase lo deja sin palabras.

Moja sus labios con la lengua en un gesto terriblemente sexi que hace que la imagen de nosotros dos no desaparezca de mi mente ni un solo segundo.

—Yo también me muero de ganas. —Y, con un beso muy salvaje, provoca que mis ansias de estar con él aumenten por momentos. Ha sido demasiado tiempo sin sentirlo, aunque sí añorándolo. Y de esa manera, olvidándonos de todo lo que está a nuestro alrededor, nos cogemos de la mano, paseando por esta playa a la que no había vuelto, sintiendo los mismos nervios que aquella adolescente que se enamoró del hermano de su mejor amiga.

Nos sentamos en la arena, él recoge mi pelo detrás de la oreja, sin dejar de mirarme un instante, con sus ojos brillantes clavados en los míos, y una sonrisa eterna.

Ahora son mis manos las que acarician su rostro delicadamente, dejándonos llevar por el contacto de ambos. Él roza mi cuello con sus dedos en un gesto muy sensual, cojo aire mientras continúo bajando por su torso, su ombligo..., hasta llegar a la abertura de su pantalón. Introduzco mi mano dentro de su *boxer* y comienzo a tocarlo sin control. Él suelta un gemido, pero no me pide que pare, y yo persisto, acelerando mis movimientos. Su boca recorre mi cuello de manera salvaje, haciéndome explotar de pasión. Se deshace de mi falda, a la vez que besa mis labios con fervor.

—No imaginas cuánto necesitaba esto, cariño. Llevo años esperando tu regreso, soñando que volvíamos a vivir este momento y, ahora que estamos aquí..., estoy nervioso. Aquel adolescente seguro de sí mismo ha pasado a ser un tipo asustado por tener a la persona que quiere delante de él de nuevo. —Sus palabras me hacen sonreír. Beso sus labios una y otra vez, disfrutando de este instante tan nuestro, porque realmente es lo que deseo.

Matt me tumba delicadamente en la arena sin dejar de besarme, desliza los tirantes de mi camiseta, metiendo sus manos y rozando mis pechos con ellas, el deseo recorre mi cuerpo, disfrutando de cada una de sus caricias.

Saca un preservativo de su bolsillo, se deshace de su pantalón y se desliza dentro de mí, fuerte, sin darme tiempo a reaccionar, pero disfruto con cada uno de nuestros movimientos, empujando con fuerza para que no pare el ritmo, besándonos casi sin aliento y llegando al clímax más delicioso que había experimentado en mi vida.

Ya no somos aquellos inexpertos en el sexo. En este tiempo ambos hemos disfrutado de nuestra sexualidad, yo lo he hecho tanto sola como acompañada y, aunque no me he sentido nunca insatisfecha con ninguna de mis parejas, con Matt es algo especial, no es solo sexo, es sexo con sentimientos, con amor... Todo eso que no me había permitido volver a sentir.

Después de un buen rato de desenfreno entre los dos, nos quedamos embobados, abrazados y mirando al mar.

—¿En qué piensas? —me pregunta él interesado.

—En cómo te puede cambiar la vida en tan solo un segundo. Nunca me imaginé regresar aquí o por lo menos no de esta manera. ¿Pensaste en algún momento que volvería?

—Lo he soñado cada día desde que te marchaste, pero con el paso del tiempo perdí la ilusión de que eso sucediera. Cuando desapareció esa pequeña esperanza, el antiguo Matt también se fue con ella y comencé a entrar en un mundo muy peligroso del que, por suerte, pude salir. —Un escalofrío recorre mi cuerpo al escuchar sus palabras—. Hay una parte oscura en mi vida, Chelsea. Esa que trato de olvidar, pero que siempre me atormenta. —Le acaricio el hombro en un gesto de cariño.

—¿Quieres contármelo? —Él asiente antes de continuar.

—Cuando te marchaste, te busqué por todas partes, lo hice durante meses, sin embargo, la respuesta siempre fue la misma. Con el paso de los días, comencé a desesperarme. Me sentía perdido y, a pesar de que había empezado la universidad y en cierta medida una vida nueva, tu recuerdo me perturbaba día y noche. Nadie me decía nada de ti. Llegué a pensar que las chicas sabían dónde estabas, pero no querían decirme nada.

»Empecé a juntarme con malas compañías, salíamos todas las noches, bebíamos, llegábamos tarde... Tu hermano no quería saber nada de mí y eso, sumado a tu partida, se había convertido en un verdadero infierno para mí, Chelsea.

»¿Sabes? Todo el mundo cree que cuando te juntas con mala gente acabas siendo igual que ellos, y la realidad es que uno decide si quiere seguir ese camino. Yo, en ese momento, solo me dejé llevar. Equivocadamente, eso es cierto, pero lo hice.

»El alcohol y la hierba ya no eran suficiente para nosotros y decidimos tocar un mundo muy peligroso, uno en el que nunca, jamás, debí entrar, porque ese fue el principio de mis problemas y por el que hoy, sin duda, pago una condena. —Sus palabras me dejan sin aliento. Sigo escuchándolo con atención—: Empecé a jugar con las drogas. De repente, ese mundo se abrió para mí. Al principio consumía solo los fines de semana. Nos pasamos de viernes a domingo de fiesta, sin apenas descansar. Todo aquello me hacía olvidarme de ti, de tu hermano, de todos los problemas que me perseguían, sin saber que el peor estaba aún por llegar.

»Una noche, en un bar, conocí a... —dice y le tiembla la voz—, a la madre de mi hijo. —Sé que evita pronunciar su nombre—. Era una mujer muy atractiva, además de simpática. Enseguida entablamos conversación y tonteamos. Me gustaba, no voy a negarlo, pero yo no estaba preparado para una relación que fuera más allá de una cama. Era demasiado para mí. La realidad es que, cuando no estaba bajo el efecto de las drogas, tú ocupabas cada uno de mis pensamientos.

»Ella siempre quiso más, sin importarle lo que habíamos hablado. Cuando me enteré de que estaba embarazada mi mundo se vino abajo. Un hijo no entraba en mis planes. Yo no quería una vida vacía. No estaba enamorado de ella y tampoco lograría estarlo nunca, aun así, sabía que tenía que ocuparme de ellos porque era mi obligación. Eso no fue suficiente, quería más; vivir juntos, casarnos..., una jodida locura, Chelsea, porque yo no podía darle lo que ella anhelaba. Yo no era un hombre para ella porque no estaba enamorado. Solo quería ocuparme de mi hijo, llevarnos bien y ya está. Me manipuló tanto que al final cedí a vivir con ella. Quería dejar las

drogas, pero la situación que vivía con ella no ayudaba en absoluto y, al final, tuve que pedir ayuda a mis padres. En unos meses logré apartarlas de mi vida, aunque siempre alerta porque podía haber alguna recaída y eso era demasiado peligroso.

»Dejé de consumir, Chelsea. En unos meses iba a ser padre y no quería que mi hijo se avergonzara de mí. Volví a ponerme las pilas con la universidad y busqué trabajo para poder mantenerlos.

»Cuando nació Steve, ella seguía presionándome para casarme, también sus padres. La convivencia era insoportable, a pesar de ello, aguanté por él, porque, desde el momento en que supe que sería padre, me juré a mí mismo que daría mi vida por ese niño.

»Después de tres años no pude más y decidí marcharme. Esa fue su arma para separarme de él. Lloré durante muchas noches, culpándome por no ser capaz de formar una familia, por no disfrutar de Steve, pero no quería que viviera así; con sus padres discutiendo todo el día.

»Pensé que haríamos las cosas civilizadamente, sin embargo, ella interpuso una demanda alegando que me había marchado de casa, que la maltrataba psicológicamente y también físicamente. Una mentira. Sí, nos chillábamos en cada una de las discusiones, no obstante, jamás le falté al respeto de esa manera. —Veo cómo los ojos de Matt se llenan de lágrimas. Puedo ver el dolor que le produce recordar todo aquello.

»Fundamentó que yo consumía alcohol y cocaína y se encargó de presentar testigos. Todo fue una completa locura. Me dejaban verlo los fines de semana, pero, de la noche a la mañana, ella presentó un escrito en el que decía que mi hijo me tenía miedo y que yo consumía delante de él. Otro embuste. Te juro que no volví a probar nada, ni siquiera el alcohol. Dejé esa etapa apartada de mí, aun así, le fue muy fácil que todo el mundo la creyera, Chelsea. Ella era la indefensa, la mujer abandonada por un cocainómano incapaz de cuidar de una familia.

»Han sido los peores años de mi vida. He luchado con uñas y dientes por volver a ver a mi hijo, pero he perdido la batalla. No sé qué cantidad de mentiras le habrá contado su madre sobre mí. Me gustaría tener una charla con él para explicarle que las cosas no son así. Aunque no deseo ponerlo en contra de su madre, sí necesito que entienda que yo siempre he querido tenerlo al lado. —Dos lágrimas caen por mis mejillas. La historia de Matt me produce un profundo dolor, y lo peor de todo es que sé, como abogada, que no será fácil recuperar a su hijo. No después de esto que me ha contado. Sin embargo, lucharé porque él vuelva a ser feliz al lado de su hijo porque nadie se merece que lo calumnien de esa manera y estar apartado de la persona que más quiere.

—Siento mucho por lo que has tenido que pasar. De algún modo, también me siento responsable de ello. Si no me hubiera marchado de esa manera, quizás tú hubieras...

Me corta al instante:

—Ni se te ocurra seguir con eso, ¿me oyes? Esto no es culpa tuya. Yo decidí meterme en ese mundo de mierda que solo me trajo problemas. —No puedo evitar sentir tristeza al escuchar su historia. Jamás imaginé que él estuviera pasando por algo así. Ahora me puede la congoja al verlo de esta manera.

—Te prometo que haré todo lo posible porque recuperes a tu hijo, aunque tengo que ser sincera contigo. Por lo que me has expuesto puedo decirte que no será fácil ganar, pero me dejaré la piel para conseguirlo.

—Te agradezco que seas sincera conmigo. Hace tiempo que perdí la esperanza, Chelsea. Sé que con mi historial ella lo tiene todo más sencillo.

—No es imposible, ¿me oyes? El proceso será más largo, pero pocos casos se me resisten. —Me mira y sonrío con picardía.

—Confío en ti. Desde que te comenté lo que me ocurría te has dejado la piel por ayudarme. No imaginas lo que eso significa para mí.

—Eres..., bueno, éramos amigos y, además, cuando se trata de trabajo, peleo hasta ganar.

—¡Vaya! Interesante eso que dices... Éramos amigos, ¿y ahora qué somos? —Una sonrisa burlona se instala de nuevo en su rostro.

—Tendremos que definir lo nuestro.

—Ya sabes lo que siento por ti. Quiero estar a tu lado, dejar de perder el tiempo de una vez. Diecisiete años es demasiado, ¿no crees?

—Sí. Es hora de arreglar lo nuestro, aunque... yo no puedo venirme a vivir aquí, Matt. No a corto plazo. Tengo mi trabajo allí y necesito solucionar la situación en Georgia para poder volver a San Francisco. No sé el tiempo que me tomará.

—¿Y entonces? ¿Cuánto estaremos así? No quiero separarme de ti, Chelsea. No después de que te he recuperado.

—Encontraremos una solución, te lo prometo.

Acaricio su cara y apoyo mi cabeza sobre su hombro. Él besa mi pelo mientras ambos contemplamos el mar. De nuevo en esta playa, juntos, con esa sensación de tener mariposas en el estómago y saber que estoy enamorada, que estoy justo donde quiero estar.

Jugando con el destino

Disfruto del fin de semana en Santa Bárbara. No solo con Matt, también con mis amigas. Cada una tiene su vida y va a resultar difícil volver a sacar un fin de semana para reunirnos de nuevo.

Aprovechamos cada instante en la playa paseando, bañándonos, perdiéndonos mientras vemos el atardecer.

Una manera brillante para desconectar y recargar pilas.

La vuelta es mucho más complicada. El martes, Jerard se presenta en San Francisco mientras Matt y yo repasamos algunos puntos de su caso y tomamos un refresco entre sonrisas. Jerard carraspea. Levanto la vista, poniéndome de pie desde que lo veo. Me acerco, lo abrazo, y él sonrío.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Necesito que hablemos de algunas cosas y parece imposible ponerse en contacto contigo —lo dice en tono serio. Matt nos mira intrigado. Aprovecho la ocasión para presentarlos.

—Ven, quiero que conozcas a alguien. Jerard, este es Matt, el chico del que te hablé en Georgia. Matt, él es Jerard, mi socio y también amigo. —Se estrechan la mano con una sonrisa.

—Encantado. He oído hablar mucho de ti —añade Jerard—. ¿Te importa si te robo a Chelsea unos minutos?

—¡Claro! No hay ningún problema. Iré dentro a ver a tu madre. —Cuando Matt se marcha, Jerard se sienta, y yo hago lo mismo. Su cara se ha vuelto seria.

—¿Qué ocurre? Tú no estás aquí por casualidad.

—Por supuesto que no, Chelsea. Desde que murió tu padre las cosas han cambiado. He tratado de entender que necesitas tiempo para asimilar su pérdida, estar con tu madre..., pero te necesito en Georgia, Chelsea. Hay demasiado trabajo y no puedo encargarme de todo. Sé que desde aquí haces lo que puedes, de eso no me cabe la menor duda, sin embargo, hay demasiadas cosas por resolver todavía.

»El caso del cliente de Nueva York se está complicando, y sabes que solo quiere que lo soluciones tú. No pretendo meterte presión, sé muy bien por lo que estás pasando, pero..., no sé, estoy convencido de que hay algo más detrás de todo esto. Siempre has sido sincera conmigo. — Jerard me conoce muy bien. No solo por el tiempo que hemos pasado trabajando juntos, también todo el que llevamos siendo amigos.

—Hay algunas novedades desde que estoy aquí. Me he dado una oportunidad con Matt y necesito que las cosas entre nosotros funcionen, para eso tengo que volver aquí, Jerard. Sé que es un cambio muy brusco y ni siquiera sé cómo lo voy a hacer, no obstante, siento que es lo correcto.

—¿Hablas en serio? No puedo creer que vayas a tirar por la borda años de trabajo por un amor adolescente —vocifera y comienza a tocarse el pelo nervioso.

—Jerard no es ningún amor adolescente. Tú, mejor que nadie, conoce la historia. En este momento me he dado cuenta de lo equivocada que he estado y quiero rectificar. No digo que no vaya a volver más a Georgia, solo que quiero empezar a preparar todo para regresar aquí.

—¡Perfecto! ¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿Te has olvidado de que tienes un socio? No puedes tomar las decisiones tú sola, Chelsea. Ambos estamos juntos en esto. ¿Dónde quedo yo? Emprendimos este sueño juntos.

—Jerard, no voy a dejarte solo, simplemente quiero encontrar la solución más acertada.

Déjame un poco de tiempo para averiguar cuál es la mejor decisión para ambos.

—¿Vas a dejar Georgia para siempre? —Su tono es más pausado, con algo de tristeza.

—En algún momento, sí. Necesito estar aquí, pero te prometo que no voy a dejarte tirado. Sabes que no es mi estilo.

—¿De verdad estás enamorada de ese chico? —pregunta con tristeza.

—No he dejado de estarlo nunca, Jerard. Solo que no era capaz de verlo.

—Yo pensé que algún día tú y yo...

—Sabes que fui clara contigo. El amor no entraba en mis planes. Lo hemos pasado bien juntos, pero... —El acaricia mi hombro con cariño.

—Espero que seas muy feliz, Chelsea. Te lo mereces.

—¿Quedamos esta noche para cenar?

—No. Me marcho en unas horas. Solo venía a ver cómo estaban las cosas y a decirte lo de Nueva York.

—Regresaré esta semana para solucionar todo eso. Gracias por venir. Siento mucho...

No me deja continuar. Se levanta de la silla, roza mi mejilla con ternura, dejando un beso en ella.

—Todo está bien. No te preocupes. Siento haberme puesto así.

—No tengo intención de dejarte tirado. Créeme, por favor. Además de socios, también somos amigos.

—Nos vemos pronto, Chelsea. —Jerard se marcha dejándome con una sensación de vacío.

Es cierto, no puedo dejarlo tirado. Es mi socio. Tengo que encontrar una solución que sea satisfactoria para los dos, aunque, ahora mismo, no soy capaz de dar con ella.

Prefiero no contarle a Matt nada sobre el tema. No me apetece preocuparlo con esto, al menos por el momento, porque sé que es algo que le inquieta.

Durante días recapacito sobre una medida que sea efectiva y fácil para todos, pero la realidad es que no existe. Es complicado romper con un trabajo y un socio de años, al igual que también lo es dejar aquí de nuevo a mi familia y a Matt después de haberlo arreglado todo.

El jueves cojo un vuelo a Georgia y esta vez, por desgracia, no tengo fecha de regreso.

Lo primero que tengo que hacer es resolver el tema del cliente de Nueva York y después los demás pendientes, aunque no solo es eso, también es encontrar una solución para Jerard y para mí.

La despedida con Matt ha sido terrorífica. Lo he pasado fatal cuando me ha acompañado al aeropuerto. He sentido la misma tristeza que cuando me marché la primera vez, y lo peor es que no sé cómo gestionarlo.

A pesar de que quiero hacer las cosas bien, siento que soy incapaz. No puedo volver a fallar.

La incertidumbre y la tristeza se apoderan de mí. Cada minuto que paso alejada de San Francisco es un nuevo pinchazo en mi corazón. Algo que no me había pasado hasta el momento. Pero, claro, ahora sé cosas que antes no sabía.

El sábado hago una videollamada con las chicas porque necesito consejo.

Trato de tomar una decisión lo antes posible que no nos afecte demasiado a ninguno, lo cual, para ser realista, no podrá ser, en el fondo sé que en esta historia alguien saldrá malparado.

Mis amigas tratan de animarme, aunque resulta difícil después de todo. Me vuelco en el trabajo, tanto en los casos pendientes como en el de Matt. Ya tenemos cita con el juez para dentro de quince días, pero todavía no he tenido la oportunidad de decírselo.

Decido llamarlo. Me hace falta oír su voz.

—Hola. No quería llamarte por si estabas ocupada —responde.

—Estaba en el despacho, como de costumbre. Tengo bastante trabajo atrasado y tengo que ponerme al día antes de volver.

—¿Será definitiva la vuelta? —Su pregunta me pone tensa porque, por el momento, sigo sin tener respuesta. Sé que mi silencio lo pone en alerta—. Chelsea, te fuiste de aquí con una actitud muy rara y sé que ocurre algo. Quiero que nuestra relación se base en la confianza. No quiero más malos entendidos entre nosotros.

—No sé si podré volver a San Francisco. No puedo dejar a Jerard tirado. Esto es un negocio de años. No resulta tan fácil irse de aquí sin mirar atrás, Matt.

—No he dicho que lo fuera, pero tampoco quiero vivir más tiempo alejado de ti. En algún momento tendrás que volver, vivir juntos, formar una familia... —La palabra «familia» retumba en mi cabeza.

Sí, vale, es Matt, a pesar de eso, yo sigo pensando lo mismo de ese tema: no me veo capaz de realizar todo lo que me propone. Quizás he tenido el pensamiento solo de trabajo en mi cabeza por muchos años, sin embargo, no me planteo nada de lo que él me está diciendo en este instante.

—No he dicho que no vaya a volver, solo que necesito tiempo para poder gestionarlo bien, nada más. Cambiando de tema, tenemos cita en quince días con el juez para el tema de tu hijo. Quiero que te prepares muy bien y que vayas convencido de todo. Lo haremos juntos. No sé si podré regresar antes para tratarlo, de no ser así, tampoco te preocupes, lo prepararemos de alguna manera.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —Puedo notar su nerviosismo.

—Me enteré ayer a última hora. No tienes de qué preocuparte. Todo va a salir genial. Nos admitieron el recurso y eso es muy buena señal. Las cosas empezarán a ir bien, te lo prometo.

—Gracias, Chelsea. Sin tu ayuda no hubiera sido posible. Llevo tantos años esperando este momento que ahora...

—Tienes que estar preparado. No es un proceso fácil, pero estás en buenas manos. Me dejaré la piel para que vuelvas a tener a tu hijo.

—Le agradezco al destino que te pusiera de nuevo en mi camino. Te quiero.

—Yo también. Ahora tengo que colgar, voy a cocinar algo de cena. Necesito descansar un rato.

—Cuídate, por favor. Te echo de menos. —Sonrío, aunque no pueda verme.

Esa noche soy incapaz de pegar ojo. Pensando en todos los problemas que tengo con el trabajo, el volver a San Francisco y, por último, lo que me ha dicho Matt de la familia. ¿Cómo puedo decirle que yo no me planteo tener hijos ni siquiera a largo plazo?

Sí, me gustan los niños, sin embargo, no imagino mi casa llena de criaturas. ¿Seré una mala persona por pensar así?

No puedo dejar de darle vueltas a Matt y a cómo plantearle todo esto que ahora tengo en la cabeza.

No quiero hacerle daño. Él parecía muy ilusionado con el tema.

Lo siento

El viaje a Nueva York resulta ser un éxito, mis casos siguen avanzando, y Jerard parece contento con mi presencia, mucho más relajado que días atrás.

Yo también vuelvo a sentirme bien desde que estoy aquí. He cogido de nuevo el ritmo y, aunque, como siempre, vivo al límite, me siento satisfecha de que todo esté avanzando.

Tan solo quedan tres días para el juicio de Matt. Hemos estado repasando cada uno de los puntos y yo diría que está algo más tranquilo. Sé que confía en mí.

Todavía no he sido capaz de contarle que iré para el juicio, pero que al día siguiente tengo que estar de vuelta en Georgia. No quiero alterarle. Lo necesito sereno para lo que nos espera en el juzgado.

Las que sí lo saben son las chicas, que no he dejado de atormentarlas con llamadas y mensajes todos estos días. Les conté la idea que tenía Matt, y ellas me repiten una y otra vez que solo estoy asustada por la situación. ¿De qué se supone que tengo miedo? Desde siempre he tenido claro que no quería familia. Es verdad que en todo momento he pensado que era porque no estaba enamorada para planteármelo, pero sí lo estoy de Matt y no veo mi vida así. ¿Por qué no dejo de sentirme culpable por ello?

No todos tenemos el mismo concepto de vida.

Odio tener esta sensación y, sobre todo, no poder comentarlo con Matt por miedo a hacerle daño.

Arizona me ha pedido que sea sincera con su hermano, ya que él ha sufrido mucho con el tema de su hijo, y no quiere que se haga falsas ilusiones por pensar que nosotros a corto plazo formaremos esa familia que él tanto anhela.

Tiene toda la razón. Lo mejor es ser sinceros, porque eso nos prometimos cuando comenzamos de nuevo y no puedo defraudarlo de esa manera. Es demasiado bueno conmigo. No se lo merece.

En cuanto a la decisión de regresar a San Francisco, por ahora parece inviable. El trabajo ha aumentado, y Jerard no puede ocuparse de todo. El volver tendrá que esperar, aunque es imposible saber por cuánto tiempo.

El temido momento llega y, a pesar de que Matt me recibe con una enorme sonrisa, un abrazo y mil besos, yo estoy un tanto fría con él. Tenemos demasiados temas pendientes, ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Preparado para lo que viene? —pregunto con una sonrisa que no es del todo sincera.

—A tu lado me siento más fuerte.

Hacemos el camino hasta el juzgado en silencio. Yo pensando en todo lo que sucederá, y él... preocupado. Puedo verlo en su cara. Es el primer paso en este proceso, porque todo lo anterior no cuenta.

Al entrar, acaricio su mano con ternura, está nervioso y angustiado, sin embargo, trato de darle una pizca de tranquilidad, que sepa que estoy a su lado, que no está solo.

La madre de su hijo, Sharon, se encuentra sentada junto a su abogado cuando accedemos a la sala, con unas gafas que tapan su rostro, aunque en una milésima de segundo puedo ver cómo mira a Matt. Llena de odio, uno que no entiendo. ¿Acaso se puede retener a alguien cuando esa persona no te quiere a ti? Tampoco entiendo cómo la gente juega con los hijos de esa manera. Deberían ser más conscientes del daño que pueden causarle a esas criaturas.

Les llaman a ambos a declarar. Ella juega su papel de víctima, alegando las adicciones de

Matt y un maltrato del que nunca ha habido denuncia, del que asegura que tiene testigos de ello.

Cuando es el turno de Matt, expone la situación con claridad, sin nada de nerviosismo, algo muy a nuestro favor.

El juez nos comunica que valorará tantos los testimonios como las pruebas presentadas por los abogados y que en el plazo de una semana se pondrá en contacto con ambos para saber cuál será el siguiente paso.

En la puerta, antes de irnos, Sharon se dirige con desprecio hacia Matt.

—Nunca lo recuperarás, me encargaré de ello, aunque me lleve la vida. Steve no te quiere y jamás lo hará. Fuiste y serás siempre un padre nefasto, y nunca te perdonará que lo abandonaras.

—Sabes que eso no fue así. Siempre he querido ver a mi hijo, pero tú no me lo has puesto fácil. ¿Crees que tú eres mejor madre contándole mentiras? Tarde o temprano se dará cuenta de lo que has estado haciendo, Sharon, cuando eso suceda, él mismo volverá a mí. Lo perderás para siempre.

—Te odio, Matt, y mi hijo también lo hará, te lo aseguro.

Ella se marcha como alma que lleva el diablo, dejando a Matt abatido. Acaricio su hombro.

—¡Vámonos! Te invito a comer.

—No tengo hambre, Chelsea.

—Esa no es la actitud. ¡Andando!

Comemos en un restaurante cerca del juzgado.

Matt permanece callado, mueve el tenedor de un lado a otro, pero sin llevarse ni una pizca de comida a la boca.

—Las cosas no han salido mal. Tu exposición ha sido magnífica. No has estado nervioso, eso es algo que se valora mucho. No puedes tirar la toalla por lo que esa mujer te ha dicho. Solo son palabras.

—Esas mismas palabras han impedido que pueda ver a mi hijo en todos estos años. ¿Cómo crees que me siento? Sé muy bien que ella siempre ganará. No quiero hacerte perder el tiempo, Chelsea.

—¡No digas tonterías, por favor! Es mi trabajo. Olvídate de que somos algo más. Para el caso somos cliente y abogada.

—Hablando de eso... ¿Has decidido ya cuándo regresas? —Tomo un sorbo de agua. Llegó el momento de ser sincera.

—Las cosas no están siendo fáciles. No creo que pueda volver a corto plazo. Hay demasiado trabajo y, por más que he buscado una solución, no he conseguido encontrarla.

—¿Me estás diciendo que no vas a regresar?

—No, yo no he dicho eso. Simplemente, que ahora no es posible.

—¿Y qué hay de nuestros planes de futuro? ¿Tampoco serán a corto plazo? —Clava la vista en mí, y decido que, ya que me estoy sincerando, tengo que terminar de aclararle todo eso en lo que no coincidimos.

—Matt, yo... también quería que habláramos de eso. Mi vida, desde que me marché de aquí, ha estado entregada al trabajo, ya te dije que era mi vía de escape. He disfrutado del sexo y de la compañía de hombres, pero no le he dado tregua al amor, ni siquiera en mis pensamientos. Nunca me he planteado ese concepto que tú ves como familia.

»Sí, te quiero, estoy enamorada de ti, aun así..., no me veo casándome ni tampoco con niños. Y no te estoy hablando a corto plazo, lo que digo es que no me lo planteo en un futuro. —Matt parece impactado por mis palabras, coge su copa de agua y se la bebe del tirón—. Me encantaría decirte que quiero todo eso que tú deseas, sin embargo, no es así.

—¿Quieres decir que no tienes planes de futuro para nosotros?

—Sí, claro que los tengo, solo que son muy diferentes a los tuyos. No creo en el matrimonio. Sí, quizá con dieciocho años pensara en una boda a lo grande, una casa con jardín, un perro y dos o tres niños correteando por todas partes, pero la Chelsea del presente no se ve de esa manera.

—¡Genial! La Chelsea de ahora se ve en Georgia sumergida en un trabajo que no la hace feliz, manteniendo una relación a distancia y olvidándose de nuevo de la gente que la quiere. — Sus palabras me hieren. Aunque sé que está dolido, eso no le da derecho a hablarme de esa manera.

—Lo siento, Matt, esta es mi forma de ver la vida.

—Por lo que se ve, muy distinta a la mía. ¡Muy bien, Chelsea! Entonces está claro que esto solo tiene una solución. —El corazón se me para por unos segundos. «No lo digas, por favor, no lo hagas o volverás a partirlo en mil pedazos»—. Será mejor que cada uno siga su camino. No quiero estar con alguien que solo ve en su futuro trabajo, trabajo y trabajo, sin importarle los sentimientos de los demás.

—¡Vamos, Matt! Todo esto es porque no quiero tener hijos. Sé que para ti es importante, pero no puedo tenerlos solo porque a ti te hace feliz, sin importar lo que yo desee.

—No me conoces en absoluto, Chelsea. Puedo entender que no quieras tener hijos. Lo que no entiendo es que, después de lo que hemos pasado por estar juntos y el tiempo que hemos perdido, que nuestra relación no sea tu prioridad, sino que lo sea el trabajo.

—Te he dicho que voy a volver, solo que me llevará un tiempo. —Matt se levanta de la mesa y clava su mirada penetrante en mí.

—No lo vas a hacer. ¿Y sabes por qué? Porque cuando alguien quiere romper con todo lo hace sin importarle nada más. Yo hubiera dejado mi trabajo por ti. Es más, iba a proponerte elirme allí unos meses, buscar un trabajo cerca de ti, pero...

—Matt eso es... —Eso es demasiado. Y yo soy una completa idiota.

—Eso es lo que uno hace cuando está enamorado y no le importa dejar todo atrás por la persona a la que ama. Te he esperado durante diecisiete años, Chelsea, pero no puedo seguir haciéndolo. Se acabó. —Se marcha dejándome con una profunda tristeza, recordando cada una de las palabras que me ha dicho y sintiéndome como la peor de las personas.

Las lágrimas inundan mis ojos, pero no me lastiman más que el dolor que en este momento siento en mi corazón, porque sé que he perdido al hombre que quería. Por segunda vez.

Dos idiotas

Regreso a Georgia con la sensación de haber hecho todo mal. Traté de hablar con Matt antes de marcharme, pero no me cogió el teléfono.

¿Por qué no es capaz de entenderme? Ni tan siquiera ha tratado de ponerse en mi lugar.

«Eso es lo que uno hace cuando está enamorado y no le importa dejar todo atrás por la persona a la que ama. Te he esperado durante diecisiete años, Chelsea, pero no puedo seguir haciéndolo. Se acabó», sus palabras resuenan en mi cabeza sin parar.

¡Cómo he podido ser tan idiota! He tratado de satisfacer a todo el mundo, no hacer daño a la gente que quiero, lo cual a veces es imposible. Alguien tiene que salir herido, aunque no sea a propósito.

Yo ya he tomado mi decisión. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Al día siguiente, vuelvo a llamar a Matt, pero sigo sin obtener respuesta, también lo hago con Arizona, que me dice que no sabe nada de él, que no me preocupe, que se le pasará. Algo difícil de creer.

Esa misma noche, quedo con Jerard en mi apartamento para que conozca mi decisión y, tras una cena animada, le cuento todo lo que he pensado.

—Sé que te prometí no hacerlo, aun así, voy a marcharme. Necesito que lo mío con Matt funcione y para que eso suceda tengo que trasladarme a San Francisco. Una relación a distancia no entra en mis planes, no funcionaría. Tenía que haber tomado esta decisión desde el principio. He tratado que nadie salga perjudicado con mi decisión, sin embargo, resulta imposible, Jerard, lo siento.

»Puedo llevar algunos casos desde allí, pero mi idea es que te quedes con mi parte y empezar de cero en San Francisco.

—¿Estás loca, Chelsea? ¿Empezar de cero? Tú ya tienes un negocio, no puedes empezar de cero y tampoco voy a permitir que lo hagas.

»Desde que me dijiste eso no he dejado de darle vueltas al tema. Sabía que tarde o temprano te marcharías porque el amor lo puede todo, incluso en personas como tú, Chelsea, que solo ven trabajo.

»La manera que tienes de hablar de Matt, está claro que vuestra historia no es para unos meses. No quiero contribuir a que os alejéis el uno del otro, así que... he hablado con unos amigos de San Francisco y me han encontrado un despacho a buen precio. Por supuesto sería alquilado, pero puede que con el tiempo podamos comprarlo. Yo llevaré los casos de aquí, y tú gestionarás alguno y trataremos de hacer nuevos clientes.

»No te prometo que no tengas que viajar alguna vez, sin embargo, podrás vivir en San Francisco sin problemas. —Una sonrisa se dibuja en mi cara. Adoro a este hombre. Por alguna razón la vida lo puso en mi camino y espero que siga estando por muchos años. Él también me sonrío y me estrecha entre sus brazos.

—Siempre le encuentras la solución a todo.

—Es cierto, y tú también, lo que pasa es que cuando se trata de sentimientos resulta más complicado. Deseo que seas muy feliz, de verdad. Te lo mereces. Lleváis muchos años esperando vuestro momento. Me alegro de que por fin haya llegado.

—Ojalá no sea demasiado tarde.

—¿Por qué dices eso?

—Está muy enfadado y quiso acabar con lo nuestro. Hace dos días que no me coge el

teléfono. No quiero pensar que de nuevo lo he perdido. —Dos lágrimas escapan de mis ojos, y Jerard me acurruca entre sus brazos haciéndome sentir más tranquila.

—Deja de decir tonterías. Si es porque has vuelto aquí, en cuanto sepa que tu plan es regresar, verás que todo cambia entre vosotros.

—¿Tú crees?

—¡Por supuesto que sí! ¡Venga, ponme una copa de esas que te salen tan bien! —Vuelve a hacerme sonreír.

—Enseguida.

Me dirijo a la cocina y saco las copas y todo lo que necesito. Cuando estoy a punto de acabar, alguien llama a la puerta. Le pido a Jerard que abra.

—Chelsea, deberías salir —lo dice en tono serio.

Cuando me acerco a la puerta me encuentro con Matt. Me sorprendo al verlo. Ambos nos quedamos mirándonos sin decir ni una palabra. Su cara es de cansancio, pero también de desconcierto.

—Yo me marcho. Mañana seguimos hablando. Hasta luego, Matt. —Jerard sale del apartamento, y Matt sigue ahí parado en la puerta.

—¿No vas a pasar? —Clava su vista fijamente en mí, parece que va a hacerlo, pero retrocede.

—Lo siento. Ha sido un error venir.

Cojo su brazo y le pido:

—Quédate, por favor. Necesitamos hablar. —Accede a entrar—. ¿Quieres tomar algo?

—Un poco de agua.

Me dirijo a la cocina mientras él se sienta en el sofá observando la que durante años ha sido mi casa. Vuelvo a su lado.

—No es lo que crees. Me refiero a lo de Jerard. Ha venido a cenar porque quería hablar conmigo.

—No tienes que darme explicaciones, Chelsea, no pasa nada.

—Quiero hacerlo. Entre él y yo había sexo, buenos ratos y una bonita amistad, pero desde que regresé a San Francisco no ha vuelto a suceder nada entre nosotros.

»A pesar de que no me crees, me importas mucho. Sé que no he estado a la altura, sin embargo, quiero que eso cambie. Desde que tuvimos aquella charla no he podido pensar en otra cosa. Tenías toda la razón: ha pasado mucho tiempo como para perderlo de nuevo. Nuestras vidas por supuesto que no son las que eran, ambos las tenemos patas arriba, debemos relocalizarlas, hagámoslo juntos, Matt.

—No necesito que cambies tu vida por mí. Estaba cabreado porque no entendía cómo, después de todo, no podías verme como una prioridad. Chelsea, no creo en las relaciones a distancia. Sé que no funcionan. Es posible que al principio lo hagan, pero tarde o temprano todo eso se acaba. Prefiero que seas sincera conmigo, que me digas que prefieres la vida que tienes en este instante. —Su tono es serio, aunque sé que sus palabras guardan una profunda tristeza.

—Matt, es lo que trato de explicarte. Mi vida ya no está aquí. Está contigo en San Francisco, de donde nunca debí marcharme. Quiero luchar por lo nuestro. Jerard ya sabía que iba a marcharme, y él mismo me ha dado una solución porque me conoce muy bien. Montaremos un despacho en San Francisco. Yo llevaré los casos de allí, y él seguirá ocupándose de todo lo que ocurra por aquí, aunque en ciertos momentos tendré que viajar, solo será de forma puntual. —Una sonrisa se dibuja en su rostro, dándome esa respuesta que tanto necesitaba. Lo abrazo con fuerza, sumergiéndome en el aroma de su piel, mientras acaricia mi pelo con delicadeza. Nuestras miradas se juntan.

»Te quiero. Perdóname por todo lo que nunca te dije —añado con pesar.

—Olvídate del pasado. Estamos aquí, juntos. Eso es lo único importante ahora.

Una suave caricia recorre mi mejilla haciéndome estremecer. Sus labios se unen a los míos en un beso cargado de amor, que poco a poco se transforma en deseo. Me tumbo encima de él, deshaciéndome de su camiseta, llenando de besos cada rincón de su cuerpo.

Mi mano se desliza por su pantalón, introduciéndola por el calzoncillo, y su cuerpo estalla de placer. Muerde mi labio y gime en mi boca.

Sus manos tampoco se quedan quietas. Desabrocha la cremallera del vestido, acariciando mi espalda, erizando cada poro de mi piel. Sus besos se han vuelto fuego en mi boca, mientras yo sigo con los movimientos de mi mano, aumentando más y más el ritmo.

Se incorpora, tira mi ropa y me pone a horcajadas ante él. Muerde y besa mi cuello, sintiendo que estoy a un paso de perder la cordura. Desliza su miembro dentro de mí con un movimiento, aumentando el ritmo, gimiendo en mi oído, yo me agarro a su cuello, besándolo como si fuera la última vez que fuera a hacerlo.

Su mirada hambrienta se clava en la mía. Y, sin tiempo para nada más, caigo rendida ante ese deseo, ante las ganas que tenía de volver a estar así con él, solos, disfrutando del sexo, de hacer el amor con la persona que quiero, porque sí, me he acostado con hombres, pero hace diecisiete años que no sentía lo que es hacerlo con la persona que amas.

Matt acaricia mi pelo, y ambos sonreímos como dos idiotas.

—Soy feliz, Chelsea. Más de lo que nunca hubiera imaginado.

—Yo también. Hace años que no tenía esa sensación de libertad, de paz... Es como si todos los problemas se hubieran esfumado de golpe y solo importáramos tú y yo.

»Fue muy difícil regresar, y más cuando sabía que no volvería a ver a mi padre nunca más. Los recuerdos se apoderaron de mí por días y tuve miedo de no poder salir de ahí, de quedarme estancada en un pasado que, aunque traté de enterrar en algún rincón de mi corazón, nunca pude lograrlo.

»Volver a verte solo corroboró que, pese al tiempo, seguía enamorada de ti. Me alegro de tu insistencia, de que todo el mundo haya tratado de abrimme los ojos para comprender que estaba equivocada.

»También a Cady, por esa caja maravillosa que guardo para mí y que me hizo comprender que la felicidad está a tu lado. —Coge mi mano y acaricia mi pelo con dulzura.

—Ella estará muy orgullosa de ti, estoy seguro de eso.

»Siempre quiso que volvieras. Creo que si lo hubieras hecho, te habría convencido de que estabas equivocada. Ella tenía ese poder.

—Fue duro ver cómo se iba, ¿verdad?

—Sí. Yo no pude estar demasiado tiempo con ella, sin embargo, Arizona lloraba cada día, tratando de buscar una solución para que no nos dejara, pero llegó un momento en que ella así lo quería. Necesitaba irse para descansar. —El tono de Matt se vuelve afligido, y yo no puedo evitar que las lágrimas recorran mis mejillas—. No quiero que estés triste. Ella, desde donde esté, seguro que es feliz al vernos juntos.

—Ojalá sea así. La echo mucho de menos. Me hace mucha falta. —Besa mi pelo, acurrucándome entre sus brazos.

—Lo sé. Todos lo hacemos. Ahora solo tienes que pensar en cumplir cada una de las cosas que te dijo. —Pienso en todo lo que contenía esa caja.

—Matt... —Me incorporo y lo miro a los ojos—. Hay un tema del que me gustaría hablar contigo—. Sé que para ti es muy importante y no puedo dejarlo escapar. Desde que me enamoré

de ti siendo una cría, comencé a creer en todos esos cuentos de hadas, de amor, viajes, boda, hijos... Años después, todo eso se desvaneció. Me dediqué a trabajar, a pasar el mayor tiempo sumergida en ello para tener la mente en otra cosa que no fueras tú. Lo conseguí, la verdad. Conocí a gente, charlábamos, cenábamos, salíamos, nos acostábamos, pero no había nada más. Nunca quise involucrarme sentimentalmente con nadie porque no lo vi necesario.

»No añoré ese concepto de familia y siendo sincera, a pesar de estar enamorada de ti, tampoco lo hago ahora, Matt. No es lo que yo quiero para mí.

»Sé que para ti es importante, pero no puedo renunciar a mis principios solo por hacerte feliz, porque, de esa manera, ambos seríamos muy desdichados y acabaríamos haciéndonos mucho daño.

»No quiero engañarte y decirte que dentro de un tiempo mi pensamiento va a cambiar porque eso no va a suceder, Matt. No quiero confundirte. Eres muy importante para mí, sin embargo, entendería que quisieras marcharte con otra persona para cumplir ese sueño que tanto anhelas.

Agacho la cabeza para coger aire y, antes de que pueda continuar, habla:

—No voy a irme a ningún lado. Siento lo duro que fui el otro día. Me sentí mal cuando me di cuenta de que ibas a volver aquí. Pensé que te perdería de nuevo, me pudo la rabia. Entiendo que no quieras formar una familia, y no por eso voy a alejarme de ti. Para mí lo más importante es que estemos juntos. Es cierto que me encantaría que lo hiciéramos, pero no puedo obligarte a que lo desees, cuando eso a ti no te hace feliz.

—No quiero que renuncies a nada, amor. Yo... —Pone los dedos en mis labios—. Escucha, no tienes que seguir con esto. Te entiendo, al igual que te respeto.

»¿Y si dentro de unos años esto nos pasa factura? ¿Si te hago el hombre más desdichado del mundo?

—¡No digas tonterías! Yo anhelaba tener una familia contigo, pero entiendo perfectamente que no quieras. La gente es feliz de esa manera.

—¿Y tú? ¿Lo serás? —pregunto con miedo.

—¡Por supuesto! A tu lado siempre lo seré. De eso estoy convencido. —Se acerca a mí y besa mis labios con dulzura—. Ahora olvídate de ese tema y háblame de los planes que tienes en San Francisco.

Sonríó como una idiota ante su reacción. No es fácil entender que alguien no quiera tener familia, sobre todo, cuando uno lo desea tanto. No quiero que eso sea causa de tristeza para él en unos años.

Esa noche no es la primera que pasamos juntos, sin embargo, sí es la que marca un comienzo, el de una nueva vida, diferente a la que ambos hemos estado viviendo hasta ahora. Llena de amor y de nuevas oportunidades.

Juntos

Después de una conversación con Jerard y dejar todo bien atado por Georgia, incluso de poner en venta mi apartamento, vuelvo a casa. Lo hago cargada de ilusión, no solo porque las cosas entre Matt y yo van viento en popa, también porque he decidido que tengo que empezar a cumplir sueños, y uno de ellos es comprarme una vivienda en Painted Ladies.

Siempre he querido comprarme una casa allí, pero, al no volver, eso se convirtió en un imposible. Ahora, después de ser una hormiguita durante años y ahorrar, he conseguido el dinero para poder cumplir lo que siempre quise.

Me resulta complicado encontrar alguna para comprar por la zona, varios intentos fallidos y todo se resuelve con una llamada a Jerard, que en una hora tiene todo resuelto y una visita concertada para ver el que será mi hogar.

El chico que me la enseña es encantador. Al recorrerla compruebo que está dividida en cuatro plantas.

En la primera, el garaje, en el que no solo se puede meter el coche, con una buena reforma hay un millón de posibilidades, cada una de ellas está en mi cabeza.

Unas largas escaleras nos llevan a la puerta, dentro encontramos un recibidor, justo a la derecha se encuentra el salón con un amplio ventanal, en el que hay una pequeña biblioteca. Un espacio infinito y una chimenea. Ya me imagino sentada frente al fuego, rodeada por los brazos de Matt. La decoración es horrible, pero no me preocupa en absoluto.

Las escaleras son de madera blanca, mediante ellas nos dirigimos a la parte de arriba, donde se sitúan cuatro habitaciones y un baño, al otro lado, unas escaleras que nos conducen a la parte de abajo.

Seguimos subiendo y nos encontramos dos habitaciones más, un baño pequeño y un ventanal con vistas impresionantes. Me quedo embobada mirando, hasta que el chico me pide que continuemos. Bajamos hasta la cocina. En un lado hay una mesa con sillas y justo al otro, todo lo necesario para comer. También están la lavadora y la secadora. Y, al lado, una puerta que da al jardín trasero. Una gran terraza nos abre paso. Está llena de plantas y me sorprende lo bien cuidadas que están. Imagino que hasta hace poco han estado viviendo aquí.

El jardín es fabuloso para reuniones, cenas o simplemente sentarte a contemplar el paisaje.

No le pongo ninguna pega, pero es imposible. Esta es la casa de mis sueños, en la que siempre he querido vivir.

Dos lágrimas escapan por mis ojos al recordar la cantidad de veces que Cady y yo dijimos que cuando fuéramos mayores viviríamos en una de estas todas juntas.

Parece que aquello que era una locura ahora es una realidad.

El chico me habla de la posibilidad de alquiler, sin embargo, yo no quiero, directamente le planteo la opción de compra. En apenas unos minutos nos ponemos de acuerdo, quedamos en que le haré una transferencia y firmamos un contrato como señal.

Ya estoy más cerca de conseguirlo.

Horas más tarde, me presento en el apartamento de Matt, le pillo trabajando, pero se lleva una sorpresa al verme.

—¡No te esperaba! ¿Por qué no me has dicho nada?

—Factor sorpresa. ¿Me invitas a café? Tengo algo que contarte.

—¡Claro! Siéntate. —Lo hago en la silla de la cocina mientras lo observo haciendo café. Se ve realmente sexi—. Te veo muy contenta. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí. Algo que no puedo callarme. —Me tiende la taza y me mira esperando a que le cuente.

—Siempre he tenido un sueño, sin embargo, cuando me marché pensé que nunca lo cumpliría. Quiero comprar una casa en Painted Ladies. Hoy he ido a verla y me he enamorado más si cabe. Es la casa de mi vida, Matt. Solo quería preguntarte si te apetece compartir este sueño conmigo.

—¿En Painted Ladies? —pregunta asombrado—. Esas casas...

—Sí, lo sé. Llevo años ahorrando y mi apartamento de Georgia está en venta. Puedo sacar una buena cantidad que daría de entrada para que la hipoteca fuera muy baja y a poco tiempo.

—Yo...

—Escucha, no te estoy pidiendo que pongas dinero. Sé perfectamente cuál es tu situación, solo quiero saber si quieres aparecer en el contrato de esa casa para que sea nuestra.

—No me sentiría bien si hago eso, Chelsea.

—¿Qué dices? ¡No seas tonto! Ahora mismo estás pagando este apartamento. Ese dinero puedes destinarlo a la casa, Matt. Sé que no es tu sueño vivir allí, pero...

—Está bien.

—¿Qué? —pregunto sorprendida. ¿Me está diciendo que se vendrá a vivir conmigo?

—Que me voy contigo. A donde tú vayas. —Me levanto para abrazarlo con fuerza.

—¡Gracias, gracias, gracias! No imaginas lo importante que es para mí que quieras vivir conmigo, cariño.

—¿Cómo no voy a querer? Bueno, cuéntame todos los detalles.

Le pongo al día de todo lo que ha sucedido en la visita, cómo era la casa, lo que podemos hacer... Él me responde con una sonrisa cargada de felicidad.

Un pasito más para nuestra relación.

Al día siguiente, ambos la visitamos.

Matt se queda mirando cada una de las habitaciones y, aunque no lo dice, sé que piensa que son demasiadas para los dos solos. Por un momento, una imagen de niños correteando por la casa se instala en mi cabeza. Cierro los ojos, pero lo olvido rápidamente. ¿A qué viene esto ahora?

Paso todo el día cabizbaja por ese motivo. No entiendo por qué se me ha pasado eso por la mente. Fui muy clara con él. Yo nunca he tenido esos pensamientos. ¿Será que después de tantos años me ha vuelto el instinto maternal?

Matt me nota rara y me pregunta, pero alego que estoy cansada por el trabajo.

No quiero volver a tocar el tema. Sería injusto para él.

Días después, Jerard me ha gestionado la venta de mi apartamento y en un par de semanas tengo que ir a firmar.

Charlo con él sobre el tema que lleva torturándome durante varios días.

Jerard se ríe de mí porque cree que después de todo la maternidad ha llamado a mi puerta. ¡Cretino!

La siguiente charla es con mis amigas, la respuesta vuelve a ser la misma, añadiendo que tengo que hablar con Matt porque es algo que él tiene que saber.

Esa noche, decido estar sola con mi madre, disfrutando de su compañía, sus abrazos y sus consejos, que siempre son sabios.

Mi vida en apenas unos meses ha dado un giro radical, pero me siento feliz de estar al lado de la gente que quiero.

Un comienzo para nosotros

Un mes más tarde...

—Bien. Esta habitación la quiero en tonos amarillos. También añadimos un sofá justo aquí, debajo de la ventana. Más tarde nos pondremos con la cocina. —Arizona me mira sonriendo—. ¿Por qué me miras así?

—Porque estás como loca con la casa, y no solo eso, también has transformado a mi hermano. Ya no hay otro tema de conversación para vosotros. —Le doy en el brazo.

—¡Oye! ¿Sabes la ilusión que me hace todo esto? Y el hacerlo con tu hermano es simplemente un sueño, Arizona. Mi vida no es la misma desde que regresé. Pensé que solo me quedaría unos días y después todo volvería a la normalidad, a mi rutina. Sin embargo, fueron sucediendo cosas sin poder evitarlo.

—¡Me alegro tanto de vuestra felicidad! Yo siempre tuve la esperanza de que volverías. —Le doy un abrazo lleno de cariño.

—Gracias por estar ahí después de todo.

—¿Y qué otra cosa podría hacer? Eres mi amiga. ¿Cuándo crees que estará listo todo?

—Me han dicho que como mucho en veinte días, pero ya sabes cómo funcionan las obras. —Mi móvil suena. Es un número que no conozco, lo cojo de inmediato.

—¿Sí?

—Buenos días. Le llamo de los tribunales para informarle de que ha habido un cambio de planes con respecto al juicio. Será en una semana.

—¿Tan pronto? —Me sorprende. Nos habían citado en un mes y medio. ¿A qué se debe este cambio de planes?

—Sí. Por eso le avisamos por teléfono, aunque ya hemos mandado la citación.

—De acuerdo. Dígame a qué hora tenemos que estar allí.

—A las nueve y media. Si tiene alguna duda, puede llamarme a este número. Buenos días.

—Gracias. —Cuelgo y me quedo mirando a la nada, pensando en lo que supone el adelanto del juicio.

—¿Todo bien? —pregunta Arizona angustiada.

Suspiro. No soy de las personas que se ponen nerviosas con el trabajo, pero, tratándose de Matt, es diferente.

—Tenemos el juicio de tu hermano en una semana.

—¿Qué? Me dijo Matt que faltaba más de un mes.

—Y así era, pero ha habido un cambio de planes. Arizona, perdóname, tengo que hacer unas llamadas para saber qué ha ocurrido antes de contárselo a tu hermano.

—No te preocupes. Por favor, llámame cuando sepas algo. Me he quedado preocupada con el tema.

—Descuida, lo haré.

Cuando Arizona se marcha, lo primero que hago es llamar a Jerard. Me pide que le dé media hora para averiguar lo que ha sucedido.

Mientras, trato de investigar por mi cuenta, aunque consigo más bien poco.

Al recibir la llamada de Jerard me tenso, antes de que me diga algo sé que se avecinan problemas por su tono serio. Y no me equivoco.

No pinta bien el juicio. Han decidido llamar de testigo al niño y eso solo puede suponer una cosa: va a testificar en contra de Matt. Mi socio y amigo me pide calma, esa que en estos

momentos me cuesta tener. Conozco muy bien este tipo de estrategias y lo que significan.

Trata de tranquilizarme, sin embargo, no lo consigue. Me dice que me llamará en unas horas.

Doy mil vueltas antes de llamar a Matt. No puedo darse esa información por teléfono, así que quedamos para comer cuando sale del trabajo.

Tengo algo más de una hora para pensar en la forma de contárselo.

Quedamos en un restaurante que nos gusta a los dos. Me recibe con un beso y una sonrisa, como siempre, aunque esta vez no es recíproco.

—Amor, ¿estás bien? Desde que nos hemos sentado, bueno, en realidad, desde que me has llamado te noto rara.

—Debo contarte algo, Matt. —Tomo aire y comienzo a hablar. Lo mejor es no pensar más y soltarlo—: Esta mañana me llamaron para decirme que adelantaban el juicio a la semana que viene. Jerard ha estado averiguando y parece ser que la otra así lo ha querido.

»Quiero ser sincera contigo. No pinta bien, sobre todo porque han citado a tu hijo a declarar, Matt, y eso solo puede significar que lo hará en tu contra. Lo siento mucho. —Se queda en silencio durante unos minutos, apretando las manos, nervioso y angustiado. Puedo verlo reflejado en sus ojos. Acaricio su brazo—. No tiene que ser todo malo, Matt. Lucharemos hasta el final. Este tipo de estrategias se suelen llevar a cabo para ganar el juicio.

—Ya, Chelsea, pero es tan rastrero... Yo jamás lo hubiera expuesto así. ¿Cómo puede hacer eso con su propio hijo?

—Yo tampoco lo entiendo, no obstante..., hay gente que es así. Van con todo para ganar. —Toca su pelo una y otra vez y suspira.

—Lo tenemos complicado, ¿verdad?

—Sí, no te voy a engañar. Que hayan adelantado tanto el juicio es algo que me desconcierta mucho, y no hay una respuesta clara de por qué lo han hecho.

—Sé que lo tengo todo perdido. —Siento una profunda tristeza al escucharlo. Ni siquiera tengo manera de animarlo.

—Haré todo lo posible por ganar, te lo prometo. Y, si no lo consigo, por lo menos lograr un buen acuerdo, amor. No estás solo. Puedes contar con nosotros. También con Jerard. Se deja la piel por tu caso.

—Lo sé. Solo tengo palabras de agradecimiento para los dos. Habéis hecho mucho más de lo que estaba en vuestras manos. Es complicado. Siempre he vivido muy concienciado con el hecho de que no lo recuperaré y, aunque en algún momento lo haga, sé que ese niño no tendrá ningún apego hacia mí, Chelsea. Llevamos demasiados años separados. Es imposible que me eche de menos.

—Es solo un niño, Matt, guiado por su madre. No sabemos qué mentiras le habrá contado sobre ti. Creo que ambos necesitáis una conversación.

»La vida ha sido muy injusta con vosotros, de alguna manera os tendrá que recompensar. Nunca es tarde para recuperar el tiempo perdido. No renunciéis a la esperanza, por favor. —Acaricia mi mano con dulzura.

—Gracias por ser así conmigo, por cuidarme, darme ánimos... Sin ti todo sería mucho más complicado.

—Somos una pareja. Tenemos que apoyarnos entre nosotros. Siempre cuidaré de ti, mi pequeño rebelde. —Consigo sacarle una sonrisa. Esa que me llena de felicidad desde que tan solo éramos unos niños.

Llegó el día

Después de días de locura, por fin llega el momento de ponerse frente al juez, y Matt, de ver a su hijo. Lleva días callado, ausente, sin embargo, no he sido capaz de decirle nada. Sé que es una situación dura para él, y lo único que puedo hacer es estar a su lado, animándolo, tratando de defender la verdad.

Jerard nos acompaña en este día tan importante.

Al entrar en la sala, y sentarnos, cojo la mano de Matt, intentando que note que estoy aquí y que puede contar conmigo para todo lo que necesite.

Él me responde con una sonrisa, aunque sé que lo hace para que no me preocupe.

Comienza el juicio, Steve está justo al lado opuesto, pero su madre se ha encargado de que no podamos verlo desde nuestra posición.

Llaman primero a Matt para hacerle algunas preguntas, después a Sharon y minutos más tarde es Steve el que se sienta a declarar.

No puede negar que es hijo de Matt porque tiene sus mismos ojos. Como es de esperar, el niño está nervioso, se toca las manos una y otra vez, su respiración es agitada. Sufro al verle pasar por esto. Solo deseo que acabe pronto esta pesadilla para todos.

Comienzan las preguntas, y Steve habla.

—No conozco a mi padre. Apenas tengo recuerdos de él, pero tengo una cosa muy clara: no quiero vivir a su lado. —Matt agacha la cabeza, tocándose el pelo. Acaban de darle el último golpe. Toco su hombro con cariño, aunque sé que eso no le hará sentirse mejor. Steve continúa hablando—. No sé qué hizo cuando estaba con mi madre, ni quiero asegurar algo que yo no he podido ver porque entiendo que sería injusto. Supongo que una persona que no te quiere no te busca como él lo ha estado haciendo durante años. Sé que es mi padre, aun así, los años han pasado y no ha estado en los momentos más importantes, no digo que no haya querido, tan solo que no ha estado. Es difícil que yo pueda tener algún sentimiento sin haber tratado con él. Sé que es un buen hombre, y por eso no quiero entrar en esta guerra que se traen mi madre y él. Ambos son mis padres y, aunque no tenemos relación, sí me gustaría poder vernos en algún momento, charlar de cosas normales, reírnos... Sin embargo, no quiero vivir con él. No ahora. Mi madre es muy importante para mí. Dejarla sola no entra en mis planes.

Las lágrimas brotan de los ojos de Matt, no solo de los suyos, también de los míos, de Sharon y de cada una de las personas que están en esta sala.

Este niño nos ha dado una lección a todos con sus palabras. Con tan solo trece años, es más maduro de muchos de los que están aquí. Por fin se escucha el: «No hay más preguntas». Steve vuelve a su sitio y abraza a Sharon.

El juicio queda visto para sentencia. Ahora solo queda esperar, aunque creo que esas últimas palabras han sido tan claras que no habrá custodia compartida.

Al salir, en la puerta nos encontramos con Sharon y Steve, Matt se para observando a su hijo con una ternura increíble.

—Gracias —le dice.

—No tienes por qué darlas. Solo he dicho la verdad. Mamá me ha enseñado a eso. Espero que algún día podáis llevaros bien por el bien de todos.

—Ojalá. —Sharon clava sus ojos en Matt, pero su mirada no es la de días atrás. El odio ha desaparecido por completo de ellos. ¿Será este el paso definitivo para firmar la tregua? Espero y deseo que sí.

Unos días después, seguimos metidos en la reforma. Solo quedan pequeños detalles y parece que, en esta semana, por fin podremos estrenar nuestra nueva casa.

Matt ha estado distraído con el tema y le ha venido bien para desconectar de lo que sucedió en el juicio. No ha sido fácil para él. Hemos hablado mucho de ello, admiro su entereza para los problemas.

La sentencia llega una semana después para confirmarnos lo que ya sabíamos, la custodia será para la madre, aunque no se prohíben las visitas al niño. De algún modo, tenemos que sentirnos contentos porque es mucho más de lo que esperábamos en un principio.

Sé que Matt nunca contempló la posibilidad de vivir con su hijo. Siempre lo vio como un imposible. Sin embargo, ha recuperado su sonrisa, esa que tanto me gusta, la que durante tantos años he extrañado.

Una casa y un te quiero que esta vez será para siempre

Matt

—¿Puedes tranquilizarte? Me estás empezando a poner nerviosa también a mí —me reprocha mi hermana.

—¿Y cómo pretendes que no lo esté? ¿Sabes lo que supone esto para mí? ¿Y si me manda a paseo?

—¡No digas tonterías, Matt! Sabes que no hará eso. Chelsea te quiere, no ha dejado de hacerlo nunca. Eres muy importante para ella. Tranquilízate, por favor, todo va a salir genial. —Arizona me besa la mejilla. No me queda otra que creer en sus palabras.

He organizado una fiesta en la que desde hoy será nuestro hogar. Lleva meses ilusionada preparando todo. Este es su sueño. Solo puedo sentirme agradecido de que, después de tantos años, haya decidido compartirlo conmigo.

Nunca perdí la esperanza de que regresara, sin embargo, mi mente me decía que ella ya había encontrado a otra persona, que nunca tendría la oportunidad de explicarle lo que había sucedido.

Ha pasado una semana en Georgia, ultimando algunos detalles para poder empezar a trabajar aquí. Ya tiene despacho y algunos clientes. Me siento orgulloso de ella, de lo que ha conseguido y, sobre todo, de que siga siendo la misma Chelsea. Esa niña tímida que es capaz de conquistarte con una simple sonrisa.

Se ha involucrado en el tema de mi hijo sin pedir nada a cambio, apoyándome desde el primer minuto.

Ahora pienso en el día en que llegó aquí de nuevo. Desolada por la partida de su padre, tan cambiada, tan fría... No era mi Chelsea, era una persona totalmente diferente. Durante días fue así, aunque no tardé en volver a ver esa sonrisa que consiguió conquistarme años atrás.

Yo nunca he dejado de quererla, y es que diecisiete años después he entendido que, a pesar de que lo nuestro fue un amor adolescente, puede durar toda la vida si de verdad uno quiere que suceda.

Hoy tengo una pregunta para ella. Algo que no se espera y con la que puede que me mande a paseo, pero que, si no se la hiciera, no sería yo.

Tengo todo listo para su llegada. Jerard ha sido nuestro gancho para traerla hasta aquí. Le hemos hecho pensar que hasta dentro de una semana no nos entregan las llaves de la casa por un problema con las tuberías. Ha puesto el grito en el cielo e imagino cómo vendrá hasta aquí.

He reunido a todas las personas que forman parte de nuestra vida, incluido..., vale, eso será otra sorpresa para la que también habrá que esperar.

—¡Ya llega, ya llega! —grita Blue. Todos nos escondemos en el jardín.

Vemos cómo Jerard y ella entran. Puedo oírla muy enfadada buscando a los obreros.

—Le dije a Matt que tendríamos problemas con los obreros. ¿Cómo es posible que haya una avería y no estén aquí? ¡Qué falta de profesionalidad! Así es imposible que una confíe en su trabajo. —No puedo evitar reírme al escucharla.

—Salgamos al jardín. Necesitas tomar el aire —añade Jerard.

Ambos salen y en ese momento cae confeti por encima de sus cabezas a la vez que todos gritamos:

—¡Sorpresa!

Chelsea nos mira con una sonrisa, sin saber muy bien qué significa todo esto. Me acerco a ella, la abrazo y beso sus labios con dulzura.

—Pero, Matt, ¿qué es todo esto?

—Quería darte una sorpresa. Que hoy fuera un día especial.

—¿Y lo de la tubería?

—Solo era una excusa para que no sospecharas nada.

—¡Dios mío, estás loco! —Se engancha a mi cuello sin dejar de besarme. Se va acercando a cada una de las personas que han venido, para instantes después volver a mi lado.

—Gracias. Me recuerdas cada día por qué me enamoré de ti.

—¿Sí? Yo pensaba que me habías odiado por mucho tiempo. —Me da un golpe en el brazo.

—Solo tenía rencor, pero las circunstancias han cambiado mucho desde que llegué. Todo por ti.

—Nuestro amor merece cualquier sacrificio.

—En eso estamos de acuerdo.

—Esta no es la única sorpresa que tengo para ti. —Me mira llena de emoción, como una niña que está a punto de recibir un regalo.

—¿Y qué es?

Su hermano aparece por detrás. Ella se queda observándolo, incapaz de articular palabra. Había perdido la esperanza de que las cosas entre ellos se solucionaran.

—Hola, Chelsea. Lo primero que quiero es pedirte perdón por mi comportamiento de todos estos años. Estaba dolido con los dos. De la noche a la mañana perdí a mi hermana y también a mi mejor amigo. Pensé que tarde o temprano se te pasaría y volverías y, al ver que transcurría el tiempo y no lo hacías, me llené de rabia y rencor. Sentí que me habías dejado solo y eso me superó. No supe gestionarlo. Lamento haber tardado tanto tiempo en admitirlo.

Ella se abraza a él, mientras yo contemplo el momento. Sé que era lo que le faltaba para ser feliz del todo. Su madre, que ve la estampa unos metros más lejos de nosotros, sonrío y llora a partes iguales. Yo me siento feliz de haberlo buscado, de tener esa conversación tan necesaria y tratar de recuperar todo el tiempo que hemos perdido como amigos durante estos años.

El día transcurre animado, rodeados de la gente que formó y sigue formando parte de nuestra vida.

Arizona se acerca a mí, tendiéndome el regalo de Chelsea. Yo voy a buscarla, cojo su mano y comienzo a hablar, aunque, en este momento, parece que las palabras se quedan atascadas en mi garganta.

—Hay algo que quiero darte, pero, antes, quería que disfrutaras de la gente que te adoramos. Hace años que te perdí y me juré a mí mismo que, sí volvías, nunca te dejaría escapar de nuevo, Chelsea.

»Fuiste, eres y siempre serás el amor de mi vida. Por eso y, aunque sé que no estás muy de acuerdo con estas cosas, me gustaría que te pensaras muy bien la respuesta a esta pregunta. — Ella comienza a ponerse nerviosa, sin entender ni una sola de las palabras que acabo de pronunciar.

—¿Qué ocurre, Matt? —Saco la cajita que minutos antes me ha dado Arizona y la abro ante sus ojos. Ella se queda hipnotizada, incapaz de decir ni una sola palabra. Así que aprovecho para seguir hablando.

—Supongo que ya te has dado cuenta de que esta piedra es muy especial. Cady le dio forma y la guardó en un lugar de su habitación. Conseguí que me hicieran un anillo con ella porque sé lo especial que fue y es para ti Cady.

»Sé que lo de la familia y esas cosas no va contigo, a pesar de ello, me gustaría que lo pensaras. No digo que tenga que ser ahora, pero... ¿en algún momento me harías el honor de

casarte conmigo, Chelsea? —Sus ojos se llenan de lágrimas, dándome un golpe en el hombro.

—¡Eres un cretino! ¿Sabes lo que significa para mí esta piedra? ¡Dios, Matt! Es demasiado. Y lo de casarnos... Sabes que no va conmigo, pero... creo que algún día...

—¿¡Eso es un sí!? —grito de emoción.

—Eso es un tal vez.

La cojo en volandas y doy vueltas con ella hasta que sus labios quedan a ras de los míos, entonces la beso, con amor, con pasión, con deseo..., con todas esas cosas que uno llega a sentir cuando está enamorado. Porque, diecisiete años después, he recuperado a la chica por la que perdí la cabeza y no pienso dejarla escapar nunca más.

Epílogo

Dos años más tarde.

El tiempo ha pasado volando y hay tantas cosas por contar...

Lo primero es que por fin se cumplió mi sueño de vivir en las Painted Ladies. Adoro mi casa, cada rincón de ella es especial y lo es porque lo comparto con él. Matt sigue siendo la razón de que crea ciegamente en el amor. Juntos hemos construido una vida que jamás imaginé que pudiéramos tener, pero aquí estamos los dos, adorándonos cada día.

Nos encanta disfrutar del jardín, contemplar las estrellas, mirar al cielo de noche, pensando que mi padre nos observa desde algún rincón, sintiéndose orgulloso de mí.

Sigo con mi trabajo aquí. El despacho está a tope e incluso he tenido que contratar gente. Por cierto, Jerard hace algo menos de un año que se mudó aquí, y sí, también lo hizo por amor. Se enamoró de Blue, mi amiga Blue. Esa que consiguió conquistar su corazón, aunque todavía no sé quién lo hizo primero.

Ambos viven envueltos entre nubes de algodón, y yo me río de él porque siempre dijo que no se movería de Georgia (iluso él).

La relación con mi hermano ha mejorado notablemente, y la suya con Matt vuelve a ser la misma, aunque ahora no solo se consideran amigos, también cuñados. Algo de lo que, por supuesto, yo me siento orgullosa. Ellos son los hombres de mi vida.

Mi madre ha decidido dedicarse a la jardinería de forma profesional y ha empezado a hacer sus pinitos. Hemos pensado en abrir algún negocio relacionado porque sabemos que tiene madera para ello.

Poco a poco ha ido recuperando su sonrisa, a ser la misma de antes.

Arizona ahora es mi socia, pero no en el despacho, sino en la galería de arte que monté hace tan solo unos meses. Una locura más de las mías. Sigo ejerciendo de abogada, aunque en mis ratos libres he vuelto a pintar, tal y como quería Cady y todo el mundo que me quiere y, sobre todo, lo he hecho por mí, porque es algo que me hace feliz.

Esa sensación de coger los pinceles sin saber lo que saldrá en el próximo lienzo es simplemente maravillosa.

Ahora mis cuadros están expuestos en mi propia galería, un sueño que nunca pensé poder realizar. Sin embargo, desde que volví a San Francisco, he ido cumpliendo uno tras otro. Me siento orgullosa de cada logro conseguido y, por encima de todo, de mi familia, amigos y de Matt. Gracias a él todo cobró fuerza de nuevo.

Por cierto, sigo siendo una mujer comprometida, no casada. Sigo pensando en esa posibilidad, aunque considero que estamos muy bien como estamos.

El tema de los niños sigue en mi cabeza, solo ahí, porque no he vuelto a hablarlo con nadie. En este momento creo que todo fluye, ¿por qué cambiarlo?

Steve, el hijo de Matt, ha quedado en varias ocasiones con su padre, con el consentimiento de su madre, aunque está claro que no le hace demasiada gracia.

Padre e hijo están tratando de ser amigos, se han propuesto recuperar el tiempo perdido y ganarse la confianza el uno del otro. Yo, sin duda, estoy segura de que van por buen camino. Me siento feliz por los dos y espero que algún día puedan tener la relación que Matt tanto ha añorado.

Como veis todo dio la vuelta de un momento a otro. Mis planes, mi trabajo, mi vida..., ¿y sabéis qué? Que no me arrepiento en absoluto. Siento que de alguna manera mi padre me ha guiado en este camino y que gracias a él pude recuperar a cada una de las personas que formaron parte de la Chelsea adolescente.

Lo echo de menos cada día, en cada instante, en cada palabra, olor, imagen..., siempre está presente en mí y así seguirá siendo, porque, aunque ya no esté, mi padre seguirá formando parte de mi vida.

Mi amor adolescente perdura en el tiempo. Ese vecino, que años atrás conquistó mi corazón, se ha convertido en la pieza indispensable en mi vida, y ¿quién sabe si quizá algún día...?

Cady

Yo siempre quise recorrer el mundo, conocer lugares nuevos..., pero todo eso se quedó en nada cuando descubrí que una enfermedad acabaría conmigo.

Mis amigas jamás se separaron de mí, me cuidaron hasta el último segundo. Ellas y yo siempre formamos un buen equipo, aunque desde que Chelsea se fue nada volvió a ser lo mismo.

Supongo que ese fue el mayor dolor para mí. Uno que nunca se me curó.

Chelsea siempre fue una persona muy terca, que se dejaba llevar por los sentimientos, impulsiva y, en aquellos años, debió de pensar un poco más, porque hubiera descubierto que Matt estaba loca por ella, que simplemente estaba asustado por lo que se le podía venir encima. ¡Ay, mi pequeña Chelsea! ¡Cuántos disgustos nos hubieras ahorrado solo al escuchar lo que tenía que decirte!

Aun así, ella no me dejó sola en mi enfermedad. Hablábamos todos los días, aunque me pidió que no le dijera nada a nadie. Eso sí, jamás mencionó dónde estaba. Ese fue su gran secreto. Me marché sin saber su paradero. Sin embargo, dejé un encargo muy importante para ella: solucionar su pasado y, para ello, no había nada mejor que hacer que recordase los momentos más importantes de su vida.

Me decidí a escribirle una carta para cuando regresara, porque estaba claro que lo iba a hacer tarde o temprano. En ella solo había sinceridad. Junto con esta, una caja llena de recuerdos, fotos de los momentos más importantes de su vida, donde nosotras también estábamos presentes, Matt, la playa de Santa Bárbara... Instantes que, pese a todo, quedaron en la memoria de todos nosotros.

También lo llené de antiguos lienzos, que ella había pintado, y nuevos, junto con unas pinturas para que volviera a sumergirse en aquello que tanto la apasionaba. Lo dejó por Matt, pero sé que Chelsea cogerá de nuevo esos pinceles porque es su felicidad.

Pero no solo eso, además, vivirá de nuevo en San Francisco, en el sitio donde siempre soñó o, mejor dicho, soñamos, y se dará cuenta de que su vida está justo ahí, donde la dejó hace diecisiete años, con su familia, sus amigas y ese amor adolescente que nunca pudo olvidar. Pese a todo el dolor, ella y Matt se amarán por siempre, y el destino los juntará. Porque de eso se trata, de ponerla en el camino correcto para que se dé cuenta de que el pasado no se olvida si uno no quiere hacerlo.

Al final, son dos personas que se quieren y que por culpa de un maldito malentendido tuvieron que separarse.

Todos los años que han transcurrido son suficientes para dejarse de tonterías y darles un empujón a esos dos para que no olviden lo importante que es contar todo eso que nunca dijimos, tratar de separar el dolor y poner rumbo a una nueva oportunidad.

Yo ya puse mi granito de arena, ahora solo queda que el destino también haga su cometido.

Porque el amor verdadero nunca se olvida y menos por algo que nunca se dijo.

Chelsea y Matt tienen que volver a estar juntos y, aunque eso suceda cuando yo ya no esté, me sentiré igual de feliz.

Lamento no poder estar ahí cuando suceda, abrazarlos..., pero sé que de alguna manera siempre me tendrán presente.

Nota de la autora

Nunca he sido de escribir historias demasiado largas y esta tampoco lo es.

Matt y Chelsea se metieron hace meses en mi cabeza y, como siempre, ellos han ido marcando su ritmo.

Un amor adolescente recuperado después de tantos años, pérdidas que todos hemos tenido a lo largo de los años, esas amistades especiales que perduran en el tiempo, esos sueños que parecen inalcanzables y que se vuelven realidad.

Ese amor que no puedes olvidar y todo aquello que siempre nos dejamos sin decir. Esta historia es todo eso.

No es casualidad que entre estas páginas salgan las famosas casas de Painted Laidés, ya que vivo enamorada de ellas desde que de pequeña veía la serie de *Padres Forzosos*. Todavía tengo la cancioncilla metida en mi cabeza.

Agradecimientos

Siempre digo lo mismo, pero sin Raquel esto nunca sería posible.

Gracias a cada una de las personas que hacen que yo siga escribiendo, sobre todo, a mi familia, que tiene una paciencia infinita.

Gracias a ti, por leerme, porque gracias a ti mis sueños siguen cobrando fuerza.

Biografía



Nací en Madrid en 1990. Soy un alma inquieta que no puede parar de hacer cosas. Comparto mis estudios de Lengua y Literatura con Pedagogía, aunque mi tiempo es para mi familia, saco tiempo para trabajar, escribir y leer.

Romántica sin remedio, comencé a escribir siendo muy pequeña, pero no fue hasta el 2014 que publiqué mi primera novela. Desde entonces, no he parado de crear historias. Desde 2017 formo parte del sello editorial Selecta. Con ellos publiqué un libro que guardo y recuerdo siempre con mucho cariño. *Destino imprevisible*.

No paro de escribir. Tengo mis cajones llenos de historias y mi mente no para de crear. Es mi válvula de escape. No imagino mi vida sin escribir.

Puedes encontrarme en Instagram y Facebook como Chris Razo y ponerte en contacto conmigo cuando quieras para comentarme tus impresiones.

Te agradecería muchísimo que dejaras tu opinión en Amazon, Goodreads... Para mí es muy importante, y a ti solo te llevará unos segundos.

Gracias.